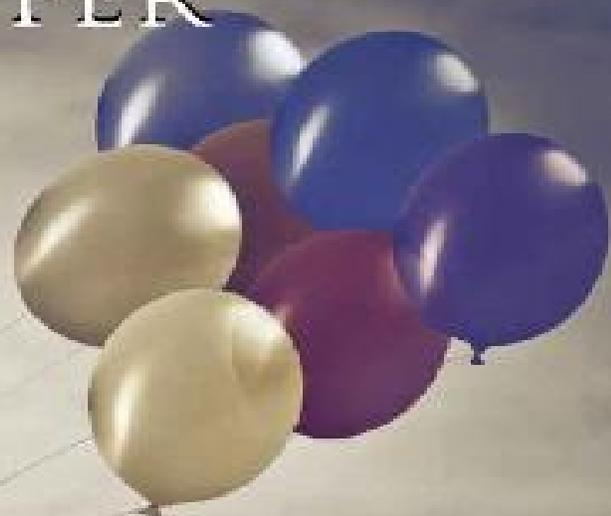


EMMA H. FER



CUANDO YO ME VAYA

Multiverso 

EMMA H. FER

CUANDO YO
ME VAYA

Multiverso 

Cuando yo me vaya

© Emma H. Fer

© Multiverso Editorial, 2019

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 9781796441222

Depósito legal: CA-333- 2019

Printed in Spain

Primera edición: febrero, 2019

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

«Y solo he de decir en mi defensa, que ahora y siempre te llevaré en ese lugar, entre mi pecho y mi alma».

Prefacio

«Juventud, divino tesoro».

Hay una fecha con la que todos los adolescentes sueñan: cumplir los dieciocho años.

Es como: «Al fin, ya puedo hacer lo que me plazca, mis decisiones serán las acertadas porque yo ya soy mayor». Menuda tontería.

A los dieciocho años eres lo suficientemente mayor como para elegir tu ropa, comer lo que te plazca, saber que tienes que organizar tu tiempo de estudio, poder ir solo a hacer un recado, salir a una fiesta sin tener que estar en casa a las nueve de la noche, no necesitar la firma de tus padres para recoger un documento o realizar algún trámite. Ejercer tu derecho al voto y poco más. Supongo que es como todo, hay adolescentes que son muy maduros para su edad y las decisiones que toman son acertadas porque las hacen pensando en lo mejor para ellos. Pero por regla general, a los dieciocho años te crees tan mayor y tan independiente que cometes todas las locuras del mundo y más. Como, por ejemplo, hacerte un tatuaje tan grande y feo que años más tarde pagarás para que te lo eliminen. O entregar tu virginidad a cualquier niñato que no se lo merecía. O estudiar una carrera que no te importa para nada, pero que como tu mejor amiga la ha escogido tú vas detrás de cabeza.

Supongo que eso nos ha pasado a todos. Son las típicas locuras y tonterías que cometemos en nuestra adolescencia, pero que se les puede poner remedio con los años. Sin embargo, hay otras que no. Hay errores, equivocaciones, locuras, que una vez cometidas ya no tienen marcha atrás. Errores que te cambian la vida para siempre, que arruinan tu vida y la de tu familia. Errores que se llegan a pagar muy caros.

La vida siempre te da una segunda oportunidad. Eso, y bajo mi experiencia propia, es totalmente cierto. Pero... a veces, el error cometido es tan grande que no podrás disfrutarla. Injusto. ¿Verdad? Y mi pregunta es: Si todos tenemos derecho a equivocarnos y a empezar de cero, ¿por qué a algunas

personas se les priva de ese privilegio?

Mi nombre es Silvia y quiero dejar testimonio de mi error. Un error que, desgraciadamente, no pude dar marcha atrás para remediar. Y que lo que más me ha dolido es haber arrastrado con él a la gente que me quiere.

Pero no todo es tan malo, porque también, gracias a ese error, pude llegar a ser la chica de su vida.

«En todas las historias existe un final. Hay finales tristes, finales buenos y finales extraordinarios. Tengo muy claro cuál es el mío. Solo os adelantaré que contiene una x».

Silvia Bassol.

CAPÍTULO 1

MALAS DECISIONES

Julio de 2006

SILVIA

«Cada quién sabe qué hizo mal».

Andaba como loca buscando la camiseta de lentejuelas que me había comprado un par de semanas atrás en Mango y que aún no había estrenado. Miré hacia la cama. Una montaña de ropa se posaba sobre ella, desordenada toda. El suelo de alrededor no andaba mucho mejor: sandalias, correas y hasta un par de chaquetas que descansaban desparramadas por el suelo. «Mi madre me va a matar», pensé en mi fuero interno. Pero ahora lo importante era encontrar la dichosa camiseta de tirantes que me hacía un pecho espectacular. Miré el reloj, faltaba menos de una hora para que mi padre nos llevase al aeropuerto y aún no tenía decidido del todo mi vestuario. Fui hasta la maleta para meter una de las chaquetas tiradas y entonces la vi, la camiseta estaba ya metida dentro. Resoplé ante el alivio y luego me eché a reír. Mi madre llevaba razón, «era una despistada de armas tomar». Sin pensármelo mucho más, metí unas cuantas mudas de las que había encima de la cama y cogí el resto de la ropa metiéndola a empujones en el armario, ya lo ordenaría a mi vuelta. Cerré la maleta y me eché un vistazo en el espejo. Vaqueros ajustados, camiseta básica blanca, zapatillas blancas y una cola de caballo perfectamente arreglada. Me puse un poco de colorete y rímel y me pinté los labios con un *gloss* color rosa que le sentaba genial a mi piel clarita. Sonreí emocionada, era mi primer viaje «sola», sin padres protectores dándome la lata a cada instante y sin mi hermano menor metiéndose conmigo. Y con mis amigas, simulando que éramos unas pijas.

Nuestro destino era Ibiza. Mis dos inseparables amigas y yo nos habíamos ganado el viaje a pulso. Habíamos pasado la selectividad en el primer año con unas notas insuperables y nuestros padres tuvieron que apencar, ya que ese había sido el trato. En apenas una semana cumpliría los dieciocho. Ya no me podían negar nada, ¿verdad? Éramos «buenas chicas», implicadas con nuestros estudios (las tres nos decidimos por la carrera de periodismo), que dábamos pocos quebraderos de cabeza a nuestros padres y que, después de un intenso año, teníamos ganas de desmelenarnos.

Mi padre nos acercó hasta el aeropuerto. Durante todo el viaje fingimos una

tristeza por dejar nuestra casa que no sentíamos en absoluto, pero que a mi padre le hizo sentir un poco mejor. Mi madre no quiso ni acompañarnos, prefirió quedarse en casa llorando, porque según ella no soportaría ver cómo me montaba en ese avión que me alejaría de su lado durante unos días. Cuando me despedí de mi padre en la entrada y fuimos a embarcar las maletas no pudimos disimular más, estábamos eufóricas y dimos un grito que hizo que varias personas se nos quedaran mirando con mala cara. Nos abrazamos dando pequeños saltitos de emoción. Ibiza nos esperaba. Paula, Alejandra y yo nos sentamos en nuestros asientos con una gran sonrisa. Nos sentíamos, como bien dijo Paula, «las putas amas del mundo».

El Hotel era inmejorable. Primera línea de playa, habitación triple con vistas al mar y una estupenda terraza equipada con una mesita baja cuadrada y tres silloncitos súper cucos. Cuando llegamos, faltaba una media hora para almorzar. El paquete elegido era un todo incluido, así que decidimos vaciar nuestra maleta y dejarlo todo colocado, ya que lo que predominaba en ellas eran vestidos de fiesta. Sí, de las súper fiestas a las que teníamos pensado asistir y de las cuales ya nos habíamos no solo informado, sino incluso hasta apuntado y reservado. Y todo gracias a mi amiga Paula, que era la más fiestera de todas. No se perdía ni una sola, aunque eso nunca le había impedido sacar unas notas dignas de una empollona. Y es que además de tener un cuerpo de infarto y una cara preciosa, también poseía un cerebro con gran capacidad y una memoria fotográfica (una de esas injusticias que tiene la vida, pues se lo regalan todo a una misma persona). Paula era una mezcla entre su padre y su madre. De su padre había heredado (aparte de la chulería y el descaró) unos increíbles ojos verdes y unos labios gruesos que solía pintarse de color rojo sangre y que hacían que todos los chicos del instituto quisieran besar. De su madre heredó su espectacular cuerpo. Estaba delgada, pero tenía unas curvas de infarto y unos pechos perfectos. Era la más alta de las tres y todo lo que se ponía le sentaba de maravilla. En resumen, era odiosa, pero yo la quería muchísimo. Alejandra era todo lo contrario. Bajita y con unos kilitos de más. De piel morena, ojos castaños y pelo cobrizo que adornaba un rostro precioso. Tenía cara de ángel y su recién estrenado corte de pelo le quedaba genial: una melena cortada a capas que le caía justo en los hombros y le daba volumen.

—Mirad mi nueva adquisición, chicas —Paula sujetaba entre sus manos un mini vestido color rojo de una sola manga que se extendía hasta la cintura y daba la sensación de ser de gasa.

—¡Oh, me encanta! ¿Dónde te lo has comprado? —chilló Alejandra

quitándoselo de las manos y probándoselo por encima.

—Es de Zara, un regalo de mi padre —dijo volviendo a recuperar el vestido de las manos de Alejandra mientras se encogía de hombros, como suponiendo que deberíamos dar por hecho que era obvio quién se lo había regalado. No nos extrañó, era la niña mimada de papá que conseguía siempre todo aquello que quería. Sobre todo, después del divorcio de sus padres. Hacía más o menos un año—. Me lo pondré esta noche para la fiesta de Pachá.

—Chicas, me muero por bajar a la playa y empezar a tomar el sol. Estoy demasiado blanca para lucir el mío —ahora fui yo la que sujetaba un mono color turquesa corto, de corte clásico muy elegante, pero a la vez muy sugerente, ya que tenía un escote que llegaba hasta el ombligo—. Debería estar un poco bronceada, ¿no creéis?

—¡Silvia, me súper encanta! Es precioso... —sabía que a Paula le encantaría.

—Lo sé —las tres nos echamos a reír.

Nos decidimos por el bar de la piscina para tomar el almuerzo (una hamburguesa con patatas y una *cola light*). Media hora después, estábamos tiradas en las tumbonas luciendo el bikini que compramos (juntas por supuesto) en *Oysho* la pasada semana. Con gafas de sol de espejo y un sombrerito de paja, solo nos faltaba cambiar las chanclas por tacones y lucir una pulsera de diamantes para parecer tres actrices de *Hollywood*.

—Mirad a las tres en punto —Alejandra y yo miramos a nuestra derecha justo a la vez. Cinco chicos acababan de llegar a la piscina. Cuatro de ellos tenían un cuerpo de infarto, los típicos chicos que se machacan en el gimnasio. El otro era menos musculoso, pero llamaban la atención los tatuajes de su cuerpo, en la espalda y en los brazos. Y, por supuesto, su físico. Incluso desde donde me encontraba podía ver claramente que era guapísimo—. Me pido el rubio con cara de malote —genial, pensé. El moreno de los tatuajes para mí, habló antes mi cerebro que mi boca.

—Escoge al que quieras, Paula. Elijas el que elijas caerá rendido a tus pies, así que... —soltó Alejandra mientras se levantaba y dejaba las gafas y el sombrero encima de la tumbona—. Me voy a dar un baño, estoy muerta de calor —y sin más, se zambulló.

Una hora después estábamos tomando unos deliciosos cócteles junto al grupito de tíos buenos. Por supuesto, mi amiga Paula se encargó de todo, y como predijo Alejandra, todos cayeron rendidos a sus pies. Excepto uno. Mi chico de los tatuajes. Tenía nombre, por supuesto, se llamaba Víctor. Y aunque

parecía ser poco hablador, era muy observador, o, mejor dicho, muy mirón, porque no dejaba de mirarme de arriba abajo. Y yo (que empecé a sentirme sexi y poderosa) me contoneaba con gran descaro. De cerca era mucho más guapo. Su físico no se correspondía al de un tío duro lleno de tatuajes (aunque tuviera gran parte de su cuerpo decorado con ellos). Me recordaba al actor Jake Gyllenhal. Solo esperaba que no fuese homosexual. Alejandra se había vuelto a «jugar» a la piscina junto a uno de los chicos. Dani creo que se llamaba. Y Paula, después de su tercer cóctel, estaba pegándose el lote con Jonás, el rubio en cuestión. Así que me quedé a solas con los tres que quedaban. Dos de ellos no me interesaban para nada, pero los tenía pegados a ambos lados de mí mientras me contaban no sé qué historia del ejército que no me interesaba lo más mínimo. Según ellos, eran militares del ejército de aire de los EE UU (claro, y yo era la hija no reconocida del multimillonario Bill Gates). Decidí subir a la habitación, empezaba a dolerme un poco la cabeza después de tanto cóctel. Los tres chicos fingieron un puchero cuando me despedí de ellos, y Víctor me guiñó un ojo mientras me regalaba una sonrisa torcida y pícaro que me puso muy pero que muy tonta.

Estaba saliendo de la ducha cuando escuché la puerta cerrarse y a las locas de mis amigas entrar riéndose a carcajadas.

—¡Silvia! ¿Estás bien?

—Perfectamente, mucho mejor que vosotras que andáis ya medio borrachas y aún no hemos llegado ni a la fiesta —les dije en plan acusatorio.

—Oye, que yo recuerde mi madre se ha quedado en Barcelona, así que ahórrate tus sermones de madre superiora. Lo que te pasa es que el chico que te ha molado no te ha hecho mucho caso, ja, ja, ja, ja —soltó Paula mientras se metía en el baño cerrando la puerta tras de sí como si lo que hubiese dicho no me hubiera sentado como un tiro.

—Estúpida engreída...

—¡Te he oído! —«pero ¿cómo me ha podido oír si lo he dicho bajito?».

—¡Te equivocas, no he dicho absolutamente nada! —chillé desde la cama mientras me ponía un poco de crema hidratante en las piernas.

—¡Lo que tú digas! —Alejandra y yo no pudimos más que romper a reír a carcajadas.

Mis dos amigas habían quedado con nuestros «nuevos amiguitos» en la discoteca. Después de una cena ligera, donde bebimos más que comimos (la cerveza estaba muy fresquita y entraba de maravilla), estábamos entrando por la puerta de la discoteca más famosa de Ibiza. Paula estaba tremendamente

sexi con su nuevo vestido rojo. Se había recogido el pelo en una especie de trenza dejándolo caer a un lado de la cara. Alejandra tampoco estaba nada mal, con una camisa negra escotada (había que sacar partido a sus grandes pechos) y unos mini *shorts* negros con lentejuelas color plata. Yo me sentía completamente acertada con mi nueva adquisición. Me encantaba el escote del mono. Decidí dejarme el pelo suelto, me había pasado la plancha y me quedó genial. Las tres, por supuesto, llevábamos unos tacones de infarto. Y así hicimos nuestra entrada triunfal.

La discoteca estaba llena de gente, pero sabía que eso era solo el principio. Apenas era media noche y esas fiestas llegaban a su máximo aforo sobre las dos o las tres de la madrugada. Nos acercamos a la barra y pedimos unos mojitos. Buscamos un hueco donde poder asentarnos. La discoteca tenía dos pistas de baile y seis barras, alrededor de toda la sala había mesas bajas acompañadas de sillones de terciopelo rojo. Eran palcos que había que reservar. Divisamos a los chicos en uno de ellos y Paula se acercó con toda la confianza del mundo, no sin antes susurrarnos un «seguidme». Los chicos, nada más vernos, nos invitaron a entrar dentro del palco. Después de los saludos, uno tras otro, me senté en uno de los sillones a observar a Víctor, que estaba de pie, como apartado de todos mirando hacia la pista. Ni siquiera nos había saludado, solo nos miró y volvió a lo suyo. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa blanca con las mangas remangadas. De su cuello colgaba un colgante que no pude divisar desde donde estaba. Me tomé mi bebida casi sin darme cuenta, pero enseguida tenía otro mojito ante mí. David, uno de los chicos, me sonrió mientras me lo acercaba.

—Gracias —fue lo único que salió de mi boca, puesto que no me apetecía entablar una conversación con él, básicamente porque ya le había oído hablar en la piscina y tenía el cerebro del tamaño de un mosquito. Si a eso le sumamos sus enormes bíceps a punto de reventar la manga de la camiseta que llevaba puesta... Me producían ansiedad.

—Estás muy guapa, Silvia. ¿Sabes? De vosotras tres, tú eres la que más me ha gustado, así que...

—Así que... ¿qué? —¡Uf!

—Así que, he decidido que tú seas la elegida —¿qué? Por favor, que cojan al tío este y lo encierren de por vida. Le regalé una sonrisa tan siniestra que antes de pronunciar mis próximas palabras ya le había cambiado el careto.

—Oye, «guapo», a lo mejor piensas que debo sentirme súper mega halagada por tu estúpida y machista revelación, pero no me siento así. Todo lo

contrario. Verás, ¿cómo te lo explico para que lo entiendas? Lo intentaré. Digamos que eres el único tío que hay en la fiesta y en el resto del mundo, ¿vale? —asintió con la cabeza sin saber por dónde le iba a saltar—. Bien. ¡Pues preferiría mil veces quedarme sola para siempre que liarme contigo! ¿He sido lo suficientemente clara?

—Del todo —se levantó mirándome con desprecio mientras yo sonreía de oreja a oreja—. Solo te estaba haciendo un favor, ya que tus amiguitas están pasándose el bomba. Me daba pena que ningún tío quisiera acercarse a ti y por eso lo he hecho... No me gustas nada. Es más, además de estúpida eres una cría.

Lo soltó mientras se iba. Perfecto, soy una cría y tú un descerebrado y un pedazo de imbécil. Le pegué un buen sorbo a mi bebida y busqué a mis amigas con la mirada. En efecto, Alejandra estaba en la pista bailando junto a Dani. Demasiado pegados para estar bailando *Summerlove*, de David Tabare. Paula estaba sentada en uno de los sillones de enfrente. Bueno, ella no estaba sentada en el sillón, era Jonás quien estaba sentado y ella encima de él pegándose el lote. Ahora ya sabía por qué se había acercado a mí David. Busqué a Víctor, pero ya no estaba en el palco.

La noche no iba como yo imaginaba. Fui a la barra, los mojitos estaban buenísimos y yo tenía una sed increíble. Le pegué un largo trago y noté un ligero mareo, estaba bebiendo demasiado. «Este y después coca cola», me dije a mí misma. De repente, noté unas manos a ambos lados de mi cintura y un susurro en mi oído.

—Vámonos de aquí, esto no va con nosotros, Silvia...

Me volví lentamente hacia él. Me miraba intensamente. Me derretí por completo y asentí con un leve movimiento de cabeza. Vací mi bebida del tirón y cogí la mano que se me ofrecía. Sin pensármelo, salí de allí con Víctor, no sin antes echarle un último vistazo a David, alias el musculitos y sonreírle.

Víctor tenía una moto. Sí, una de esas motos tipo *Harley Davinsson* que me dejó totalmente alucinada. Me puso el casco él mismo, abrochándomelo con suma lentitud y sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. Acto seguido me dio un ligero beso en los labios, apenas un roce que hizo que me encendiera por dentro. Estaba mareada, muy mareada, y el beso no hizo más que empeorar las cosas. Solo esperaba no vomitarle encima. Sin decirme dónde íbamos, arrancó y fue ahí cuando caí en la cuenta de que no les había dicho nada a mis amigas. «Bueno, no tardaremos mucho, nos daremos el lote en la playa y en un rato

volveremos a la discoteca», me dije a mí misma tranquilizándome un poco. Pero no fuimos a la playa. Me llevó a su habitación. Víctor y los demás chicos se alojaban en nuestro mismo hotel, dos plantas más arriba. Cuando me bajé de la moto y me quité el casco ya no estaba tan segura de que haberme escapado con él hubiese sido una buena idea.

—Pensé que íbamos a un sitio más tranquilo.

—Pensaste bien. Estaremos muy tranquilos, créeme.

—Me refería a tomar algo en otro sitio o a dar un paseo, no pensaba que íbamos a tu habitación —no quería parecer tonta o demasiado mojigata, pero la verdad es que no me sentía muy cómoda.

—Tranquila, tengo bebida y algo para picar. Subiremos, tomaremos algo, charlaremos y pasaremos un buen rato. Te llevaré de vuelta cuando tú quieras. Lo prometo —cogió mi mano y volvió a tirar de mí sin esperar ninguna respuesta. De nuevo, me dejé llevar.

Estaba claro que no compartía la habitación con nadie. La cama era de noventa y todo estaba ordenado. Me senté en el filo de la cama. Víctor se agachó hasta el mini bar donde sacó dos latas de coca cola y una botella de *whisky*. Fue hasta el cuarto de baño y trajo dos vasos donde vació unos hielos y un buen chorreón de alcohol antes de añadir la cola. Me tendió uno de ellos.

—No, gracias. Creo que ya he bebido demasiado. Además, no me gusta mucho el *whisky*.

—Acompáñame, no me gusta beber solo —volví a asentir. Su mirada debía de tener algo, anulaba todos mis pensamientos.

Se sentó a mi lado, muy cerca de mí. Notaba su mirada clavada, mientras yo miraba al suelo, que de repente se había convertido en algo muy importante para mí. Le pegué un buen trago a mi vaso. Estaba muy nerviosa.

—Estás muy tensa, deberías relajarte un poco —se acachó y me quitó los zapatos tirándolos a un lado. Después se quitó la camisa, pasándola por encima de su cabeza y dejando su perfecto pecho al descubierto—. Hace mucho calor, ¿no crees? Ven, acomodémonos en la cama.

Nos apoyamos en el cabecero con la almohada haciendo de cojines en la espalda. Volví a beber y Víctor me quitó el vaso de las manos. Estaba vacío.

—¿Quieres otro?

—No, me duele un poco la cabeza, será mejor que deje de beber —cerré los ojos. Todo me daba vueltas. Los volví a abrir para descubrir a Víctor acercándose a mi rostro. Me envolvió la cara con sus grandes manos mientras me besaba. Su lengua empezó a jugar con la mía. Tenía experiencia, estaba

claro. Yo apenas me había enrollado con un par de chicos en el instituto y no pasamos de un morreo, así que mi experiencia, prácticamente, era nula. Se separó de mis labios para quitarse los vaqueros. Me tensé.

—Tú deberías hacer lo mismo. Ponte cómoda, Silvia, quiero abrazarte y sentir tu cuerpo contra el mío sin que nos estorbe la ropa.

—Yo no creo que sea buena idea, Víctor. Será mejor que volvamos, mis amigas deben de estar buscándome —me bajé de la cama dispuesta a ponerme los zapatos y a esperarlo fuera, pero no pude dar ni un paso. Me tambaleé cayendo a sus brazos y notando como todo a mi alrededor comenzaba a girar.

—Espera, preciosa, no hay prisa alguna.

Su voz empezó a llegarme muy lejana. No entendía qué me ocurría, pero de repente notaba que las fuerzas me habían abandonado. Miraba al techo que, de repente, también se había difuminado. Mientras Víctor trabajaba sobre mi cuerpo, desabrochándome el mono y quitándomelo por los pies

—No, espera. No quiero hacerlo —mi voz salió muy débil, ni siquiera estaba segura de que lo hubiera escuchado. Cerraba y abría los ojos intentando enfocarlos en algún punto, pero me era imposible. Cada segundo que pasaba me encontraba peor. Más y más anulada.

De repente sentí un dolor agudo en mi bajo vientre. Pude enfocar la mirada en el rostro de Víctor, que me miraba con ansias mientras notaba cómo hacía fuerza encima de mi cuerpo. Me dolía, me dolía mucho, pero no podía ni siquiera gritar, ni moverme, ni hablar. Nada. Solo podía expresar el pánico y el dolor que me estaba causando a través de mis lágrimas, que caían una tras otra inundándome el rostro. Estaba completamente desnuda con las piernas abiertas tirada encima de la cama mientras Víctor me estaba follando sin ninguna consideración. Yo no emitía sonido alguno, o al menos yo no me escuchaba. Pero por dentro... Por dentro estaba chillando, gritando, suplicándole que parara.

—Para, me duele mucho, soy virgen, por favor, para...

En algún momento perdí el conocimiento.

Me desperté completamente desorientada. Me encontraba tumbada encima de la cama en una habitación que no era la que compartía con mis amigas. Eso estaba muy claro, pero ¿dónde estaba? Era de día, los rayos de sol entraban a chorros por el gran ventanal. Quise incorporarme, pero me sentía muy mareada y me dolía el cuerpo como si un camión me hubiese pasado por encima. Volví a cerrar los ojos intentando respirar pausadamente, aclarando la mente. Y entonces imágenes distorsionadas empezaron a llegarme como si fueran

diapositivas, una tras otra. Paula besándose con Jonás encima de un sillón en la discoteca, David mirándome con cara de pocos amigos, yo, bebiendo y bebiendo. Víctor y yo subidos en una moto... ¡Víctor! Abrí los ojos de golpe y el resto de diapositivas pasaron rápidamente una tras otra. Me incorporé como pude. Estaba desnuda, mi ropa tirada en el suelo y una gran mancha de sangre cubría una parte de la colcha, al igual que mis muslos. Me levanté con todo el cuidado que pude sin poder evitar los quejidos por el dolor que sentía tanto en mis partes como en el resto de mi cuerpo. No sabía dónde estaba Víctor, pero no se escuchaba nada. Fui hasta el cuarto de baño de la misma forma en que se mueven las tortugas. Apenas podía andar, notaba las lágrimas rodar por mi cara como si fuesen cataratas, aunque no emitía sonido alguno. Nadie. Sí, efectivamente estaba sola. Recogí mi ropa y me la puse, no sin esfuerzo. Tomé los tacones en la mano y salí de la habitación mirando a derecha e izquierda. No fue hasta que llegué a la puerta de nuestra habitación, que me abrió Paula y me tiré en sus brazos, cuando pude respirar sin dificultad.

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 2

BUENAS DECISIONES

Julio de 2006

JORGE

«Sucederás, lo sé».

Estaba más que demostrado: no se me daba nada bien hacer un nudo de corbata. Así que después de estar más de media hora frente al espejo intentándolo una y otra vez, mi desesperación había llegado a su límite. Guardé el orgullo en uno de los bolsillos de la chaqueta azul marino de *Armani* que descansaba en el vestidor de mi habitación y salí en busca de mi padre para que rematara la faena aun a sabiendas de que iba a estar todo el tiempo escuchando un «si me hubieras dejado ayudarte desde el principio, ya estarías listo».

Entré en su despacho sin tocar a la puerta, ya había perdido demasiado tiempo. Además del perdido frente al espejo, también estuve buscándolo en su habitación y en el gran salón. Así que, prácticamente, llegábamos tarde. Se encontraba mirando por el gran ventanal observando las maravillosas vistas. Vivíamos muy cerca de Montjuic. Mi padre poseía una de las fincas más hermosa de toda Barcelona y, por ende, las vistas a la montaña eran uno de los mejores privilegios que tenía vivir en esa impresionante casa. Aunque, hoy por hoy, se nos había quedado «grande». Tras la muerte de mi madre (hacía un par de años) y la marcha de mi hermano a Nueva York, las únicas personas que ocupaban aquella majestuosa finca éramos mi padre y yo. Apenas se percató de mi presencia, se volvió hacia mí fingiendo una sonrisa falsa que yo conocía muy bien desde hacía tiempo.

—Hijo, hoy es uno de los días más importantes de toda tu vida. ¿De verdad es necesario que lleguemos tarde el día de tu graduación? —dijo apagando su puro en el gran cenicero que descansaba encima de la mesa de su despacho y acercándose a mí con los brazos abiertos.

—Lo siento, papá —acepté su abrazo tímidamente—. Necesito tu ayuda, este pedazo de tela aparentemente inofensivo me acaba de sacar de quicio. Puedo prometer y prometo que no estoy hecho para las corbatas —dije simulando a uno de los símbolos de la Transición española y al cual mi padre había prácticamente venerado, arrancándole así una gran carcajada que sonó estrepitosa por el gran despacho.

—Te dije que «esto» —cogió mi corbata azul con rayas grises y gordas— era un arma letal y que puede acabar con la paciencia de cualquier hombre, incluso hasta del más tranquilo.

Mientras mi padre luchaba contra la maldita prenda con una paciencia infinita, subí la cabeza ligeramente hacia arriba para dejarle mejor acceso. Le sacaba diez centímetros y, aun así, ese ser que había hecho posible que yo estuviese en este mundo y que ya contaba con cincuenta y ocho años cumplidos medía un metro ochenta. Enfoqué mi vista a la gran biblioteca que poseía mi padre, y en una de las estanterías más altas divisé un marco plateado de grandes dimensiones. Destacaba por sobre las demás fotografías que había en las diferentes estanterías. Era una fotografía que yo conocía muy bien. En ella se mostraba a una pareja de recién casados, sonrientes y felices a bordo de un velero. De repente, un nudo se posó en mi garganta, y no era culpa del último apretón que le dio mi padre a la corbata seguido de la frase «esto ya está». En un día como hoy, la echaba terriblemente de menos. A ella, a mi confidente, a mi mejor amiga... a la mujer que me dio la vida. Mi madre... Ashley.

—Jorge hijo, tenemos que irnos. Sube a coger tu chaqueta, le diré a Alberto que vaya sacando el coche —asentí y agradecí mentalmente mientras subía las escaleras en busca de la chaqueta que mi padre no se hubiera percatado del cambio de mi semblante ni de las lágrimas que asomaron a mis ojos azules tan similares a los de ella. Estaba seguro de que estaba haciendo un esfuerzo sobre humano para que yo no pudiera ver en un día como hoy la gran tristeza y soledad que asomaba en sus ojos desde que nos la arrebataron.

Después de seis horas, en las que compartí con profesores y compañeros de carrera momentos muy emocionantes y emotivos, además de una espectacular cena con mi padre, algunos de sus colegas de profesión y de mi gran amigo, el también ya doctor Juan Ortiz, por fin pude quitarme ese traje de *Armani* hecho a medida exclusivamente para mí y con el cual no me sentía muy cómodo que dijéramos. Nada más entrar por las puertas de la casa, mi padre me había dicho que quería hablar conmigo, pero me excusé fingiendo un ligero dolor de cabeza causado por el champán. Funcionó en ese momento, y quedamos para

hablar durante el almuerzo al día siguiente. Yo sabía perfectamente de qué quería hablar mi padre conmigo y solo estaba alargando todo lo que podía esa charla, la cual (estaba seguro) no iba a terminar como a él le gustaría.

Me di una ducha esperando que el agua que caía a temperatura ambiente por mi cuerpo aplacara tanto el calor sofocante que se respiraba en Barcelona en el mes de junio, como la ansiedad que me provocaba pensar en la conversación pendiente con mi padre. No funcionó. Me tumbé en la cama. Ni siquiera me preocupé en retirar la colcha y mucho menos en cubrir mi cuerpo con ninguna prenda. Resoplé chillándome mentalmente. «Oh, vamos, ¿no puedes dejar de hacer lo que de verdad te gusta solo por evitar que no se sienta mal!». Volví a resoplar tapándome la cara con uno de mis brazos mientras que el otro reposaba debajo de mi cabeza. Mi padre, experto en medicina general, dirigía su propia clínica privada desde hacía casi treinta años. Al igual que su padre, había dedicado su vida por completo a la medicina y yo seguí sus pasos, al contrario que mi hermano mayor, que se decidió por la carrera de abogado y hoy en día era uno de los mejores. Trabajaba en un gran bufete en Nueva York. Y jamás quiso saber nada de medicina. No, no era que yo hubiese seguido los pasos de mi padre porque eso fuera lo esperado (que también). Si he de ser sincero, siempre me había llamado la atención la medicina. Desde que tenía uso de razón me fascinaba el trabajo de mi padre. Yo lo veía como un hombre profundamente respetuoso por la vida humana y la especial dignidad de las personas, y tuve claro, muy claro, que quería seguir sus pasos. Pero... no de la misma manera. No me veía a mí mismo dirigiendo una clínica de medicina general. Lo que de verdad me fascinaba era la investigación. Después de los seis años de carrera y los cuatro de prácticas de atención primaria en el Hospital del Clínico de Barcelona, ubicado en la misma Facultad de Medicina, quería hacer la especialidad en ciencias inmunológicas. Me había casi obsesionado con el tema, quería desarrollar proyectos de investigación en inmunología clínica, lo que se conoce como los organismos de defensa del cuerpo con especialización en el virus del sida. Efectuar investigaciones de laboratorio trabajando con el virus y estudiando las respuestas inmunológicas del organismo. Pero mi padre tenía otros planes para mí, quería que trabajáramos codo con codo en la clínica privada del doctor Peralta. Sabía que si seguía pensando en todo esto no conciliaría el sueño y había sido un día largo, emotivo y, por ende, agotador. Volví a frotarme la cara y cambié mi postura a boca abajo. Intenté dejar la mente en blanco y lo conseguí. Total, mañana ya tendría tiempo de

exponer y rebatir. Y esperaba no enfadarme.

Desperté pasadas las doce del mediodía. Después de tanto trabajo duro en los últimos meses, agradecí no haber tenido que madrugar. Recogí mi habitación colocando meticulosamente todo lo que la noche anterior había quedado fuera de su sitio. El orden era muy importante para mí, al igual que el olor. Tenía «esa manía» de olerlo todo y necesitaba que el lugar donde me encontrara oliera limpio y puro. Mi madre, desde pequeño, solía poner tres ramas de lirios en mi habitación. Y ese particular aroma me acompañó durante mi infancia y mi adolescencia. Cuando enfermó de cáncer tres años atrás, era yo el que cada día llevaba un lirio a la suya, solo por el mero hecho de verla sonreír con los ojos cerrados mientras aspiraba profundamente el aroma de la olorosa flor. El sonido de una mano tocando la puerta me sacó de mis cavilaciones, haciéndome sacudir la cabeza y así diluir su imagen.

—Adelante —dije invitando a la persona que había al otro lado de la puerta mientras me pasaba una camiseta por encima de la cabeza tapando así mi casi desnudez.

—Buenas tardes, señorito Jorge. Su padre, el señor Peralta, lo espera en el jardín trasero. Me ha pedido que le diga que baje en traje de baño, quiere que le acompañe a nadar un rato en la piscina. En una hora serviré el almuerzo.

—Gracias, Anabel, dígale que bajo en seguida.

Nadar durante más de media hora sin descanso junto a mi padre como si estuviésemos en la final de un campeonato olímpico (el cual yo no gané) hizo que mi mente se despejara y que una sensación de liberación se aposentara en mi cuerpo. Cuando nos dispusimos a tomar el almuerzo ya servido en el jardín después de secarnos y cambiarnos, todavía estábamos riéndonos a carcajadas por mis penosos intentos de hacer trampa. Tenía un cuerpo atlético, ya que en la casa disponíamos de gimnasio propio en el cual me machacaba mis buenas dos horas diarias, aparte de nadar siempre que podía y salir a correr al aire libre en las noches que no hacía mal tiempo. En definitiva, me sentía bien, como liberado, y empecé a degustar la deliciosa comida que había preparado Anabel. Ese fue el motivo por el cual mi padre me pilló por sorpresa.

—Jorge, hijo, el lunes te quiero trabajando en la clínica, ya está todo preparado y pensado —se me atragantó el delicioso salmón marinado—. He pensado que para que te vayas familiarizando con nuestros pacientes, las dos primeras semanas estarás junto a mí en la consulta. Después podrás seguir pasándola en la tuya propia. Nos repartiremos las consultas y las urgencias. Como ya te he contado en alguna ocasión, la mayoría de nuestros pacientes

constan de familias enteras que llevan años conmigo. Los historiales de todos y cada uno de los pacientes están ya reposando en la mesa de tu nuevo despacho, sería bueno que antes de que empezaras les echases un vistazo. Así tendrás trabajo adelantado y... —no pude aguantar más, tenía que cortarlo antes de que su ilusión llegase más lejos de lo que ya había llegado.

—Papá, no entra en mis planes pasarme cada día sentado detrás de una mesa recetando paracetamol y mucho líquido. Sabes la pasión que siento por la investigación, eres conocedor de ella, jamás te la he ocultado y quiero dirigir mi carrera hacia ese mundo.

—Pero hijo, yo... —volví a cortarlo, era necesario dejar todo claro de una vez por todas.

—No, papá. Quiero que entiendas y comprendas mis inquietudes. No digo que no te eche una mano cuando lo necesites y que estaré encantado de pasar consulta para relevarte cuando quieras o tengas que ausentarte, pero está decidido, voy a continuar con mi proyecto. Sabes de sobra cuál es —fui rotundo en mi última frase, no me apetecía tener que estar ni exponiendo ni rebatiendo durante toda la tarde, ni mucho menos sentirme culpable, que era el sentimiento que me había impedido hasta ahora hablarle tan claro a mi padre.

—Está bien, hijo, espero que sepas lo que haces. Te estás metiendo en un mundo muy duro, demasiado para un hombre como tú.

—¿Qué quieres decir con eso, papá? ¿Acaso crees que no lo haría bien, que no sacaría adelante ninguna investigación?

—Por supuesto que no he querido decir nada de eso, de sobra sé que hagas lo que hagas, será muy profesional y bueno. Lo que quiero decir, hijo mío —dijo levantándose de la mesa mientras se acercaba a mí y descansaba su brazo en mi hombro mirándome a los ojos. En los suyos, hoy especialmente se reflejaba la tristeza—. Verás, en medicina general no vemos tanto sufrimiento como en este tipo de campo. Si alguno de mis pacientes tiene síntomas claros de alguna enfermedad grave, se le deriva a un especialista y bueno, no voy a negar que lo pasas mal si el paciente tarde o temprano muere a causa de esta, pero la relación con él mientras dura no la llevamos directamente nosotros. Sin embargo, enfermedades inmunológicas tales como el VIH o el sida, qué te voy a decir, es otro mundo. Tratarás con pacientes, la gran mayoría estupefactos, drogadictos o ex drogadictos que no atienden a razones y que valoran muy poco o casi nada su propia vida y la de los demás. Y en algún caso, incluso pacientes con una vida sana y normal, mayores y no tanto, que verás apagarse poco a poco o a marchas forzadas sin poder hacer nada para

remediarlo. Y tú, hijo, eres un hombre muy pasional. Te involucras demasiado, te afecta mucho todo y sé que sufrirás más de la cuenta. Todavía recuerdo aquel día en que encontraste aquel pajarito medio muerto, tuvimos que salvarle la vida sí o sí para que pararas de llorar. Apenas tenías cinco años, pero actuaste como un médico profesional cuando alguien llega de urgencias a un hospital medio muerto tras haber sufrido un accidente. A eso me refiero cuando digo que es especialmente duro este campo, y sobre todo para una persona como tú, hijo. Una persona llena de sentimiento —me dio un último apretón en el hombro y se disculpó alegando que se iba a echar la siesta, aunque yo sabía que quería estar solo para poder regodearse en su soledad. Me sentí un poco peor, pero no lo suficiente como para revocar mi decisión.

Decidí pasar el resto del mes de julio y el de agosto disfrutando de unas merecidas vacaciones en nuestra casa de verano sin pensar en nada más que en divertirme. En septiembre empezaría mi gran proyecto de investigación en el Hospital Clínico de Barcelona con una duración de dos años, ya pensaría después si quedarme o no, ya que, si era bueno, tenía altas posibilidades de quedarme a trabajar en el mismo hospital. Mi padre tenía que entender, y además, aprender que no estaría con él siempre, que al igual que mi hermano había volado hacía ya un año y medio, yo terminaría volando tarde o temprano. No iba a permitirme sentirme mal, mi nueva vida estaba a punto de comenzar.

CAPÍTULO 3

FELICIDAD EMPAÑADA

Abril de 2016
SILVIA

«Resulta extraño pensar que, cuando uno teme algo que va a ocurrir y quisiera que el tiempo empezara a pasar más despacio, el tiempo suele pasar más deprisa».

La mañana del lunes había amanecido radiante. El cielo completamente despejado (a diferencia de las dos últimas semanas, que más que estar en primavera parecía que estábamos empezando el otoño) y una temperatura a las ocho y media de la mañana que invitaba a llevar un vestidito suelto y una chaqueta vaquera con sandalias. En definitiva, una de esas mañanas en las que con solo abrir la ventana y descubrir un día primaveral en todo su esplendor hacía que se le subiese el ánimo a cualquier criatura humana. Pero... no fue así. Hacía varias semanas que sufría un dolor de cabeza casi continuo, pero hoy, sin duda alguna, se iba a llevar la palma. Me tomé un analgésico que tragué con mi habitual zumo de zanahoria, manzana y kiwi y me eché un último vistazo en el espejo antes de salir camino al trabajo.

Decidí pasar del metro e ir dando un paseo. La agencia no estaba tan atestada como los últimos días de la semana. Los lunes eran algo más tranquilos, así que podía permitirme el lujo de llegar unos minutos más tarde, ya que la primera reunión no era sino hasta las diez de la mañana. Intenté dibujarme una sonrisa en la cara mientras paseaba sin prisa, pero sin pausa por la Rambla dirección al barrio de la Bordeta. Pero me estaba costando un trabajo increíble. Las punzadas atravesaban mi cabeza desde la parte de atrás hasta la sien y en más de una ocasión noté un ligero mareo. Estaba empezado a preocuparme. Comía sano, hacía ejercicio unas tres veces por semana, no fumaba y solo bebía cuando salía con las chicas a cenar. Lo normal, un par de copas de vino durante la comida y algún *Gin Tonic*, lo que todo el mundo, ¿no? Entonces, ¿qué me ocurría? Estaba segura de que algo pasaba en mi interior, lo notaba desde hacía semanas, pero había estado demasiado ocupada organizando los anuales premios *Elle Style Awards* que habían salido anunciados en la revista la semana anterior como para poder haber ido al médico.

Llegué a duras penas a la redacción y saludé a Eva, la recepcionista de la

entrada, con un leve movimiento de mano y un buen día demasiado escueto tratándose de mí. Apenas entré en mi pequeñito, pero encantador despacho, me senté en el sillón frotándome las sienes con ambas manos intentando mitigar en algo el dolor.

—¡Buenos días, Silvia! Vaya, no tienes buen aspecto. ¿Qué pasa, sigues con dolor de cabeza? —Alejandra entró como un torbellino, para no perder la costumbre. Lo malo de trabajar con tu amiga de la infancia es que te conoce tan bien que no hace falta que le digas nada para saber que pasa algo.

—Bingo. Buenos días. ¿Crees que habrá por aquí algo con lo que poder cortármela? —dije simulando rebuscar entre los cajones alguna especie de sierra.

—No, pero creo que la jefa te la puede cortar si quieres, tan solo has de llegar tarde a la reunión y tirarte en plan pasota mientras nos designa la semana. Hoy no está de muy buen humor, para mí que este fin de semana tampoco ha tenido sexo —la última frase la dijo en voz bajita mientras se carcajeaba. Yo la acompañé.

—¿Y cuándo está Jessica de buen humor?

—Te traeré un té, dicen que es bueno para el dolor de cabeza. No te muevas ni un poquito.

Alejandra salió con un movimiento de caderas que hacía que su faldita de vuelo blanca con estampado de florecitas se meneara con el vaivén de estas. Hacía tiempo que se había sometido a un régimen muy estricto en el cual perdió casi veinte kilos. Y, desde entonces, aunque no había perdido sus curvas, se veía delgada y tan guapa que cada día estrenaba un conjunto nuevo. «Por todo el tiempo que no he podido ponerme más de una prenda», solía decir cuando veía las facturas a final de mes.

La reunión había ido tal y como se esperaba. Aburrida y tediosa. Jessica era mi «jefa», aunque no la mandamás, por supuesto. Trabajaba como redactora externa para la revista *Elle* y me encantaba mi trabajo. Había trabajado muy duro para conseguir un puesto en una de las revistas con las que siempre había soñado, y además, a mi suerte se sumaba poder trabajar al lado de mi amiga de toda la vida. Un privilegio por el que cada día daba gracias a Dios. El mes de junio se presentaba movidito en lo que a moda se refería y el jueves tendría que viajar a Madrid para cubrir una pasarela con premios incluidos. Así que ya podía empezar a ponerme las pilas para tenerlo todo preparado. Alejandra era algo así como mi secretaria, aunque no particular, claro, era la mía y la de cinco chicas más de esa planta. Me acerqué a su mesa

apenas salí de la reunión y le di las instrucciones de mi próximo viaje, ella se encargaría de buscar el billete de avión y del alojamiento, ya que tendría que hacer noche.

—A sus órdenes, jefa, haré mucho más que eso —me dijo mientras se llevaba la mano derecha hasta la frente a modo de saludo militar. Entré en mi despacho riendo por su ocurrencia mientras buscaba otro analgésico dentro de mi bolso. Aunque pareciera imposible, el dolor de cabeza había aumentado tras haber estado una hora escuchando la voz de pito de Jessica.

Estaba a punto de irme al restaurante de la esquina a comer mi habitual ensalada cuando mi amiga entró en el despacho sobresaltándome, pensaba que a esa hora del mediodía ya se habría ido a comer.

—Mañana a las nueve de la mañana es tu cita del médico. Y no te preocupes, he buscado el número del doctor Peralta, no tendrás que esperar colas en ninguna sala de espera de ningún hospital público. ¿De acuerdo? ¡No te olvides!

—Pero...

No me dio tiempo a decir absolutamente nada. Alejandra solo trabajaba por las mañanas y se había marchado rápido a sabiendas de que rechazaría la cita y le obligaría a llamar cancelándola. Me conocía demasiado bien, no me gustaban nada los hospitales, ni los médicos ni mucho menos las agujas o las pruebas a las que sometían a la gente. Me encogí de hombros. Total, con no aparecer lo tendría todo hecho. No tardé mucho en cambiar de opinión.

Cuando sonó el despertador a la mañana siguiente, yo ya tenía decidido que esta vez haría caso a mi amiga. Decidida a ver al doctor Peralta tras pasar una noche que no se la deseaba a nadie y a sabiendas de que no podría aguantar otra igual. Así que a las nueve en punto de la mañana estaba sentada en la pequeña salita de la consulta privada del doctor que llevaba tratándome desde que nació. Cuando la secretaria me hizo pasar y el doctor Peralta levantó la cabeza me quedé muy fría, casi de piedra. Ese hombre tan sumamente atractivo, sexi y elegante no era para nada mi doctor.

—Buenos días, señora Bassol. Siéntese, por favor —dijo mirando, supuse que mi historial, el cual descansaba encima de la mesa delante de sus narices.

—Señorita Bassol, si no le importa. ¿Usted es?

—El doctor Peralta, lógicamente.

—Perdone, pero conozco perfectamente bien al doctor Peralta, y claramente no es usted. Para empezar, usted tendrá como cuarenta años menos. ¿Es usted un sustituto? —se echó a reír mientras se inclinaba ligeramente hacia

atrás. Juro que sentí un rayo atravesar mi estómago en el momento en el que vi los dos hoyuelos que asomaron a cada lado de esos labios que parecían tan jugosos y que adornaban una perfecta y luminosa dentadura.

—Verá, señorita Bassol...

—Silvia, puede llamarme Silvia, por favor —le interrumpí.

—Bien, Silvia, yo soy el doctor Peralta... «hijo». Mi padre se jubiló hace más de un año y yo, decidido a seguir sus pasos, tomé la decisión de hacerme cargo de su consulta y, por ende, de sus pacientes de toda la vida. Aunque con ayuda de otro profesional, ya que dirijo más bien la parte de laboratorio y enfermedades inmunológicas que incorporamos a la clínica hace un par de años. Mi nombre es Jorge y puedes tutearme, por favor, no creo que sea mucho mayor que tú. Tengo treinta y cinco años recién cumplidos, así que será mejor que nos tuteemos, ¿no crees, Silvia?

Embobada como una tonta, ese era mi estado en ese momento. Jorge transmitía un aura fuerte y decidida. Sus facciones eran muy elegantes, me recordaba al actor Chis Hemsworth (pero sin martillo), incluso lucía los mismos ojos azules que él. De pelo castaño claro, no lo había visto aún de pie, pero calculaba que mediría uno ochenta y cinco más o menos. Y la bata le quedaba tan perfecta que estaba segura que el porte que había bajo ella era tan perfecto como su rostro.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —pregunté haciéndole entender que era estúpida de nacimiento.

—Bueno, supongo que no ha venido solo a saludar a mi padre, así que espero con impaciencia el motivo de tu visita. Físicamente hablando el diagnóstico que podría darte es que todo está perfecto, pero hasta ahí puedo llegar, por el momento —volvió a sonreír solo por el hecho de distraerme de nuevo. Respiré hondo y más nerviosa de lo que me hubiera gustado estar empecé a soltarle mis males.

—Verá doctor... Esto, verás Jorge, hace algunas semanas, un insoportable dolor de cabeza decidió venir a vivir conmigo, lo he estado sobrellevando más o menos, con analgésicos, paseos al aire libre, ocho horas de sueño y todas esas cosas, pero desde hace un par de días, apenas puedo soportarlo. No consigo concentrarme en mi trabajo y esta noche no he podido pegar ojo porque hasta en sueños me dolía —mientras relataba mis dolencias, Jorge empezó a apuntar algo. Me hizo gracia su manera de coger el bolígrafo, diferente a todo el mundo. Estaba segura de que escribir así tendría que costar

mucho más trabajo que hacerlo de manera correcta. Fruncía las cejas cuando se concentraba y eso le hacía parecer aún más sexi.

—¿Aparte del dolor de cabeza, nota algo más que haya cambiado en su día a día, en su estado físico?

—Bueno, la verdad es que me siento más cansada desde hace tiempo, todo me cuesta el doble que antes, pero supongo que será la astenia primaveral. ¿No? Como a todo el mundo.

—Las personas tienden a suponerlo prácticamente todo, de ahí las grandes equivocaciones —me quedé callada al ver que (de manera, eso sí, muy diplomática) me había dejado sin palabras—. Bien, voy a hacerte una pequeña revisión para ir descartando. Pasa a la siguiente habitación y quítate la blusa, por favor. Enseguida estaré contigo. Agradecí al cielo llevar puesto mi nuevo conjunto de *Victoria Secret*.

Después de tener que leer varias letras minúsculas en un panel a varios metros de mí, hacer diferentes movimientos con el cuello y de contestar a doscientas preguntas más al doctorcito, y todo eso con las mejillas elevadas al máximo color rojo que había sufrido en mi vida, me pidió que me visitara y volviera a la mesa de antes.

—¿Y bien?, ¿qué es lo que tengo?

—No puedo darte un diagnóstico con tan pocos datos. Vas a hacerte algunas pruebas —oh, oh—. No te preocupes, nada fuera de lo normal, un análisis de sangre completo y un TAC. Espero entonces poder darte tanto el diagnóstico como, por supuesto, la cura. Lo que sí te puedo adelantar es que queda descartado que sea un problema de vista o incluso de cervicales. ¿Has desayunado esta mañana?

—Aún no. ¿Por qué? —¿acaso el doctorcito iba a invitarme a desayunar?

—Perfecto, Julia tomará la muestra de sangre ahora mismo y una cosa menos. El TAC te lo realizarán en dos días —dijo, entregándome un volante con la fecha y la hora—. Así que te veré dentro de una semana. Mientras tanto, tómate estas pastillas. Tres veces al día, e intenta no hacer comidas pesadas, no leer durante mucho rato ni pasar más de media hora seguida delante del ordenador, todo eso puede aumentar tu dolor de cabeza.

—Pero no puedo hacerme el TAC el jueves, esa misma mañana salgo de viaje para Madrid y es imposible cancelarlo.

—Bien, entonces tendremos que hacerlo a primera hora, a las ocho de la mañana. No tardará más de veinte minutos, así que a partir de las ocho y media puedes irte donde te dé la gana —quise protestar de nuevo, pero me fue

imposible, ya que enseguida se levantó, me tendió la mano y me deseó, aparte de que me cuidara, que tuviera un gran día.

Cuando llegué a la redacción, estaba de mal humor. Me habían pinchado. No sé los litros y litros de sangre que aquella enfermera o lo que fuera había extraído de mis pobres venas, pero me sentía más cansada si cabe que los días anteriores. La mañana pasó pesada, muy lenta, aunque he de admitir que no ver a Jessica la hizo un poco más llevadera. A mediodía decidí seguir trabajando desde casa, no me sentía con fuerzas de seguir metida en el despacho. Tenía que preparar varias entrevistas que haría en Madrid y podría hacerlo de igual manera tumbada encima de mi cama y con varios cojines en mi espalda. Antes de irme tuve que contarle a Alejandra la pequeña visita de la mañana con pelos y señales, y me hizo prometer que iría a hacerme la prueba, ya que el avión no salía hasta las once de la mañana. Me daba tiempo de sobra de estar en el aeropuerto a las nueve

—Yo misma te acompañaré a hacértela y después te acercaré hasta el aeropuerto —me dijo, asegurándose así de no poder darle ninguna excusa. No hubiera hecho falta, iba a ir, solo esperaba que fuese Jorge quien estuviese allí esa mañana.

Estaba orgullosa de la productiva tarde que al final había logrado obtener. Así que, después de darme un largo baño, cenar una ensalada César y tomarme la pastilla que me había recetado Jorge en la mañana, me fui a la cama mucho mejor de lo que me había levantado. Apenas había estirado mi cuerpo cuando sonó mi *Iphone*. Sonreí al ver el nombre en la pantalla.

—Hola, mamá.

—¡Silvia, hija! ¿Cómo estás, cariño?

—A punto de irme a la cama, ha sido un día duro de trabajo. ¿Cómo os va a los tortolitos? —sonreí porque sabía que en ese momento se habría puesto roja como un tomate. Hacía dos semanas que habían celebrado su aniversario número treinta y estaban de crucero por las islas griegas desde hacía cinco días.

—No me digas esas cosas, hija, que sabes que no me gustan. Estamos muy bien, tu padre te manda un beso, solo queríamos asegurarnos de que todo iba bien. Acabo de hablar con tu hermano y me ha dicho que llevaba tres días sin hablar contigo, pero que mañana pasará a verte.

—No te preocupes, mamá, estoy fenomenal. Pasado mañana viajaré a Madrid, pero estaré de vuelta como mucho el sábado por la mañana. Disfrutad todo lo que podáis y no os preocupéis por nosotros, que ya somos lo

suficientemente grandecitos como para cuidarnos solos y lo sabes.

—Lo sé, hija, pero una madre no puede dejar de preocuparse, así tengáis cincuenta años. Es algo que solo comprenderás cuando seas madre. No te entretengo más, buenas noches, cariño. Cuídate mucho. Te quiero, preciosa.

—Y yo a vosotros, mamá.

Colgué el teléfono sintiéndome un poco culpable por engañarla respecto a cómo me encontraba, pero no quería preocuparla, estaba segura de que era capaz de interrumpir su viaje para venir «a cuidarme». Siempre había sido una madre súper protectora, aunque a la vez nos había dado alas para volar y hacer todo lo que queríamos. Tanto mi hermano como yo habíamos dado pocos problemas y ambos nos habíamos independizado casi a la vez hacía dos años, aunque mi hermano fuese tres años menor que yo. Pero durante un tiempo lo pasó bastante mal gracias a mí. Cuando volví de mi primer viaje a solas hace ya diez años, le hice pasar por las peores semanas de su vida. Yo no quería hablar con nadie, ni salir, ni ver a nadie, tampoco les contaba qué me pasaba. Perdí peso considerablemente y la ansiedad de la terrible experiencia que había vivido me provocó vómitos, diarreas y alguna que otra erupción cutánea, pero me negué rotundamente a ir al médico, ya que yo sabía perfectamente que me pasaba. Aun así, fue el propio médico (el doctor Peralta «padre») el que me visitó, recetándome, tras algunos exámenes rutinarios, mucho descanso. Según él era normal mi estado. A mi edad, algunas adolescentes vivían una racha de estrés debido a la universidad y a otros temas. Yo, por supuesto, di el visto bueno al pronóstico del doctor, ya que facilitó el que mi madre me dejase tranquila el tiempo suficiente como para recuperar mi vida, o eso fue lo que les hice creer. Había pasado por una de las peores situaciones que puede vivir una adolescente. Gracias a Dios conseguí engañarlos a todos y un par de meses después «me encontraba perfectamente bien».

Una de las mentiras más grandes de mi vida. Diez años después, no había conseguido no recordarlo ni un solo día. A pesar de todo, yo era feliz. No puedo explicar con exactitud cómo hice para acabar la facultad, presentar mi tesis y conseguir un año después trabajar en lo que me gustaba, pero así fue. Apreté los ojos fuertemente y alejé los pensamientos. Había aprendido a hacerlo y apenas me costaba trabajo. Eché la llave a ese cajón que se abría cada día, apagué la luz de la lamparita y recé por poder dormir toda la noche.

No lo conseguí, y a las seis de la mañana estaba corriendo por el solitario camino que iba de mi apartamento hasta Montjuïc, pensando que un poco de ejercicio me haría bien. Me equivoqué de nuevo, una hora después llamaba a

Alejandra pidiéndole que viniera a recogerme a dos kilómetros de mi casa porque me era imposible llegar. Sentía que en cualquier momento me desmallaría, tanto del dolor de cabeza como de las pocas fuerzas que sentía en mi cuerpo.

Alejandra llamó al doctor Peralta contándole lo que había pasado y este pidió que fuese inmediatamente hasta la clínica. No pude hacer nada para oponerme, aunque lo intenté. Pero estaba claro que la palidez que reflejaba mi cara no me ayudó a convencer a mi amiga de que una ducha y buen desayuno me dejarían como nueva. Solo accedió a la ducha y a cambiarme de ropa, cosa que agradecí, ya que iba a volver a encontrarme con el doctor «sexí».

Adelantaron la prueba del TAC, ya que tan temprano no había ninguna programada. Fue el mismo Jorge quien se ocupó de realizarla. Durante veinte minutos, mi cabeza estuvo sumergida en una especie de tubo lleno de luces por dentro y que hacía un ruido insoportable para mí. Después de tomarme la tensión y hacerme tragar un líquido asqueroso, pero que eliminó por completo el mareo y las náuseas, Jorge me dio permiso para irme a trabajar, aunque prometiéndole que solo haría lo urgente y después me iría a casa a descansar. Me había dado una cita para ese mismo día a las cinco de la tarde. Los resultados estarían listos.

Haciéndole caso a mi nuevo médico, solo pasé por la oficina a recoger algunos papeles y los billetes de avión. Mi trabajo me daba la libertad de poder realizarlo desde mi propia casa. Me reuní con Jessica para revisar las entrevistas en Madrid y antes de la una del mediodía estaba sentada en el cómodo *Choise Longue* de mi salón almorzando comida china.

Antes de llegar de nuevo a la clínica, me dio tiempo de sobra de dejar preparada la pequeña maleta, mi maletín e incluso de lavar y poner mascarilla a mi espesa melena. No sabía exactamente qué contenía el medicamento que me pinchó en la mañana Jorge, pero claramente había reducido mi dolor de cabeza y eso me había permitido dejarlo todo listo para salir en la mañana. Cuando la enfermera me hizo pasar a la consulta, estaba de buen humor, entré sonriendo y dispuesta incluso a coquetear un ratito con el «doctor sexi», pero al levantar la cara y posar sus ojos en mí me recorrió un escalofrío. No tenía noticias buenas para mí, eso estaba más que claro. Su semblante, además de serio, era de preocupación. Me senté en cuanto él me lo pidió y empecé a notar de nuevo las punzadas abriéndose paso a través de mi cráneo.

CAPÍTULO 4

GIRO INESPERADO

SILVIA

«Los barcos no se hunden por el agua que los rodea, se hunden por el agua que entra en ellos. No permitas que lo que sucede a tu alrededor se meta dentro de ti y te hunda...».

Jorge estaba empezando a ponerme de los nervios. Llevaba, así como más de cinco minutos mirando y remirando diferentes papeles que tenía delante de él. A su vez, de vez en cuando escribía algo en el ordenador y parecía haberse olvidado de que yo estaba allí sentada en frente esperando un diagnóstico. Carraspeé por si cabía la posibilidad de que de verdad se hubiese olvidado de mí. Levantó la mirada *ipso facto* y le sonreí.

—¿Y bien doctor, me va a decir ya qué es lo que pasa dentro de mi cabeza?

—Perdona, Silvia, pero estaba dando un último repaso a los resultados de tus pruebas por si se me había pasado algo por alto. En fin, verás —¿estaba nervioso? —, el TAC no revela que tengas ningún tipo de trastorno ni ninguna anomalía cerebral —¡bien!, esa era mi mayor preocupación. ¿Por qué seguía tan serio entonces? Será el protocolo a seguir, los médicos deben de dar su diagnóstico de forma seria (incluso los que están tan buenos como Jorge), me dije—. Sin embargo, sí hemos encontrados varias alteraciones en tu análisis de sangre.

—¿Qué tipo de alteraciones? ¿Anemia, colesterol o cosas así?

—Ojalá fueran ese tipo de alteraciones. Silvia, tus análisis indican que estás baja de plaquetas, y que existe una grave alteración en tu sistema a nivel general, dado que sufres graves infecciones y ciertas neoplasias, aparte, claro, de la alteración neurológica que claramente estás sufriendo desde hace semanas, y que como ya te he dicho al principio no tiene que ver con ninguna anomalía en el cerebro sino en tu sangre, en tu sistema, en tu cuerpo —no estaba entendiendo absolutamente nada.

—A ver, doctor, ¿por qué tengo todas esas alteraciones, ¿qué es lo que le pasa a mi cuerpo?

—Todos los resultados nos indicaban que tu sistema sufre un virus, y nos hemos tomado la libertad de hacer ese análisis también.

—¿Qué análisis? —seguía sin entender muy bien lo que trataba de decirme. Un virus no era algo tan malo, ¿verdad? Solo tendría que tomarme el

antibiótico adecuado que eliminase el maldito bicho que lo había causado.

—Te hemos hecho la prueba del Virus de Inmunodeficiencia Humana... la prueba del VIH —se quedó un momento esperando mi reacción, pero yo solo podía mirarlo sin verlo realmente—. Silvia, ¿sabes de qué prueba te estoy hablando?

—Sí... —logré contestar por fin—. ¿Y el resultado es...?

—Positivo, Silvia. No solo tienes el virus, sino que, además, lo has desarrollado y está en una fase avanzada, lo cual nos indica que debe de llevar varios años rondando dentro de tu sistema. Lo siento.

Aquella habitación blanca casi impoluta y muy luminosa se convirtió de repente en una especie de zulo que se iba achicando más y más hasta que sentí que las paredes me aplastaban. Jorge me miraba con cara de preocupación y pena a partes iguales, y yo empecé a notar cómo las lágrimas corrían por mis mejillas. De todos los diagnósticos que esperaba encontrarme tras las pruebas, ninguno de ellos ni por asomo había sido el que obtuve. Jorge volvió a hablarme y las paredes de repente volvieron a su lugar.

Silvia, quiero que sepas que vamos a luchar, «esto» se puede combatir. Gracias a Dios hoy en día hay fármacos que retrasan la enfermedad y que mejoran la supervivencia, aun siendo una enfermedad crónica. Te trataremos con antirretrovirales desde ya mismo. Por supuesto, tengo que hacerte varias pruebas más y eliminar las diferentes infecciones que padece tu sistema en este momento a causa del virus, pero no voy a dejar que caigas. ¿Me has escuchado? Necesito que seas sincera conmigo y necesito que hagas todo lo que te diga, eso será fundamental para combatirlo —asentí con la cabeza. Tenía mucho que preguntar, casi no sabía apenas nada sobre la enfermedad. Solo que la padecían en su mayoría transexuales, toxicómanos y prostitutas, aparte de personas del tercer mundo, y todos ellos la contraían por no utilizar preservativo en las relaciones sexuales, pero yo, yo ni siquiera había tenido relaciones sexuales desde... Y lo vi, todo quedó claro de repente. Mi gran error no acabó solo en una violación y una secuela psíquica de por vida. También me regaló la enfermedad que me llevaría a la tumba.

Jorge seguía hablando y hablando, pero yo ya dejé de escucharlo. Se dio cuenta de que había dejado de estar allí en algún momento y decidió darme una tregua. No podría decir exactamente el tiempo que tardé en volver a la realidad, solo sé que Jorge se había retrepado en su sillón de cuero negro y esperaba alguna señal mientras me miraba con los brazos cruzados y el semblante demasiado serio para un hombre tan atractivo como él. Comencé a

hablar de manera casi mecánica, recordándome a un robot.

—Hace como diez años sufrí una violación. No conozco nada de él, solo su nombre y ni siquiera puedo asegurar que sea verdadero. Tenía gran parte de su cuerpo tatuado. Solo sé que bebí mucho, demasiado, y estoy segura también de que puso algo en mi bebida, porque todo empezó a darme vueltas. Era como si de repente no tuviera ningún dominio sobre mí o sobre mi cuerpo. El... tipo en cuestión no usó ningún tipo de protección. Cuando acabó, cuando obtuvo de mí lo que buscaba, se marchó y no recuerdo nada más —Jorge seguía mirándome sin pestañear siquiera. Era la primera vez que lo contaba desde entonces. Las únicas personas que sabían lo que ocurrió aquella fatídica noche eran Alejandra y Paula. Les hice prometer que jamás podrían contárselo a nadie y que jamás hablaríamos de aquello ni entre nosotras. Yo necesitaba eliminarlo, continuar con mi vida como si nada de aquello hubiese ocurrido. Quise enterrar mi gran error del pasado sin pensar que los errores tarde o temprano salen a la luz, vuelven a buscarte. Sin duda alguna, el mío lo había llevado dentro desde siempre camuflado en forma de enfermedad—. Esa ha sido la única vez que he tenido relaciones sexuales en mi vida, así que ya sabemos la forma en que he sido infectada.

—Eso es horrible, Silvia... No puedo ni imaginar lo que tuviste que pasar, debiste de haber denunciado, pero no voy a regañarte por lo que debiste de haber hecho, eras muy joven y fue una experiencia bastante traumática — estuvimos un rato mirándonos a los ojos. Yo expectativa por escucharlo, sus palabras eran importantes para mí en ese momento, ya que de repente lo había hecho cómplice de mi secreto. En su mirada había comprensión, ternura y rabia a la vez—. ¿Hay alguna manera de contactar con el indeseable?

—¿Qué, para qué? —el corazón se me encogió de golpe. Solo imaginar en contactar con él hizo que un miedo atroz se apoderara de mi cuerpo y una rabia, canalizada toda en mi estómago, subiera hacia arriba hasta mi corazón en forma de brasa que iba quemando todo a su paso.

—Tranquilízate, Silvia. No digo que tú contactes con él, pero me gustaría averiguar por mi cuenta, claro. Para estar completamente seguros de que él fue el portador, y si es así, conocer si el virus también lo ha desarrollado y en qué fase pueda encontrarse. Sería de gran ayuda. Pero si no te ves capaz de nada de eso, puedes pedir a tus amigas, las que lo saben todo, que sean ellas las que se encarguen de encontrarle. De momento vamos a empezar hoy mismo con tratamientos y, por supuesto, tu familia debe estar al tanto de tu enfermedad, Silvia. No puedes ni debes ocultar algo como esto, hay que tener cuidado de

no infectar a nadie. En cualquier caso, tus familiares y amigos más cercanos deben de hacerse la prueba. El VIH no solo se puede contagiar teniendo relaciones sexuales, el contagio se realiza a través de los fluidos, de la sangre. Cualquiera que haya tenido contacto en algún momento con tu sangre y tuviese una herida por pequeña que fuese se ha podido contagiar también. Así que... es imprescindible. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Silvia?

Supongo que la última pregunta fue debida a que tenía la mirada perdida en algún punto de sus manos y las lágrimas hicieron acto de presencia de repente. A cada segundo me iba concienciando más y más del peligro en el que, como bien acababa de decir Jorge, habían corrido las personas a las que yo quería. Hacer frente a una situación como esta iba a causarme un esfuerzo sobre humano, pero podría hacerlo, iba a hacerlo. Saber que, por mi culpa, alguien más se hubiese contagiado... Eso, eso sí que no podría superarlo.

Me fui de allí, para empezar, con un par de recetas. Debía de estar tomando antibiótico durante una semana para eliminar una de las infecciones que me había causado la enfermedad y después empezaría con las antirretrovirales. Jorge me avisó de que podría padecer en los siguientes días de vómitos o diarreas, pero que era normal. La clínica disponía de todo lo necesario para enfrentar una enfermedad de este tipo, así como diferentes médicos especialistas. Era moderna y contaba con máquinas especializadas que incluso no tendrían algunos hospitales públicos (para algo les costaba todos los meses a mis padres un buen pellizco). Sonreí irónicamente, pensando qué sería de aquellas personas que no pudiesen permitirse el tratamiento y el seguimiento que yo por descontado sí iba a tener.

Jorge me había entregado un listado de cosas que tenía que hacer o cambiar en mi rutina diaria a partir de ya. Como no me sentía preparada para sentarme y afrontar lo que estaba ocurriendo, decidí empezar en ese mismo instante a tachar cosas de la lista, y después de sacar las medicinas me fui directamente al supermercado a comprar verdura, fruta y todo lo que necesitaría para «el menú de la semana», que también venía bien detallado en mi lista. Por supuesto, nada de alcohol. Y debía de intentar dormir un mínimo de ocho horas diarias. No es que todo esto fuese muy diferente de lo que hacía habitualmente, por lo general solía comer sano y cuidarme un poco, pero cuando sabes que has de hacer algo por «obligación», todo se te hace un poco más duro de llevar.

Cuando llegué a casa le mandé un *wasap* a mi hermano diciéndole que no viniera a visitarme, ya que salía temprano de viaje. Me respondió con un

escueto «*Ok*». De todas formas, estaba acostumbrada a que mi hermano fuese más a lo suyo que a otra cosa. El siguiente *wasap* se lo envié a Alejandra diciéndole que me encontraba mucho mejor y que hablaríamos a mi vuelta del viaje, me respondió con un «me alegro, cuídate y mantenme informada». Así lo haría, a la vuelta de mi fugaz viaje a Madrid tendríamos una pequeña reunión, con ella y con Paula. Desde hacía un par de años nos veíamos poco, ya que se había trasladado a vivir al sur, donde había encontrado el trabajo de su vida, según sus propias palabras. Sí, debía de hablar con ella también. Habíamos convivido juntas en infinidad de ocasiones después de...

Mi prioridad ahora era que mi gente se hiciera la prueba. Mentalmente, empecé a pedir a Dios que nadie hubiera resultado infectado gracias a... mí.

CAPÍTULO 5

SILVIA

Abril 2016

JORGE

«Todos tenemos a esa persona por la que nos quedamos un poquito más, aunque estemos muriendo de sueño».

Llegué a la clínica a las ocho en punto, casi mecánicamente. Mientras conducía de la casa de mi padre hasta mi nuevo lugar de trabajo desde hacía dos años ya, fui rememorando minuto por minuto lo que acababa de vivir con él. Me alegré de haberme quedado a pasar la noche en su casa y, aunque apenas hubiera podido pegar ojo, agradecí haber podido ser yo el que lo calmase. Hacía un año que le habían diagnosticado alzhéimer, cosa que yo ya llevaba tiempo barajando. Más o menos estaba controlado, pero ayer no fue un día precisamente «bueno». Y esta mañana no había amanecido mejor. Me sentí tan frustrado cuando después de ayudarlo a salir del baño (de su propia casa, aunque él pensaba que lo habíamos llevado a un lugar que no conocía y pedía a gritos que lo llevaran a su casa junto a su madre y sus hermanos) no supiera quién era yo. No me reconoció en ese momento, se había olvidado de que tenía un hijo que siempre estaba a su lado, que llevaba dos años ayudándolo en su propia clínica porque él no se sentía con fuerzas para hacerlo solo. Sabía y conocía perfectamente los síntomas de la enfermedad, era muy normal que episodios como este se vivieran cada vez más frecuentemente. Los pacientes solían recordar cosas de su pasado más lejano y nada de su tiempo actual. Aun así, nadie está preparado para vivir «ciertas cosas».

Saludé a Julia al entrar y le pedí por favor que me trajese un café a la consulta. Mi eficaz enfermera no tardó ni cinco minutos en hacer mi recado.

—Aquí tienes, Jorge, tu café con leche desnatada y solo una cucharada de azúcar —dijo sonriendo de oreja a oreja y orgullosa de saber perfectamente cómo me gustaba tomar el café. Yo era conocedor de la atracción que sentía por mí, incluso había tomado la decisión de declararse hace unos meses. La rechacé lo más cordialmente posible y gracias a Dios no hubo mal rollo entre nosotros después de eso. Al contrario, nos habíamos hecho grandes amigos y solíamos ir los viernes por la noche a tomar unas cervezas al bar de enfrente.

—Muchas gracias, Julia. No sé qué haría sin ti.

—La verdad, yo tampoco —los dos nos echamos a reír.

—A las nueve en punto tienes una paciente, la señora Silvia Bassol. Enseguida te traigo su historial. ¿Necesitas algo más?

—No, gracias, Julia.

Me tomé mi café (no sin antes disfrutar de su aroma) y me puse a revisar el historial de mi primera paciente. Mujer de veintiocho años, sin ningún problema de salud fuera de lo normal. Gripes, sarpullidos varios causados por algún tipo de virus, resfriados varios y poco más. Lo único anómalo era la frecuencia con que los contraía cada año. En ello estaba cuando Julia hizo pasar a la señora Bassol. Aparté mi vista de los papeles para invitarla a sentarse, justo en ese momento nuestros ojos se cruzaron y el corazón me dio un vuelco. Me quedé impactado durante unas décimas de segundo. Sin entender qué era lo que me acababa de suceder volví en mí.

—Buenos días, señora Bassol. Siéntese, por favor —¿se habría dado cuenta ella de mi reacción?

—Señorita Bassol, si no le importa. ¿Usted es? —dijo un poco a la defensiva y dejándome claro que estaba en el mercado.

—El doctor Peralta, lógicamente.

—Perdone, pero conozco perfectamente bien al doctor Peralta, y claramente no es usted. Para empezar, usted tendrá, así como ¿cuarenta años menos? ¿Es usted un sustituto? —me eché a reír con ganas echando mi cabeza hacia atrás. No sabría decir si era porque estaba nervioso o por saber que no era a mí a quien esperaba encontrar.

—Verá, señorita Bassol... —empecé a hablarle, pero me interrumpió sin miramiento alguno. Una chica con carácter. ¿Qué más escondería tras esos ojazos?.

—Silvia, puede llamarme Silvia, por favor —bien, Silvia, yo soy el doctor Peralta... «hijo». Mi padre se jubiló hace más de un año y yo, decidido a seguir sus pasos, tomé la decisión de hacerme cargo de su consulta y, por ende, de sus pacientes de toda la vida. Aunque con ayuda de otro profesional, ya que dirijo más bien la parte de laboratorio y enfermedades inmunológicas que incorporamos a la clínica hace un par de años. Mi nombre es Jorge y puedes tutearme, por favor. No soy tan mayor, tengo treinta y cinco años recién cumplidos, así que será mejor que nos tuteemos. ¿no crees, Silvia?

No contestó, se quedó algo así como muda mientras sus ojos recorrían todo mi rostro. Tenía los labios ligeramente abiertos y pareciera que por ellos se estuviese escapando un suspiro. Juro que en ese momento quise comérmelos,

en mis treinta y cinco años no había visto nada tan sexi y a la vez tan inocente. ¿Acaso yo le había gustado de igual manera? Tuve que volver a preguntar.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? preguntó claramente nerviosa mientras despegaba sus ojos de mi cuerpo.

—Bueno, supongo que no ha venido solo a saludar a mi padre, así que espero con impaciencia el motivo de tu visita. Físicamente hablando el diagnóstico que podría darte es que todo está perfecto, pero hasta ahí puedo llegar por el momento —sonreí preguntándome si no parecería estúpido de remate.

—Verá, doctor... Esto, verás Jorge, hace algunas semanas, un insoportable dolor de cabeza decidió venir a vivir conmigo, lo he estado sobrellevando más o menos, con analgésicos, paseos al aire libre, ocho horas de sueño y todas esas cosas, pero desde hace un par de días apenas puedo soportarlo. No puedo concentrarme en mi trabajo y esta noche no he podido pegar ojo porque hasta en sueños me dolía —empecé a apuntar los datos más relevantes de lo que Silvia me iba contando mientras mi cabeza ya iba a mil por hora intentando averiguar sin apenas datos qué le podría ocurrir a una mujer tan bella y joven.

—¿Aparte del dolor de cabeza, notas algo más que haya cambiado en tu día a día, en tu estado físico?

—Bueno, la verdad es que me siento más cansada desde hace tiempo, todo me cuesta el doble que antes, pero supongo que será la astenia primaveral, ¿no? Como a todo el mundo.

—Las personas tienden a suponerlo prácticamente todo, de ahí las grandes equivocaciones. Bien, voy a hacerte una pequeña revisión para ir descartando. Pasa a la siguiente habitación y quítate la blusa, por favor. Enseguida estaré contigo —si es que puedo soportar verte en ropa interior, dije para mis adentros.

Cuando entré en la pequeña sala de exploración, tuve que respirar varias veces profundamente. El corazón me latía a mil por hora, las manos me sudaban y mis malditos ojos se negaban a mirar hacia otro lugar que no fueran sus pechos. Llevaba un conjunto precioso color blanco semitransparente que hizo sacudir mi sexo dentro de mis vaqueros. Puedo jurar que durante la exploración pasé uno de los peores ratos de mi vida. Ella, supuse, no lo estaba pasando mejor que yo. Sus mejillas estaban encendidas al máximo color rojo y eso me hizo poner más duro y caliente de lo que ya me encontraba. No fue

hasta que no volvimos a estar sentados en la consulta que pude respirar bien.

—¿Y bien, qué es lo que tengo?

—No puedo darte un diagnóstico con tan pocos datos. Vas a hacerte algunas pruebas —su semblante pasó a preocupado y quise quitarle hierro al asunto—. No te preocupes, nada fuera de lo normal, un análisis de sangre completo y un TAC. Espero entonces poder darte tanto el diagnóstico como, por supuesto, la cura. Lo que sí te puedo adelantar es que queda descartado que sea un problema de vista o incluso de cervicales. ¿Has desayunado esta mañana?

—Aún no. ¿Por qué? —sonrió. Y yo morí en ese momento.

—Perfecto, Julia tomará la muestra de sangre ahora mismo y una cosa menos. El TAC te lo haremos en dos días —dije, entregándole un volante con la fecha y la hora—. Así que te veré dentro de una semana. Mientras tanto, tómate estas pastillas tres veces al día e intenta no hacer comidas pesadas, no leer durante mucho rato ni pasar más de media hora seguida delante del ordenador, todo eso puede aumentar tu dolor de cabeza.

—Pero no puedo hacerme el TAC el jueves, esa misma mañana salgo de viaje para Madrid y es imposible cancelarlo.

—Bien, entonces tendremos que hacerlo a primera hora, a las ocho de la mañana. No tardará más de veinte minutos, así que a partir de las ocho y media puedes irte donde te dé la gana —fue a protestar, pero me levanté y le tendí la mano deseándole que se cuidara y que tuviese un gran día.

Cuando por fin llegué a casa de mi padre en la noche, aún iba preguntándome el por qué conocer a Silvia me había dejado tatuada durante todo el día una sonrisa de oreja a oreja. Había sido casi imposible apartarla de mi mente ni un solo minuto. Mientras conducía, me preguntaba si «eso» sería algo bueno o todo lo contrario. Ya en el quicio de la puerta de entrada, respiré hondo mientras deseaba con todas mis fuerzas una noche tranquila.

La casa estaba en silencio, no es que eso no fuera normal allí, pero reinaba un silencio más profundo si cabe. Fui directo a la cocina esperando encontrar por allí a Anabel. Nada. Miré mi reloj de pulsera, un *rolex* de oro, regalo de mi padre las pasadas navidades. Marcaba las diez en punto. Hoy me había demorado demasiado, pero quise hacer los análisis a Silvia personalmente. Lamentablemente, me llevó más tiempo de lo esperado y aún no tenía ningún diagnóstico, pues faltaban pruebas por hacer, eso ya era un hecho. Subí a la habitación de mi padre cuando encontré a Anabel saliendo de esta. Menos mal, por un momento había pensado que se habían evaporado o algo peor.

—Buenas noches, señorito Jorge. El señor está dormido y he de añadir que

ha cenado bastante bien esta noche. Al final ha tenido un buen día.

—Buenas noches, Anabel. Me alegra oír eso, por un momento pensé que no se calmaría en una buena temporada. Muchas gracias... Ya me encargo yo de vigilarlo durante la noche, ve a descansar.

—Gracias, señorito Jorge. Su cena está en el horno aún caliente. Buenas noches.

—Buenas noches, Anabel.

Abrí la puerta de la habitación de mi padre y entré a hurtadillas, como cuando era un niño. Qué diferente era todo ahora, desde el silencio hasta la frialdad que se palpaba en la casa. Sí, cuando ella se fue todo empezó a ser diferente. Me acerqué despacio hasta su cama. Estaba boca arriba, tumbado y roncaba ligeramente. La colcha solo dejaba ver su cabeza cubierta por un pelo completamente blanco. «Nunca he estado más atractivo que ahora, ¿no crees, hijo?». Solía decirme casi cada día desde hacía un par de años, que era el tiempo que hacía que su pelo negro de antaño se viera de un blanco perfecto. Me acerqué hasta él y le di un beso en la frente. Ese hombre que medía más de un metro ochenta parecía un indefenso bebe, y eso era en cierto modo. Salí de allí dirigiéndome al baño, necesitaba una ducha. Necesitaba que el agua se mezclara con mis lágrimas para no tener que admitir que estaba llorando.

A pesar de todas las preocupaciones que tenía por delante en aquellos momentos de mi vida, me sorprendió sobre manera caer en la cama y volver a ver su rostro, su sonrisa, sus mejillas rojas tan sumamente sexys y volvió a aparecer esa sonrisa que parecía perdida desde hacía... ya había perdido la cuenta del tiempo que hacía que no sonreía por un motivo de verdad, sin tener que fingir.

Estaba seguro, esa noche soñaría con ella. No dudé en abandonarme a los brazos de Morfeo, me moría de ganas por volver a verla. A ella.

Silvia...

CAPÍTULO 6

ESTO NO PUEDE SER VERDAD

JORGE

«Tengo los ojos llenos de ganas de verte».

Sorprendentemente, y al contrario de lo que imaginaba, había dormido bien. No solo lo hice del tirón sino que, además, no tuve ninguna pesadilla. Lo agradecí enormemente. Demasiado tiempo sin dormir más de tres horas seguidas, despertándome empapado de sudor gracias al sueño que se repetía una y otra vez. En él, perseguía a mi padre que se dirigía corriendo y sin descanso hacia un inmenso precipicio. Por más que yo corría y corría no llegaba a alcanzarlo mientras le gritaba desesperadamente «¡papá, no!». Pero él no paraba, ni siquiera parecía escucharme y, cuando por fin parecía que iba a alcanzarlo, cuando mis brazos estaban a punto de sujetar sus hombros, de repente, mi padre se volvía, me sonreía y desaparecía. Se esfumaba y era yo quien, sin poder evitarlo ya, caía por el precipicio.

Aquella mañana había podido desayunar tranquilamente con mi padre. Parecía ausente, aunque yo sabía perfectamente dónde se encontraba su cabeza o, mejor dicho, con quién...

Por estos dos motivos, cuando llegué a la clínica me sentía, cómo decirlo, ¿de buen humor? ¿Entusiasmado? Supongo que una mezcla de ambas cosas, pero debía reconocer que esto último se debía a Silvia. Sí, aún faltaban un par de días para volver a verla, tendría que esperar hasta el jueves (el día en el que le realizaría la prueba del TAC), pero me encontraba ansioso. Por eso mismo, apenas llegué me puse a trabajar en su caso. Aún quedaban algunos análisis que terminar y necesitaba (no entendía muy bien el por qué) terminarlos para quedarme tranquilo tras comprobar que no sería más que falta de algunos nutrientes o vitaminas básicas.

Pero no fue así. Cada resultado era más preocupante que el anterior. No porque resultaran graves problemas, sino porque en su conjunto dejaban claro que algo no iba bien. Sufría algún tipo de virus, pero no uno cualquiera, no uno corriente. Me negaba a hacer especulaciones, pero no podía evitar que saliera a flote mi parte científica. Decidí acabar de una vez por todas con la hipótesis que me estaba carcomiendo la cabeza desde hacía un buen rato. He de reconocer que cuando vi los resultados (aunque lo sospechaba), me quedé

congelado. De piedra. No podía ser, una mujer tan aparentemente sana, normal, tan... preciosa.

Me enfadé. Me enfadé muchísimo. Con ella, conmigo, con el mundo. Con... mi puta suerte.

En ello estaba cuando Julia entró en la sala casi sin pedir permiso.

—¡Jorge! Es una de tus pacientes, Silvia Bassol. La trae una amiga, ha sufrido un mareo repentino mientras corría y, por ende, una caída. La chica está pálida —pálido acababa de quedarme yo. Salí corriendo, como si la mujer que había sufrido ese mareo fuese algo así como «la chica de mi vida».

—¿Qué ha pasado? —le grité a su acompañante que la traía cogida del brazo mientras se la arrancaba literalmente de ellos.

—Salió a correr y sufrió un fuerte dolor de cabeza que terminó causándole un gran mareo, cuando me llamó por teléfono parecía desorientada. He ido en su busca lo más rápido que he podido y la he encontrado sentada en el suelo con las rodillas pegadas al pecho y la cabeza apoyada en ellas... —su amiga continuaba hablando, pero yo ya no la escuchaba.

Silvia estaba realmente pálida. Pese a ello, seguía resultándome la mujer más bella que había visto en mi vida

—Estoy bien, ya me encuentro mucho mejor —repetía una y otra vez mientras yo, sin hacer caso alguno de sus comentarios, me dirigía hacia la sala del TAC. Tenía muy claro que, aunque conocía ya la clase de virus que atacaba a su sistema, tenía que verificar los daños que este le debería de haber causado desde... sabe Dios cuánto tiempo llevaría haciendo estragos en ese cuerpecillo que ya no podía quitarme de la cabeza.

Tenerla entre mis brazos me supuso un alivio imposible de entender. Sentí que solo yo podría cuidarla, aliviarla. Que me haría cargo de ella pese a todo. Y no me refería a llevar un seguimiento de su enfermedad, no. Desde ese momento y sorprendiéndome a mí mismo, dejé de ser «su doctor» para convertirme en su cuidador, su salvador, su... todo.

Silvia me miraba de una manera extraña mientras la preparaba encima de la fría mesa del TAC. ¿Me miraba con vergüenza, admiración, miedo? ¿O quizá con excitación? Era una mezcla de todas esas emociones juntas. Le devolví por mi parte una mirada muy clara. De seguridad y a la vez de fascinación. Quería dejarle muy claro en ese pequeño gesto, además de que no tuviese miedo (yo no dejaría que le ocurriese nada malo), que me gustaba. Que me encantaba. Que a partir de ese momento «ella» se convertiría en una de las razones principales de mi vida.

Pareció haberme entendido. En ese mismo momento, en el que sus ojos, fijos en los míos, entendieron mi mensaje, su cuerpo se relajó de inmediato. Dejó de temblar, mientras la sofisticada máquina empezaba a hacer su trabajo.

Me dirigí al ordenador al que estaba conectada. Y ahora era yo el que empezó a temblar, temiendo lo que esta pudiera revelarme.

Cuando Silvia se marchó, o mejor debería decir «cuando dejé que se marchara» tras comprobar que estaba completamente estabilizada, le pinché un Enantyum para mitigar por unas horas su dolor de cabeza y le exigí que nada de trabajo por hoy. Debería irse directa a casa a descansar. Quedamos en vernos a las cinco en punto de ese mismo día. Ya estarían todos los resultados. Eso fue lo que le dije. Necesitaba tiempo. Prepararme para lo que tenía que revelarle. Antes de marcharse me regaló una sonrisa que, además de remover una parte muy sensible de mi cuerpo sin siquiera llegar a tocarla, también removi6 mi est6mago. Había leído, oído hablar de ellas, pero nunca las había experimentado. Y me gustó. Mil mariposas revoloteando mi est6mago. Lo comparé con aquella vez que subí a una montaña rusa en *Port Aventura* hacía ya unos cuantos años junto a mi hermano, solo que, en esta ocasión, disfruté del vértigo.

Cómo era posible que ocho horas se hubiesen pasado como si fuesen cinco minutos. Eran las cinco en punto y Silvia ya había llegado a la clínica. Estaba nervioso, más bien histérico. ¿Cómo se puede dar una noticia así a una mujer tan joven y con una vida tan saludable? Hizo su entrada con una sonrisa que sería capaz de iluminar toda una ciudad. Estaba radiante, juraría que hasta me miró coqueteando, y mi corazón se aceleró haciendo que me sintiera más torpe y nervioso si cabía.

—¿Y bien, doctor, me va a decir ya qué es lo que pasa dentro de mi cabeza? Preguntó después de que, supuse, se cansara de ver cómo yo miraba y remiraba sus resultados, sin en realidad ver absolutamente nada.

Se lo expliqué, le conté lo que estaba ocurriendo dentro de su cuerpo y tuve que hacer un esfuerzo increíble para no abrazarla y acunarla entre mi pecho. A medida que avanzaba en la explicación de qué era exactamente lo que le ocurría, su mirada se perdió en la nada. Yo sabía perfectamente que no se encontraba allí, estaba en otro lugar, en otro tiempo. Después de unos minutos parecidos a las horas, habló. Empezó a contarme... su historia.

Jamás en toda mi vida he odiado a nadie, hasta ese momento.

—Eso es horrible, Silvia... No puedo ni imaginar lo que tuviste que pasar, debiste de haber denunciado, pero no voy a regañarte por lo que debiste de

haber hecho. Eras muy joven y fue una experiencia bastante traumática — estuvimos un rato mirándonos a los ojos. Intenté transmitirle en mi mirada toda la ternura que pude reunir dentro de mí, aunque no pude evitar que asomase también la rabia y el odio que en ese momento sentía por ese ser tan despreciable.

Silvia tenía que irse. Le receté antibiótico para eliminar una de las infecciones. Debía de eliminarla antes de empezar con los antirretrovirales. Quise transmitirle seguridad, hablándole de lo mucho que había avanzado la medicina con respecto a esta enfermedad. Después de darle un listado de cosas que tenía que cambiar en su rutina a partir de ese mismo momento, no pude hacer nada más que dejarla marchar hacia su corto viaje a Madrid. Si de mí hubiese dependido, no la hubiese dejado ir, pero debía de hacerlo. Estaría pendiente de ella, la llamaría al móvil para asegurarme de que habría llegado bien, aunque ella aún no sabía que su médico iba a tratarla de manera diferente, tomándome... ciertas libertades.

CAPÍTULO 7

EL VIAJE

SILVIA

«Cualquier persona que te motive a crecer es alguien que vale la pena tener cerca».

Había dormido del tirón. Sin embargo, me encontraba tremendamente cansada. El sueño había transcurrido en una especie de pesadilla intermitente de la cual solo recordaba algunos flases, lo suficiente para saber que eran la causa de mi cansancio y de mi ansiedad. Aterrizamos sin problemas en Barajas y tuve el tiempo justo de pasar por el hotel a soltar mi escaso equipaje. Tras tomar un ligero aperitivo acompañado por uno de los maravillosos analgésicos que me había recetado el doctor sexi, cogí un taxi y me fui directa al hotel Ritz. Aún faltaban unas pocas horas para que empezara la fiesta de los premios *TopGlamour Women off the year* que tenía que cubrir, pero esperaba que ya hubiese merodeado algún que otro famoso de la moda por allí para empezar las posibles entrevistas antes de que la cosa se liara del todo.

El dolor de cabeza lo tenía controlado más o menos por el momento. Me negaba a pensar en lo que apenas hace unas cuantas horas había sido la noticia más devastadora de mi vida y, aunque no podía evitar que mi mente me lo recordase a cada instante, también era cierto que me había convertido desde hacía unos diez años en una experta en lo de aparcar temas tediosos en un cuarto oscuro que contenía algún lugar de mi cerebro. Llevaba allí un par de horas y tenía tres entrevistas grabadas y un pequeño dolor de pies que empezaba a molestarme. Era de esperar, con unos tacones de diez centímetros. Pero la fiesta era todo glamur y la ocasión lo requería, así que antes muerta que sencilla. Continué con mi trabajo esperando tener suficiente información antes de que mis pies reventaran o me quedase inválida para siempre. El *Hall* del hotel era un continuo ir y venir, todos terminando de preparar los detalles de la fiesta más esperada del año. El *fotocall*, que medía seis metros de longitud, se quedó pequeño con los más de ciento veinte medios de comunicación que no querían perderse una convocatoria de tal magnitud. Y es que en pocos eventos se juntaban tantas estrellas y tan brillantes. Y ahí estaba yo, con una falda de tubo negra y una camisa de manga larga en color rosa palo y con los puños y el cuello dorados por diminutas lentejuelas.

Cuando llegué a mi hotel (a las una y media de la noche) estaba muerta, literalmente hablando claro. Satisfecha sí, pero muerta. Tenía suficiente material para cubrir el artículo con varias páginas, entrevistas con las estrellas y diseñadores más cotizados del mundo de la moda y con toda la información sobre los premiados. Casi quise llorar en alguna ocasión. Me gustaba mi trabajo, pero no me pondría en la piel de las famosas ni por un solo segundo.

Puse a cargar mi móvil. El pobre había muerto hacía un rato y me regalé una larga y gratificante ducha. No había podido probar bocado en todo el día y estaba muerta de hambre. A esas horas no tuve más remedio que sacar un par de sándwiches de pollo y una *coca cola light* de esas maquinitas que había en el *hall* del hotel. Tenía que tomar el antibiótico y mi estómago necesitaba estar qué menos que «medio lleno».

Encendí el móvil, tenía dos llamadas de mi madre (seguramente quiso cerciorarse de que había llegado sana y salva a Madrid), varios *wasaps* de Alejandra y una llamada perdida de un número que no conocía. Era demasiado tarde para devolver la llamada y enterarme de quién era, así que puse el despertador a las ocho en punto e ignoré todo lo demás. Mi vuelo salía sobre las diez de la mañana y yo no daba más de mí. Caí en un profundo sueño en el que un doctor llamado Jorge me envolvía entre sus brazos y acariciaba mi pelo con una ternura imposible.

Debido a un maldito retraso del avión, cuando estaba entrando por la puerta de mi pequeño, pero confortable piso, pasaban las dos del mediodía y llevaba un humor de perros. Supuestamente a esas horas ya tenía que haber empezado a pasar todo el material que traía conmigo a limpio y haber empezado a escribir el artículo. Ahora, no solo estaba más cansada de lo que esperaba, sino que apenas tendría tiempo ni de probar bocado si quería tenerlo terminado antes de que anocheciera. Me di una ducha y me puse un camisón de *Mr. Wonderful* donde podía leerse «Esto no es un castillo, pero aquí vive una pequeña princesa». Me lo había regalado mi madre por mi último cumpleaños junto a dos mil cuquerías más, a sabiendas de cuánto me gustaban. Y ahí estaba yo, sentada enfrente del ordenador, vestida para la ocasión, con el pelo recogido en una cola alta mientras le pegaba un mordisco a una pizza que había comprado en la esquina de la calle de tamaño súper gigante y que sabía que iba a quedarse casi entera. Le rogué al cielo mentalmente para que mi amigo «el dolor de cabeza» siguiera casi desaparecido como en las últimas cuarenta y ocho horas. Bien, empezemos.

Te esperan seis meses de auténtica locura. Pese a que no somos brujas, te

vaticinamos una temporada llena de estilo y de moda. Desde Elle sabemos que tú eres de las que no va a amontonar revistas, las vas a meter en tu cajón con la lencería o en tu armario. Y así, cuando tengas una mañana de esas en la que no veas el sol, hurgarás entre nuestras propuestas. Queremos que después de leer estas páginas y te mires en el espejo te sientas tú misma, ni una modelo, ni una celebrity. Con estas ideas podrás combinar tus vaqueros de siempre con unos zapatos de tacón muy a la moda. Le pedirás a tu padre su suéter y lo convertirás en un minivestido muy sexi. Este verano resplandecerás adonde quiera que vayas. Te pintarás tus labios de rojo para salir divina con tus amigas o con tu chico por la noche. Queremos que leas este especial en tus viajes o en tu casa, o en el trabajo. Y que recuerdes que todas y cada una de las inspiraciones que hemos visto en la pasarela no deben hacer que te parezcas a nadie, son para que consigas ser la mejor versión de ti misma. Elle ha estado en los premios Top Glamour Women off the year y te lo contamos ¡todo!

Mis dedos, que ya volaban por el teclado, interrumpieron su cometido cuando escuché un zumbido intermitente. «Mi móvil». Pensé en ignorarlo, ya que había cogido un buen ritmo y no quería perderlo, pero la maquina seguía zumbando sin parar. Vaticiné en ese momento que se trataba de mi madre y decidí atender la llamada antes de que a la pobre le diera un infarto por la escasez de noticias de su hija favorita. No, no era mi madre, sino un número desconocido, el mismo número de la llamada perdida del día anterior. En ese momento, justo antes de descolgar, la llamada se cortó. Habían sido un total de tres llamadas, una detrás de otra así que seguro. Sería algo importante. Devolví la llamada para salir de dudas exponiéndome a que fuese algún vendedor intentando que cambiara de empresa de telefonía móvil. Solo tardó un segundo en cogerlo y la voz que escuché a través del aparato me hizo sentir dos cosas al instante. La primera: que el corazón se parara durante unos segundos para coger luego un ritmo frenético. La segunda: que me atravesara una especie de rayo desde el estómago hasta el mismo centro de mi sexo.

—¡Silvia! Gracias a Dios, por fin te encuentro, me tenías muy preocupado. Te llamé anoche varias veces y, aunque he pensado que quizá estuvieras demasiado ocupada con tu trabajo, no puedo evitar pensar en lo peor y... —le corté casi sin querer.

—¿Jorge? —se escuchó un silencio que duró varios segundos.

—Sí... soy Jorge, perdona que te llame, pero te vuelvo a repetir... estaba preocupado.

—¡Oh! Esto... gracias por preocuparte, en serio, no pasa nada. Me encuentro bien. La verdad es que aún no he podido pararme a asimilar lo de mi... Bueno, ya sabes a qué me refiero.

—Entiendo. ¿Cómo va tu viaje? ¿Cuándo vuelves a Barcelona? —¿se le notaba ansioso?

—Ya estoy de vuelta. Llegué hace como un par de horas. Ahora el resto del trabajo me toca hacerlo desde casa, es una de las grandes ventajas de mi profesión.

—Eso está bien, me quedo más tranquilo. ¿Te duele la cabeza?

—No, en serio. Casi no puedo ni creerlo, pero lo único que me duele son los pies y sé exactamente de quién es la culpa. Gracias al cielo, el viaje lo he hecho sin molestia alguna.

—Me alegro mucho, pero dime, por favor, ¿de quién es la culpa de que te duelan los pies? —no pude evitar soltar una carcajada—. ¿Silvia? ¿Qué he dicho que te haga tanta gracia?

—Perdóname, Jorge, pero tu pregunta me ha descolocado. Me refiero a los zapatos de diez centímetros de tacón que tuve que llevar puestos ayer durante todo el día.

—¡Ah! Vale, soy un poco torpe para estas cosas —el tono de sus palabras denotaba un poco de vergüenza y diversión al mismo tiempo—. Entonces, ¿vas a trabajar toda la tarde?

—Me temo que sí. Es más, ojalá lo acabe antes del anochecer, pero yo no apostaría nada ahora mismo. ¿Por qué?

—Bueno, estaba pensando en si te apetecería que diéramos un paseo, tomar un café, no sé, vernos un rato —*¡Oh my Good!*

—Me temo que no va a ser posible...

—Entiendo... Bueno, te dejo para que puedas seguir trabajando y, por favor, perdona la intromisión, yo... espero que no te haya molestado, lo de tomarme la libertad de llamarte... Ya sabes.

—No, para nada, al contrario.

—Gracias, Silvia. Te veré... en la consulta...

—¡Jorge! —grité pensando en que no me daría tiempo a decirlo antes de que colgase.

—¿Sí? —contestó casi sin aliento.

—Me hubiera encantado... me quedo con todas las ganas y puedes hacerlo siempre que quieras —se escuchó un silencio detrás de la pequeña pantalla de mi móvil mientras el nivel de calor en mis mejillas empezó a preocuparme.

—Lo haré... no lo dudes.

—Adiós —es todo lo que pude decir antes de que la llamada se cortara.

Y después de esto, ¿quién era ahora la guapa que podría volver a concentrarse en escribir un buen artículo? Desde luego a mí me costó lo mío poder terminarlo. Tuve que concentrarme al cien por cien para dejar de revivir una y mil veces la conversación en mi cabeza y, aun así, no lo logré del todo. Como tampoco logré borrar la sonrisa de boba que se posó en mi rostro desde el minuto en que escuché de nuevo su voz. Cuando acabé el artículo y lo envié, tomé mis medicinas junto a una pieza de fruta y me fui directa a la cama. Volví a soñar con él. Cuando desperté bien entrada la mañana, recordé que, por fin, tenía un día libre. Completamente libre, sin tener que hacer nada más por primera vez desde que me enteré de la enfermedad que sufría. Ahora sí tendría que centrarme en pensar en lo que tenía por delante. Prepararme de alguna manera (si es que había alguna) para enfrentar lo que se me venía encima. Y eso hizo que el dolor de cabeza apareciera de inmediato y que ni siquiera las milagrosas pastillas de mi doctor favorito pudieron mitigar. Decidí hacer una lista. Desde siempre había sido la tonta de las listas, como me llamaba mi hermano. Necesitaba una lista para casi todo y esta vez no iba a ser menos. Cogí una libreta y, bolígrafo en mano, empecé a escribir:

•*Número uno: Contárselo a mis padres y hermano.*

•*Número dos: Contárselo a Alejandra y a Paula.*

•*Número tres: Obligarlos a que se hagan las pruebas.*

Esas, sin duda alguna, eran mis prioridades más inmediatas, ya que la preocupación que sentía por ellos me estaba carcomiendo por dentro. Me quedé un rato mirando el papel que tenía delante y, de pronto, las pocas palabras que había escritas se volvieron borrosas, como si las estuviese leyendo a través de una cortina de agua. Tenía Sida. Estaba infectada con uno de los virus más cabrones que conocía. Siempre me había gustado la moda, me fascinaban las nuevas tendencias. Sonreí entre el mar de lágrimas. Me había contagiado de la enfermedad más de moda de nuestro siglo. «Sin duda alguna, ahora sí que vas a la moda, Silvia», me dije. Mi llanto se mezcló con una risa macabra que salía de mi garganta y que era desconocida para mí. Después de un rato en el cual tuve claro que había perdido la cabeza, escuché el sonido familiar de mi teléfono móvil. Paré en seco, sin rastro ni de lágrimas ni de risas. Como una auténtica loca. Respiré hondo, notando como el sentido común volvía a aparecer y deslicé mis dedos sobre la pantalla para aceptar la llamada de un número que ya me había aprendido de memoria.

CAPÍTULO 8

PRIMERA CITA

JORGE

«No busco ojos azules, ni verdes, ni los que cambian con el sol. Busco ojos limpios que hablan cuando miran y miran cuando aman».

Cuando entré por las puertas de la gran mansión de mi padre, pasaban las diez de la mañana. Aún no había recobrado el aliento cuando me metí en la ducha. Hoy había alcanzado sin duda alguna mi récord, dos horas seguidas corriendo eran demasiado hasta para mí, pero lo necesitaba. Cerré los ojos mientras el agua caía en cascada por mi cabeza. Apoyé los brazos en los pulcros azulejos, notaba los músculos engarrotados y no era precisamente por el esfuerzo del ejercicio. Era yo. La preocupación por Silvia al no saber nada de ella en casi dos días y la pequeña conversación la tarde anterior me hacían sentir una mezcla entre estúpido y acosador. Y lo peor es que estaba deseando volver a llamarla, aun corriendo el riesgo de parecer más lo segundo que lo primero. Pero ella me había dicho que lo hiciera cuando quisiera. Me dieron ganas de reír. ¿Cuándo quiera? Esta misma noche, quise contestarle. Y la verdad, tuve que contenerme mucho para no hacerlo. De hecho, ese era el motivo por el que había salido a correr durante tanto tiempo, para no llamarla a las ocho de la mañana, que era la hora en la que mis ojos decidieron abrirse. Que frustración, querer hablar, ver a alguien y no poder hacerlo con total libertad. Me enjaboné la cabeza y froté mi cuerpo vigorosamente. Mis pensamientos volaron de repente a un recuerdo de hacía apenas unos días. Silvia en sujetador y yo intentado explorarla. Mi sexo cobró vida por sí solo e intenté vaciar mi cabeza, quitar su imagen, aunque fuese solo por unos minutos. Fracasé totalmente y cuando quise darme cuenta de lo que estaba haciendo, un inmenso placer se acumuló en mi pene que latía tan fuerte como mi corazón. Subí el ritmo de mi mano y el orgasmo llegó de golpe, arrasando y liberándome mientras mis labios pronunciaban su nombre. No sé cuánto rato estuve parado viendo como el agua arrastraba y limpiaba mi semen. Me sentí como un adolescente y no di crédito a lo que acababa de hacer. Media hora después de mi encuentro sexual, estaba vestido y desayunando en la cocina. Miré el reloj, las once y cuarto de la mañana. ¿Es una hora razonable para poder llamar a alguien un domingo por la mañana? «Claro que sí», me contesté, y no dudé ni un segundo más en marcar su número. Después de varios pitidos estaba a punto de colgar cuando escuché lo que me pareció ser un quejido tras un tímido hola...

—¿Silvia? —silencio—. ¿Silvia, qué te ocurre? ¿Estás bien? —mientras hacía la pregunta, mi cuerpo cobro vida por sí mismo. Se levantó de la silla y se dirigió a la habitación en busca de una chaqueta vaquera y las llaves del

coche, dando por sentado que le ocurría algo grave y que estaría en su piso, calculé, en unos veinte minutos.

—No me ocurre nada, es solo que... —se escuchó otro lamento.

—¿Qué? Silvia, por el amor de Dios, cuéntame qué pasa —mi desesperación había llegado a su límite, ya estaba montado en el coche y la puerta del garaje empezó a subir más despacio de lo que me hubiera gustado.

—Tengo sida, Jorge. ¡Sida! —a continuación, se escuchó lo que me pareció el lamento más triste que había oído en toda mi vida, y después, nada...

—Silvia...

La maldita puerta terminó al fin de abrirse y aceleré dejando las ruedas marcadas en el suelo. Tenía memorizado en mi mente su dirección y mientras salía de la urbanización camino a la autovía, la memoricé también en el GPS, el cual mostró que en veinte minutos habría llegado a mi destino. Mi desesperación me hizo llegar en apenas diez. Subí las escaleras de dos en dos y no me molesté en esperar el ascensor. Cuatro pisos después me planté frente a su puerta y respiré hondo varias veces antes de tocar. No quería asustarla más. De repente, me entraron las dudas. ¿Qué pensaría ella de mí? Muy lógico y normal no es que tu médico, el cual has conocido apenas unos días atrás, te llame para saber de ti y se presente en tu piso solo por el hecho de haberte notado triste y mal. Volví a respirar un par de veces más. «Al carajo lo que opine de mí. Me necesita». Y toqué sin más.

Cuando la puerta empezó a abrirse tímidamente (cinco timbrazos después y más de cinco minutos), su preciosa cara apareció delante de mis ojos y juro que, durante unos instantes, mi corazón se saltó un par de latidos.

—Hola... Jorge —fueron las palabras que brotaron de sus labios sin apenas fuerzas. Tenía los ojos hinchados y brillantes. Llevaba el pelo recogido en una cola de la cual se habían escapado varios mechones. Tiró de la puerta hasta abrirla del todo y lo que terminé de ver me rompió el corazón en mil pedazos. Parecía más niña de lo que recordaba la última vez que la vi hacía apenas unos días. Vestía un pijama blanco y celeste y se sujetaba el cuerpo con ambos brazos, como si temiese que se fuese a desmoronar en cualquier momento. Apenas la conocía, apenas había pasado momentos junto a ella, apenas no sabía nada... Pero estaba completamente seguro de que Silvia no era realmente esa mujer que tenía frente a mí. Di un paso al frente y sin decir absolutamente nada (sobre todo porque no sabía qué decir) la abracé con toda la ternura que podía brindarle. Ella, en respuesta, me rodeó con sus brazos y apoyó su cabeza en mi pecho sujetándome tan fuerte que hasta me hizo daño.

Varios minutos, sollozos y caricias en el pelo después, se liberó, me miró y me sonrió mientras cerraba la puerta. Cogió mi mano dirigiéndose hasta el salón.

—Siento haberte preocupado, debes de estar pensando que soy tu peor paciente —dijo mientras se acomodaba en el sillón y se apoderaba de un cojín pegándolo a su cuerpo y abrazándolo.

—Y tú debes estar pensando que más que un médico debo ser un acosador o algo por el estilo —ambos nos echamos a reír y me alegré el haberle provocado una sonrisa, aunque hubiese sido un tanto banal.

—En realidad, y si te soy sincera, reconozco que no es muy «normal», pero lo agradezco. Y también... me... gusta que estés aquí, que me llames... —sus mejillas se tornaron de un ligero color rosado que hubiese enamorado a cualquiera que en ese momento la estuviese mirando. Decidí ser todo lo sincero que podía llegar a ser.

—Si te soy sincero yo también, te diré que no entiendo qué me pasa contigo. Desde el primer día en que te vi, sentí algo que jamás había sentido por nadie que acabase de conocer. Y cuando tuvimos el diagnós... Bueno, después de conocer tu caso, siento que no quiero estar lejos de ti. No sé si me estoy explicando bien, estoy nervioso —y era cierto, notaba un ligero temblor en las manos y las tenía sudadas. Respiré hondo e intenté transmitirle lo que ni yo mismo entendía—. Tengo la imperiosa necesidad de cuidarte, de estar cerca, de saber qué haces en cada momento y no, no quiero que pienses que estoy mal de la cabeza. Te repito que jamás me había sentido así con ninguna de mis pacientes. Es... Eres tú. No dejo de pensar en ti y, bueno, está claro que me gustas. Es lo único que tengo claro, Silvia —me miraba fijamente sin mostrar ninguna emoción en ese momento y pensé que me iba a invitar a salir de su piso, pero me sorprendió.

—Tú también me gustas, Jorge, pero creo que olvidas algo.

—¿El qué? —le pregunté acercándome más a ella y robándole una mano al cojín en un acto reflejo.

—Tengo sida. Y tú lo sabes mejor que nadie —dijo alzando un poco la voz, como para hacerme ver que eso era realmente un motivo por el cual yo no debería de estar sentado allí junto a ella. Se soltó de mi mano volviendo a abrazar el estúpido cojín.

—Sí, lo sé, y yo soy intolerante a la lactosa, en ocasiones pesimista, tímido por naturaleza y un poco friki. Ya sabes, nadie es perfecto —volví a acercarme un poco más a ella mientras de nuevo rescataba su mano del malvado cojín que se empeñaba en arrebatármela.

—¿Qué? —de repente su mirada se tornó incrédula, atisbé un poco de enfado también. Por fin estaba empezando a mostrar emociones y me gustó—. ¿Qué quieres decir? ¡Nada de eso es malo! ¡No compares porque no hay comparación! Estás... estás mal de la cabeza —soltó intentando volver a arrebatarme la mano con un ligero movimiento. Esta vez no lo consiguió.

—No voy a discutirte que puede que esté mal de la cabeza, pero en lo demás sí. Mira, Silvia —volví a acercarme otro poco. Mis piernas y las suyas se estaban ya rozando en ese momento y sentí un hormigueo en mi estómago—. Me importa bien poco que tengas sida ¿Lo entiendes? Es una enfermedad más, que tiene tratamiento, que se puede sobrellevar. Sí, tendrás tus altibajos, pero si haces todo lo que te digo puedes tener una vida muy normal. Y ahora, ¿te parece si te pones más guapa aún de lo que ya eres y salimos a dar un paseo? Hace un día estupendo y me gustaría disfrutarlo junto a ti.

Me miró incrédula. Durante unos segundos, le sujeté la mirada intentando transmitirle una seguridad que yo no sentía en absoluto. Y funcionó. Sus labios se curvaron en una sonrisa que me hubiese comido en ese momento. Negó con la cabeza como fingiendo no poder contradecirme y se levantó camino de su dormitorio para vestirse. Cuando me quedé solo, respiraba entrecortadamente y el corazón me latía a mil por hora. Iba a tener mi primera cita con ella y estaba nervioso. Mucho. Mi estado de nervios duró la media hora aproximadamente que tardó Silvia en estar de vuelta en su salón. Cuando la vi, tan bonita, con ese vestido color rosa palo que se pegaba a su cuerpo a la altura del pecho y la cintura, continuando hasta llegar poco más abajo de sus rodillas, algo dentro de mis vaqueros se sacudió en respuesta. Aparté mis ojos de su precioso cuerpo para mirar los suyos y el deseo se convirtió en un sentimiento que no comprendí... Se había recogido el pelo en un moño bajo y apenas llevaba maquillaje, tan solo un poco de rímel y un ligero color rosa para esa boca que me provocaba y mataba de la misma forma.

—Estoy lista si tú lo estás —dijo tímidamente. No me extrañaba, me la había comido con la mirada y no le pasó desapercibido.

—Estoy más que listo —mis palabras salieron convincentes y orgullosas de mis labios. Tanto como yo estaba en el momento en que se agarró de mi brazo sonriéndome. Y salimos del edificio dirigiéndonos al centro.

CAPÍTULO 9

EMPEZANDO A CONOCERTE

SILVIA

«Y entonces, lo entendí: mirarte era soplar velas teniendo el deseo enfrente».

Me agarré del brazo de ese hombre. Un hombre que había conocido apenas hace una semana y que, sin embargo, me transmitía paz, tranquilidad y excitación. Todo a la vez. Era una de esas sensaciones en las que parece que lo conocieras de siempre, y me gustaba. Mucho. Me sentía un poco avergonzada por haber tenido «ese ataque» de tristeza y miedo a la vez, y por haber llorado como una niña pequeña delante de él, pero era muy fácil mostrar mis sentimientos al hombre que ahora me acompañaba enganchada a su brazo. ¿La razón? Tendría que averiguarlo. Empezamos a caminar dirigiéndonos al centro. Nos mirábamos de soslayo de vez en cuando y sonreíamos sin apenas decir nada, disfrutando del paseo. El miedo y la pena que había sentido una hora antes se habían fugado hacia algún lugar que desconocía. Y a mí me pareció bien.

—¿Te apetecería tomar el mejor zumo natural de toda Barcelona? Y además, ¡sin lactosa! —preguntó de repente, sobresaltándome un poco.

—Me encantaría —sonreí y me agarré más fuerte a su brazo embebiéndome de su encantadora y provocativa sonrisa.

—Buena contestación. Vamos a ir una de mis cafeterías preferidas, a lo mejor la conoces...

—Está en el centro supongo. ¿Cómo se llama?

—Sí, en Gracia, se llama «La Marmota». Bueno en realidad cerró y ahora lo cogieron otros dueños, pero, aunque el nombre sí que lo han cambiado (ahora se llama Itacate), la decoración ha sido respetada y el ambiente sigue siendo el mismo de antes. Y yo no consigo acordarme nunca de llamarla por el nombre original, para mí sigue siendo «La Marmota».

—Pues... no, no la conozco. Entonces allí es donde sirven los mejores zumos naturales según tú, ¿no?

—Así es. Y no solo eso, también unos sabrosos sándwiches, panes y dulces. Todos están hechos con productos ecológicos —no sabía muy bien por qué estábamos muertos de risa mientras se desarrollaba toda la conversación, pero a mí me estaba encantando—. Verás, lo que más me gusta del lugar es que

está inundado de recuerdos y experiencias de esas que creas cuando viajas, sueñas y disfrutas de los pequeños placeres de la vida. El encanto de este sitio está en el hecho de que es un lugar sencillo y cálido, perfecto para un encuentro entre... bueno, ya sabes, entre amigos. No sé, me gusta venir aquí cuando estoy bloqueado. Me gusta cómo me siento en lugares así...

—Pareces un hombre muy pasional, Jorge. Conozco a pocos hombres que hablen como tú lo haces, con ese... sentimiento.

—Eso es porque soy un bicho raro o, al menos, siempre me he sentido así, diferente al resto de mis colegas. No sé si eso es bueno o, por el contrario, será malo. Pero para bien o para mal no sé ser de otra manera. —hablaba en serio. Era verdad, él era diferente a los demás hombres sin ninguna duda. No era que yo tuviese mucha experiencia con el sexo masculino, pero cualquiera se hubiese dado cuenta de ello, y lo miraba embobada mientras hablaba. Quería saber más de él. Todo.

—Jorge, cuéntame un poco sobre ti, ya sabes, lo que te apasiona, sobre tu familia, novias... esas cosas.

—No creas que tengo una vida tan interesante como para ser contada. Bien, ya hemos llegado, las señoritas primero, por favor —me sujetó la puerta sonriendo y yo me pregunté si acaso estaba esquivando mis preguntas. Necesitaba distraerme y, sobre todo, saber de él.

Nos sentamos al lado de una de las ventanas de la cafetería y le cedí la libertad a Jorge para que pidiera por mí. Mientras nos servían nuestros zumos naturales y unos dulces con una pinta increíble, no hizo más que mirarme con dulzura y yo, nerviosa y sonrojada, le devolví la mirada sintiéndome igual que una quinceañera tonta y pava. No me reconocía.

—Tengo un hermano —dijo sobresaltándome de repente. Cogí uno de los dulces entre mis dedos y lo mordí con la intención de prestarle toda mi atención. Al parecer, sí que iba a contarme cosas sobre él y su vida—. Él es abogado, trabaja en Nueva York, pero pasa aquí la mitad del año más o menos. Dijéramos que está allí tres meses y otros tres aquí, tenemos que «compartir a nuestro padre». En este momento, me toca a mí estar con él.

—¿Compartirlo? No entiendo...

—Sí, desde hace un par de años sufre de alzhéimer y, últimamente, la enfermedad está muy avanzada. Mi madre murió hace más de diez años y ninguno de los dos queremos que esté en una residencia. Así que, como ya te he dicho, mi hermano se viene a vivir a su casa durante tres meses y yo hago lo mismo. Por supuesto, contamos con la ayuda de una asistenta y una enfermera

que pasa con él la mayor parte del día. No podemos dejar de lado ni nuestro trabajo ni nuestras vidas, pero queremos que se sienta lo más cómodo posible, facilitarle las cosas por llamarlo de alguna manera. Y decidimos que esto era lo mejor para él.

—Vaya, lo siento mucho, Jorge —de repente me sentí una completa idiota. Él tenía una vida, y por lo que parecía no era muy fácil. Y yo le había preocupado hasta el punto de hacerlo salir un domingo por la mañana de su casa, dejando a su padre cuando era el día en el que podía estar con él.

—¿Qué te ocurre, Silvia? De repente te ha cambiado el semblante.

—Nada, yo... me estaba preguntando si el hecho de haberme puesto casi a llorar por teléfono ha hecho que vinieras y dejaras a tu padre solo, y me estoy sintiendo culpable por ello. Lo siento...

—No digas tonterías, no quiero que te sientas culpable por algo que no has decidido tú. He ido a buscarte por mi propia decisión. Y sí, me ha preocupado de la manera que te he notado por teléfono, pero si te soy sincero, estaba deseando tener una excusa para poder volver a verte y que no fuese en la clínica. Además, y para que te sientas mejor, te diré que hoy no estoy con él. Mi hermano y mi cuñada se lo han llevado a pasar el día con ellos y con los niños. ¿Vale?

—Vale —respondí sonriendo mientras él me daba un apretón en la mano—. Cuéntame más sobre ti.

—A ver, me es difícil hablar sobre mí —soltó una carcajada nerviosa—. Pues, desde pequeño he querido estudiar medicina y así lo hice. Aunque me especialicé en la investigación inmunológica, no tenía pensado llevar la clínica, pero no tuve más remedio, ya sabes, después de la enfermedad de mi padre. Aunque estoy contento, he logrado poder llevar las dos cosas, dijéramos... en una —volvió a soltar una carcajada, pero esta vez más sonora, a la cual yo terminé acompañando—. Me gusta mucho el deporte al aire libre. Salgo poco, leo mucho y no, no tengo novia —esta vez no sonrió, pero sí me guiñó un ojo haciendo que uno de sus hoyuelos se marcara más de lo normal. Era tan guapo que cortaba el aire—. Supongo que aún no ha llegado la adecuada, o quizá sea que soy demasiado exigente. Bueno, poco más que contar, ya te he avisado de que mi vida no es muy emocionante que digamos.

—Pues a mí me parece todo lo contrario. Te encargas de cuidar a tu padre con una enfermedad que no es para nada fácil de llevar. Te has encargado también de su clínica, aun no siendo eso lo que querías para tu vida. Y todo lo has hecho por él. Así que me vas a perdonar, pero me pareces algo así como

un súper héroe. A mí, hoy, por ejemplo, me has salvado de un día difícil. Y por si quieres saberlo, además me alegro mucho de lo otro...

—¿De lo otro?

—Sí. De que no tengas novia —abrió los ojos desmesuradamente y su sonrisa iluminó la cafetería. Ahí fue cuando morí. Morí por su boca.

—En ese caso, yo también me alegro de no tenerla. ¿Puedo preguntar yo? —dijo acercando su cara a la mía, teniendo cuidado de no volcar los vasos de zumo.

—Claro. ¿Qué quieres saber? —contesté con la misma picardía con la que él había hecho su pregunta.

—Quiero saber lo mismo que tú. ¿Tienes... pareja? —¿se había puesto rojo como un tomate al hacerme la pregunta o era mi imaginación? Sonreí.

—No —sonrió.

Mi respuesta fue corta y clara, mezclada con una sonrisa. No me pasó desapercibido que al contestarla le mirase directamente a la boca. A él, tampoco le pasó desapercibido ese detalle. Me miró fijamente, se mordió el labio y volvió a su postura inicial mientras bebía un buen trago de zumo. Tenía exactamente la misma expresión que yo tenía en mi rostro. La de dos idiotas que se gustan. Mucho.

Una expresión que no cambió ni un ápice a lo largo del día. Estaba cansada, como últimamente. Ya no aguantaba llegar a las nueve de la noche sin arrastrar los pies, así que Jorge me acompañó a mi piso en un paseo tranquilo donde me sentí muy cómoda. Habíamos estado hablando de casi todo, de nuestra niñez, nuestra adolescencia, como empezó nuestra carrera, de los amigos, las fiestas, los lugares que habíamos visitado de viaje. Incluso de las cosas más banales, como nuestro color preferido, el acné que sufrió Jorge entre los catorce y los dieciséis años, o el aparato dental que tuve que llevar yo cuando tenía doce años. No me pasó desapercibido el cuidado que tuvo Jorge de no llegar a tocar «ese tema» que había sido un infierno para mí durante mucho tiempo y que volvía a estar más presente que nunca. Tampoco me dejó hablar o preguntar nada sobre mi enfermedad, y la verdad es que... me sentía extrañamente agradecida por haberme hecho pasar un día casi perfecto. Y digo casi porque, aunque nos habíamos besado varias veces con la mirada, ninguno había tenido el valor de hacerlo realidad.

—Ya hemos llegado —me sobresaltó su voz, hacía un buen rato que no la escuchaba, concretamente durante todo el paseo de vuelta.

—Sí. Lo he pasado muy bien, Jorge... Gracias... —me volví hacia él con

toda la intención de darle un beso en los labios. Corto, pero mi cobardía y mi vergüenza hicieron que me quedase parada como una tonta mirándole a los ojos sin pestañear. Clavada en el sitio.

—Yo también lo he pasado muy bien, Silvia. Gracias a ti, por haberme dedicado unas horas de tu día —lo vi, vi en sus ojos las mismas intenciones que tenía yo. Quería besarme, pero él tampoco se atrevía. Sentía esa corriente eléctrica que surgía entre los dos cuerpos, sentía ese gran deseo, pero ninguno de los dos parecía tener la suficiente valentía de hacerlo.

—Bueno, yo he de subir, tengo que terminar un par de pendientes para mañana. Ya hablaremos, si... quieres.

—Te llamaré mañana. Si quieres, claro.

—¡Sí que quiero! —¡Dios, pero por qué me comportaba como una completa imbécil!

—Lo haré entonces. Buenas noches, Silvia. Que descanses —su brazo se movió entonces como si de repente hubiese cobrado vida propia y atrapó un mechón de mi pelo que se había escapado de mi recogido para meterlo detrás de mi oreja. El cosquilleo que sentí fue tan inesperado que solté un suspiro de desesperación y entonces atrapé su mano dejándola en mi mejilla y cerré los ojos. Fue todo lo que mi vergüenza me dejó hacer. Y lo sentí. Sentí su cuerpo acercarse al mío, lento. Su calor me llegó de golpe y noté su aliento golpeando mi boca, que de repente quedó atrapada por unos labios suaves y dulces. Volví a suspirar, pero esta vez lo hice en su boca. O más bien fue un gemido de placer, no puedo asegurarlo. Solo sé que, cuando él lo notó, me pegó a su cuerpo cogiéndome por la cintura y profundizó ese beso. Ya no era suave, se convirtió en un beso desesperado, lleno de ganas. Creo que en ese beso iban el resto de todos los besos que durante todo el día se quedaron en el aire. Y yo no pude más que devolvérselos. Uno tras otro. Bebí de su boca y él se sació de la mía. Se apartó despacio, como si no quisiera que ese momento terminara, pero teníamos que respirar. No imaginé que un beso pudiese durar varios minutos. Me sentí ligeramente mareada, pero me encontraba mejor que nunca. Sonreí porque me sentía feliz y sus hoyuelos volvieron a hacer estragos en mi cuerpo al acentuarse cuando me devolvió la sonrisa. No había nada más que decir. Nos lo acabábamos de confesar todo.

—Buenas noches, Jorge.

—Buenas noches, Silvia.

Cuando entré en el ascensor, tuve que sujetar mi corazón. Era como si quisiera salir corriendo y ponerse a bailar reggaetón aun a sabiendas de lo

poco que me gustaba ese tipo de música. Cuando me metí en la cama, un par de horas después, no podía creerlo. ¿Acaso los labios de Jorge eran curativos? No me dolía nada, ni siquiera la cabeza. Solo sentía algo diferente: un sentimiento llamado deseo.

CAPÍTULO 10

TOMANDO DECISIONES

SILVIA

«No sabía que quería... y decidí quererlo a él».

Había pasado la noche en un duermevela extraño. Era como si hubiese tenido dos sueños distintos, pero entremezclados. En uno de ellos me sentía bien, más que bien, me sentía feliz y yo lo sabía, pero en el otro no. Era todo lo contrario, estaba asustada y me sentía completamente sola... No conseguía recordar nada más, solo tenía la certeza de haber sentido los dos sentimientos contradictorios durante toda la noche. Antes de salir camino a la revista recibí un *wasap* de mi hermano, preguntaba si quería que quedásemos para almorzar, ya que iba a estar cerca de Montjuic sobre el mediodía y tenía una hora libre. Le contesté con un *ok*, guardé mi móvil en el bolso y empecé a preguntarme si debía o no contarle a mi hermano lo de mi enfermedad durante la comida, o si, por el contrario, debería esperar a que estuviésemos toda la familia junta. Mis padres aún tardarían en llegar una semana de su viaje y yo necesitaba empezar a soltarlo. Se me daba bastante bien reprimir las cosas malas y negativas y se me daba aún mejor hacer el papel de mujer feliz, que ni tiene problemas ni le afecta nada, pero esto era demasiado hasta para mí. Sí, se lo contaría hoy mismo a mi hermano y así me daría alguna pista de cómo se lo iba a ir tomando mi gente. Primero hablaría con mi familia y después con mis amigas. Pero antes tenía cita con mi médico particular para empezar con los antirretrovirales, ya que acabaría en un par de días con el antibiótico. Bien por ver de nuevo a Jorge. Mal por... todo lo demás. Recompuse el semblante mientras respiraba hondo y entré en mi despacho después de un par de saludos. Sabía que Alejandra no llegaría hasta dentro de una hora más o menos, así que me enfangué en los últimos detalles de la próxima presentación por mi cuenta. Más tarde tendríamos reunión para cerrarlo todo y necesitaba repasar y no pensar. Sobre todo, no pensar más que en mi trabajo.

Apenas tuve tiempo de hablar con mi amiga durante casi todo el día. La reunión se había alargado hasta pasado el mediodía y no tuve más remedio que cancelar la comida con mi hermano al que, por otro lado, pareció no importarle demasiado, y me conformé con comer una triste y solitaria ensalada acompañada por mi jefa y su voz de pito. Así que, aparte de unos cuantos guiños por su parte cuando cruzaba por delante de su mesa de trabajo, no

conseguí nada más. La tarde pasó igual de odiosa, pero con la tranquilidad de no escuchar más a mi jefa. Pude concentrarme un poco en las mariposas de mi estómago, que no hacían más que recordarme una y otra vez ese beso que se había quedado grabado como a fuego en mi cabeza y en mis labios. Cuando llegué a mi piso después de un placentero y merecido paseo, no pude evitar la decepción de no haber sabido nada de él en todo el día. Supuse que recibiría una llamada de Jorge o quizá un *wasap*. No lo sé, pero sí esperaba algo, y eso es lo malo de esperar algo, que puedes decepcionarte. No quería pensar mucho más sobre el tema, así que después de una ducha rápida, una macedonia de frutas y dos píldoras (el antibiótico y el paracetamol para el ya famoso, aunque mitigante dolor de cabeza) decidí relajarme viendo una de mis películas favoritas, *Holidays*, mientras devoraba un helado de menta y chocolate. Justo en una de mis escenas favoritas, y predispuesta ya a echar unas cuantas lágrimas de emoción y felicidad por las dos protagonistas, de repente mi móvil cobro vida anunciándome que acababa de recibir un *wasap*. Lo abrí con una media sonrisa en los labios y un corazón que empezaba a sufrir una carrera estrepitosa a la que se estaba empezando a acostumbrar desde hacía un par de días. Sí. Era de él, Jorge. *Buenas noches, preciosa. ¿Qué tal ha ido tu día? El mío ha sido de locos, creo que hoy se han alineado los astros para no dejarme tomar ni un respiro en todo el día, pero por fin ha acabado y necesito saber de ti. ¿Puedo llamarte o ya es demasiado tarde?* Me eché a reír, había estado muy ocupado en la clínica durante todo el día y yo había pensado que no se había acordado de mí. Con una emoción desconocida para mí y una amplia sonrisa contesté un «ya estás tardando» que leyó en seguida. Respiré hondo mientras me tumbaba en el sofá con las piernas flexionadas esperando una llamada, que tardó así como cinco segundos en llegar.

—¡Silvia! Hola, preciosa. No imaginas las ganas que tenía de hablar contigo —se escuchó nada más descolgar y sin esperar a oír nada.

—Hola, Jorge. Si te digo la verdad, he estado todo el día esperando a hacerlo, pero llegó un momento en el que pensé que ya te habías olvidado de mí —fingí un tono de voz triste y añorada mientras sonreía para mis adentros.

—¿Olvidarme de ti? Cómo podría... Siento decirte que eso ya no es posible. —noté en su frase un deje de desesperación que no me pasó desapercibida. Gracias a mis inseguridades no tenía muy claro cómo debía tomármelo.

—¿Podrías explicarte mejor, por favor?

—¿Acaso no está claro? —no para mí, quise decirle.

—Supongo que sí, pero puede tener varios significados —volví a oír otro suspiro.

—Silvia, no sé qué me ocurre contigo. Seguramente pensarás que, a mi edad, habré tenido varias relaciones y algún que otro rollo. Y no te voy a negar que algo he tenido, no soy de piedra, pero jamás he estado enamorado de ninguna mujer y mucho menos he pasado la noche pensando en alguna. Pero desde que te conocí, es diferente. Me sorprende a mí mismo preguntándome dónde estarás, qué estarás haciendo, si te encuentras bien o si estarás pensando en mi... tanto como yo estoy pensando en ti.

El silencio se hizo presente durante casi un minuto. Él, probablemente, esperando mi reacción ante sus palabras. Yo, asimilando lo que acababa de escuchar. Volvió a suspirar y decidí preguntar con mi voz lo que mi cabeza ya había hecho.

—Tú... ¿te estás enamorando de... mí?

—No lo sé. No quiero ni asustarte ni que pienses que estoy loco, solo digo que siento que ya ni puedo ni quiero separarme de ti.

—No lo hagas... —pronuncié casi sin aliento y con desesperación.

—No lo haré, ya no... puedo —otra pausa—. Y ahora, quiero que me cuentes con todo lujo de detalles cómo te ha ido el día y, lo más importante, cómo te has encontrado hoy.

Media hora después de nuestra conversación, puse mi móvil a cargar y me metí en la cama embriagada de sus palabras. Yo tampoco había sentido algo parecido por ningún hombre en toda mi vida. ¿Acaso esto era una broma del destino? ¿Conocer al hombre que parecía ser perfecto para mí y el que podría ser el amor de mi vida justo cuando me diagnostican una enfermedad mortal? Dicen que la vida siempre da «una de cal y otra de arena». ¿Eso es lo que estaba ocurriendo en este momento de mi vida? No recuerdo cuando me entregué a los brazos de Morfeo, pero esa noche volví a soñar con él, y el despertar no fue tan duro pese al tremendo dolor de cabeza acompañado de náuseas con el que me había levantado esa mañana. Era casi insoportable, hacía varios días que no lo sentía tan fuerte y me asusté un poco. Ya había dado por sentado que los antibióticos mantenían a raya a los bichitos que intentaban atacar diversas partes de mi organismo y que esa era la razón de mis tremendos dolores de cabeza, pero hoy de nuevo me sentía igual que el día en que mi amiga tuvo que llevarme a la clínica tras mi intento de correr unos kilómetros. Ni el baño, ni las pastillas, ni la infusión lo calmaron ni un

poquito, así que después de vomitar dos veces y sentir como el suelo de mi cocina giraba sin parar, llamé a la revista para anunciar que tenía una tremenda indigestión y que sería imposible ir a trabajar. Después de tumbarme en el sofá con varios cojines bajo mi cabeza le mandé un *wasap* a Jorge. Casi no podía ver ni las letras, solo escribí: *me va a estallar la cabeza. Vómitos, mareos, no puedo...* Y lo solté a

un lado de mi cuerpo mientras cerraba fuertemente los ojos y reprimía las ganas de gritar con todas mis fuerzas por lo impotente que me sentía y por no poder dejar de ver en mi mente una y otra vez aquella escena ocurrida hacía más de diez años, comprendiendo que jamás lo superé. Solo lo había tenido escondido. Como una cobarde.

CAPÍTULO 11

SENTIMIENTOS ENCONTRADOS

JORGE

«La vida te dará todo lo que necesites con la condición de que no dudes de que lo mereces».

Era la primera vez en mucho tiempo que me saltaba mi hora diaria de ejercicio, pero no tenía ni cuerpo ni ganas de hacerlo. El día anterior había sido un día duro de trabajo, apenas pude parar cinco minutos y acabé exhausto. Más que por el trabajo físico fue el psíquico el que hizo mella al final del día. Fue casi insoportable tratar de concentrarme en todo lo que tenía que hacer mientras Silvia y su boca, y su piel, y su pelo y... se colaban una y otra vez en mi mente. Tan solo quería escuchar su voz, pero no pude hacerlo hasta la noche. Y esa media hora en la que mis oídos pudieron deleitarse con su voz y mi corazón se llenó de un calor al que ya se estaba acostumbrando, fue el único momento en el que tuve paz y tranquilidad, ya que la noche no la pasé mucho mejor que el día. Mi padre tuvo otro episodio de desconcierto que acabó en un ingreso en el hospital y conmigo sentado en una butaca junto a su cama en la UCI.

Juan se había encargado del caso, eso me tranquilizaba bastante. Era un gran médico y mi mejor amigo desde que entramos en la facultad. Mi padre llevaba unas horas estabilizado y Juan ordenó pasarlo a una habitación después de hacerle un nuevo TAC, así que tenía un par de horas para pasar por la clínica y dejar unos asuntos terminados. Después me tomaría el día libre para estar junto a mi padre y ayudar a Juan en lo que pudiese, pero antes bajamos a desayunar. Tanto Juan como yo necesitábamos una buena dosis de cafeína.

—¿Quién es ella? —me preguntó Juan sacándome de mi estado de ensoñación.

—No sé a qué te refieres —contesté haciéndome un poco el loco.

—Venga ya, Jorge. Tienes cara de bobo, de vez en cuando sonríes solo y acto seguido frunces el ceño. Miras el móvil cada dos por tres y suspiras como una quinceañera frente a una foto de Bad Bunny. Eso es por una mujer y tú te estás haciendo el tonto conmigo. ¡Suéltalo! —no pude más que echarme a reír. Juan y yo habíamos compartido años conviviendo juntos, si no era en el campus, era en casa de mi padre. Ambos habíamos estado con varias mujeres

durante los años de carrera, pero ninguno de los dos había sucumbido a los encantos de ninguna de ellas. Nuestra prioridad siempre fueron nuestros estudios y, por supuesto, nuestra amistad. Él me conocía mejor que nadie y yo necesitaba desahogarme con alguien de confianza.

—Se llama Silvia —suspiré y al darme cuenta volví a reír. Juan puso los ojos en blanco—. La he conocido en la clínica, es... una paciente.

—Continúa —Juan conocía mi aversión a contar mis intimidades.

—Verás, es... es preciosa y tiene algo que no puedo describir, pero que me hace sentir que tengo que cuidarla. Siento que quiero estar con ella todo el tiempo, no sé, me cuesta mucho dejarla ir. Si por mí fuera la llevaría conmigo todo el tiempo. No puedo dejar de pensar en ella. Juan, tú me conoces, esto no me había pasado nunca y... me va a estallar la cabeza.

—No lo entiendo, has conocido a una mujer preciosa que te encanta y todo eso. ¿Cuál es el problema entonces? ¿Acaso no eres correspondido? —se mofó riéndose de mí a sabiendas de lo poco que me gustaban las relaciones más formales de lo normal. Siempre que había salido con una chica, en cuanto ella insinuaba dar un paso más en la relación, yo acababa «saliendo por patas». Aunque nunca había comprendido el por qué me ocurría eso.

—No, todo lo contrario, ambos nos sentimos igual... Creo.

—Entonces, ¿ha habido tema? ¡Por el amor de Dios, cuéntamelo del tirón, no me hagas hacerte mil preguntas para todo! —me dijo bufando y echando el cuerpo para atrás como si estuviese viendo la escena de una película en la que no termina de solucionarse la trama.

—A veces eres odioso y lo sabes. ¡No!, no ha habido tema, solo nos hemos besado. He salido con ella una vez, hablamos por móvil y poco más que eso. No puedo contarte más detalles porque no los tengo, ¡tarugo!

—Perfecto, y mi pregunta vuelve a ser la misma, si te gusta tanto como dices, ¿cuál es el problema? —noté cómo volví a cambiar el semblante, fruncí el ceño pensando que en realidad no era un problema para mí, pero en mi fuero interno sabía perfectamente que si lo iba a ser para ella. No la conocía tan bien, pero sí lo suficiente como para saber que iba a ser ella misma la que pusiera objeciones a tener una relación conmigo. Algo en mi interior sabía a ciencia cierta que no iba a ser fácil que se entregara a empezar algo juntos. No, ella iba a «protegerme» de ella misma. Ese era el mayor problema, quise responderle a Juan. Pero no pude.

—No, no es que haya un problema. Es solo que, ya sabes, no tengo mucha experiencia en relaciones serias y esta chica no es como las demás para mí.

Quiero decir, que no quiero tener un rollo con ella, yo... lo quiero todo, Juan...

—Vaya... ahora sí que me has dejado con la boca abierta, amigo. Señoras y señores, el gran Jorge Peralta acaba de salir de la lista de solteros de oro y se nos va a volver un aburrido hombre más. Ten cuidado, amigo, el siguiente paso es que eches barriguita y entonces ya sí que te habremos perdido para siempre —Juan se reía a carcajadas y yo, para disimular la opresión en el pecho, acabé imitándolo—. Quiero que me la presentes cuanto antes. El sábado he quedado con Diana. ¿Te acuerdas de ella? La rubia que conocí en el karaoke en el cumpleaños de Luis —Asentí—. Podemos ir los cuatro juntos. ¿Te hace?

—Ya veremos.

En ese momento me sonó un *wasap* y quise mirarlo para ver si así cambiábamos de conversación. Era ella, la chica de mi vida. Cuando lo abrí y lo leí, sentí como si me hubiesen dado un puñetazo en el pecho y hubiese soltado todo el aire que contenían mis pulmones en ese momento. El corazón se me aceleró y mi mente emprendió una carrera de diversas posibilidades, como el colgado que era en cuanto a enfermedades raras se trataba. Me levanté tan rápido que la silla cayó hacia atrás y Juan dio un respingo levantándose a mi vez.

—Jorge, ¿qué ocurre?

—Tengo que irme inmediatamente. Por favor, llámame en cuanto salgan las pruebas de mi padre y estate pendiente de él en la medida de lo que puedas —le decía mientras pagaba el desayuno y me dirigía corriendo hacia la salida a la par que marcaba el número de Silvia.

—Pero, ¿qué ocurre? —gritó Juan ya a unos metros de mí.

—Te lo contaré luego, ahora tengo que irme.

Silvia no respondía a mis llamadas y eso no era algo bueno. El trayecto desde el hospital clínico hasta su piso no era muy largo, pero a esa hora de la mañana el tráfico no era muy fluido. Mi desesperación llegó a su límite y empecé a maldecir mientras marcaba una y otra vez el número sin obtener respuesta alguna. El colmo fue encontrar aparcamiento en su calle. Terminé dejando el coche en zona de minusválidos y subí cagando leches las escaleras, ya que mis nervios no supieron esperar el ascensor. Después de echar el timbre abajo y seguir sin obtener respuesta, ejercí cuál ladrón y abrí la puerta utilizando mi tarjeta de crédito y mis conocimientos de chico malo en los primeros años de instituto, cometiendo así la segunda infracción del día. Cuando conseguí entrar, me encontré a una Silvia blanca como el papel

tumbada en el sofá e inconsciente. Ni mis gritos y tambaleos, ni mucho menos el vaso de agua que le eché por la cara consiguieron despertarla. Quince minutos después entrábamos por la puerta de la clínica mientras dos enfermeras avisadas por mí me ayudaban a meterla directamente a reanimación.

Silvia no tenía ni idea de lo ocurrido en las dos últimas horas. No se enteró ni del escáner que le realicé ni de la punción lumbar. Había perdido el conocimiento. El virus había empezado a poner en peligro la función de sus células nerviosas. El cerebro mostró tener una inflamación. El virus estaba progresando a grandes pasos y se deleitaba con su cabeza. Ya había empezado a administrarle los antirretrovirales y un nuevo antibiótico, y ahora mi miedo era que las medicinas ayudaran a empeorar su sistema nervioso. Conocía perfectamente cuáles eran los síntomas que empezaría a mostrar viendo el camino que llevaba la enfermedad. Debilidad progresiva, pérdida de la sensación en los brazos y las piernas, accidente cerebro vascular o el deterioro de los nervios periféricos. Mi investigación había demostrado cómo la infección con VIH podía alterar significativamente el tamaño de ciertas estructuras cerebrales implicadas en el aprendizaje y el procesamiento de la información, pero lo que más me asustaba era saber lo que vendría después si los síntomas seguían por ese camino. Dolor, convulsiones, herpes, problemas en la columna vertebral, pérdida de visión, destrucción de tejido cerebral y... un coma. Respiré hondo tratando de pensar en positivo. Estos síntomas podían ser leves en las etapas tempranas, aunque también podían agravarse progresivamente. Haría lo que fuese necesario para frenarlos, para ralentizarlos. De eso estaba seguro. De lo que no estaba muy seguro era de poder soportar verla sufrir.

Silvia estaba empezando a despertar y sabía que no le haría gracia saber que se iba a quedar ingresada, pero estaba preparado para rebatir cualquiera de sus excusas. Recibí una llamada de Juan. Mi padre estaba estable, así que por ese lado me quedé más tranquilo. Llamé a mi hermano para contarle lo ocurrido, pero él ya estaba al tanto. Había ido a casa esta mañana y Ángela se lo había contado, así que se encontraba en ese momento en el hospital. Lo agradecí y mucho. Les confesé tanto a él como a Juan que no podía moverme por ahora de la clínica, ya que tenía un caso muy especial que requería mi presencia en todo momento. Estaba despidiéndome de mi hermano cuando escuché una voz de ángel.

—¿Jorge, eres tú? ¿Qué...qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —colgué

rápidamente y me incliné junto a ella.

—Tranquila, preciosa. Estás a salvo —no tenía por qué contarle todo lo que había averiguado en ese momento, prefería que estuviese tranquila cuando le dijera que se iba a quedar a dormir.

—Mi cabeza. Recuerdo que me dolía mucho y yo... te envié un mensaje, después no sé qué pasó.

—Pasó que hiciste muy bien enviándome ese mensaje. Fui a tu casa, estabas inconsciente y te traje al hospital. Ahora estás estable. Por cierto, ¿y tdolor de cabeza? —me agaché a darle un beso en la frente para disimular mis ganas de hacerlo en los labios.

—¿He empeorado?

—Escúchame, tú no te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Déjame a mí el tema clínico, solo tienes que hacer todo lo que yo te diga y te prometo que mejorarás —me miró directamente a los ojos, como buscando en ellos su respuesta. Intenté proyectarle confianza y seguridad—. ¿Confías en mí?

—Sí —me asombró no notar ni una pizca de indecisión.

—Bien. De momento te vas a quedar aquí ingresada. Necesito estar pendiente de tus constantes las próximas veinticuatro horas sin interrupción alguna —por un momento atisbé las ganas de rebatir mi decisión, entonces le sonreí y la frase que había empezado no llegó a oírse. Cerró la boca y me sonrió de vuelta. Me enamoró. Más aún.

CAPÍTULO 12

EL TRATO

SILVIA

«Serán las cosas más pequeñas las que te harán sentir grande el corazón».

Cuarenta y ocho horas. Ese era el tiempo que llevaba postrada en una cama, aburrida y enfadada. Me comían los nervios. Jorge no me dejó ni un segundo, no se separaba apenas de mí y, aunque por ese lado yo estaba encantada de tenerlo en exclusiva para mí, prefería tenerlo en otro lugar y de otra manera. Al parecer todo se había complicado un poco. Yo no entendía nada, solo que me encontraba sin apenas fuerzas y, aunque el dolor de cabeza lo tenía algo así como controlado, notaba algo raro. Sentía como si mi cabeza estuviese sumergida en agua. Mis sueños eran intermitentes y no podía pensar con claridad. Lo único que tenía claro es que me estaba asfixiando allí metida. Tenía mil cosas que hacer y también tenía varias llamadas perdidas de mi madre, a la que ignoré a conciencia, porque ¿qué iba a contarle? No quería que se enterasen así, ese no era el plan. Había hecho el cálculo del fin de su viaje y solo faltaba un día para que estuviesen de regreso en Barcelona. Yo les había prometido que iría a recogerlos al aeropuerto y, ahora, llevaba dos días sin cogerle el teléfono. Seguramente estaría de los nervios. Por otro lado, estaba mi jefa. Yo no había hablado con ella, se había encargado Jorge, pero tenía esa intuición que tenemos las mujeres. Se me estaban acumulando las faltas al trabajo repentinas y mi jefa no pecaba de mujer comprensiva. Estaba perfectamente segura de que a la vuelta me esperaba un ultimátum, tipo «una falta más y te vas a la calle, tú verás lo que haces». Alejandra también me había atiborrado a llamadas y *wasaps*, en su mayoría también ignorados. Solo le contesté a uno tranquilizándola, contándole que no estaba tan mal, solo que Jorge quería hacerme unas pruebas más especiales y tenía que estar aquí ingresada. No se había quedado tranquila, por supuesto que no, y llamó a Jorge. Pero este me siguió el juego muy a su pesar, pero le rogué que lo hiciera hasta que hablase con ella. No sabían nada y, aunque no tenía ni la menor idea de cómo dar una noticia así, sí tenía claro que quería hacerlo yo misma y no desde la cama de un hospital. Le prometí a Jorge que no tardaría mucho más en contárselo a mi familia y seres queridos. Y así estaba, aburrida, exasperada, nerviosa y... fea. Estaba horrible.

—¿Cómo está mi paciente más bonita? —en ese momento hizo su gran aparición el hombre que estaba trastocando todos mis sentidos.

—¿Bonita? Me siento muchas cosas, pero ninguna de ellas es bonita. No mientas. Odio las mentiras —le dije mientras ponía los morros en modo puchero sin evitar que se me escapase una media sonrisa.

—Yo —dijo mientras se acercaba a un lado de mi cama y apartaba un mechón de pelo de mi cara—, nunca miento, señorita. Eres más que bonita. Eres preciosa.

Y parecía decirlo en serio. Cuando me hablaba sentía una devoción grande y sincera, como si de verdad le gustase tanto como decía. Mi cuerpo se relajaba cuando estaba cerca, pero mis latidos se aceleraban y mis labios bombeaban sedientos de sus labios. Unos labios que no había vuelto a probar desde lo que me parecía ya una eternidad.

—Deja tus adulaciones para cuando esté presentable, anda. No me siento para nada bonita postrada en esta cama y vestida con un camisón muy poco glamuroso —le dije medio ruborizada y para poder cambiar de tema—. Jorge, necesito salir de aquí, me encuentro bien... más o menos. Tengo mil cosas que hacer. Mi jefa me va a despedir y, lo más importante, mañana tengo que recoger a mis padres en el aeropuerto, así que, por favor te lo pido, dame el alta. ¿Sí?

—Silvia, yo...

—Por favor, Jorge. Prometo hacer todo lo que me digas. Si tengo que trabajar desde casa, lo haré. Comeré lo que me digas sin pretexto alguno. No me saltaré la medicación y, además, también prometo hablar contigo para informarte de mi estado a cada instante —supe que había ganado al atisbar en su mirada ese reflejo de preocupación, un poquito de rendición y lo que a mí me pareció, una chispa de admiración.

—Bien. Voy a proponerte un trato, Silvia. Yo te doy el alta esta misma tarde si a cambio aceptas venir a vivir unos días a mi casa. Y antes de que digas nada, te daré los motivos por los que te he pedido esto. No es algo pensado a lo loco y, por supuesto, no es algo que haga con los demás pacientes —me cogió ambas manos acercándose un poco más a mi cara. Me di cuenta de lo nervioso que estaba y de lo mucho que le estaba costando decir esas palabras, así que no quise interrumpirle hasta que acabase de hablar. Por otro lado, mi corazón se había detenido un instante al imaginarme viviendo bajo el mismo techo que él—. Quiero tenerte cerca para poder estar pendiente de cómo va progresando todo, no quiero que estés sola ni un solo instante. Recuerda que la

última vez perdiste el conocimiento y que si no llegas a haberme mandado ese mensaje antes de hacerlo... no quiero ni imaginar qué hubiese pasado. Tú te sentirás más cómoda y relajada, y yo podré respirar sin que me cueste trabajo y sin tener que preguntarme cada cinco minutos si estarás bien. Y por si todo esto te parecen pocos motivos, añadiré otro... Porque cada vez me cuesta más trabajo estar separado de ti.

Y ahí fue donde, por fin, pude soltar el aire contenido y volver a respirar. Solo me dio tiempo a tomar una pequeña bocanada, ya que, al instante, su boca se abalanzó sobre la mía calmando así por un momento mis deseos. Esos labios estaban tan sedientos, torpes y nerviosos como los míos. Cuando se separó, solo lo suficiente como para mirarme a los ojos buscando su respuesta, los míos aprobaron sin contemplación alguna su trato. Ya tendría tiempo de arrepentirme. No sé si se debía a la fragilidad con la cual me sentía o al miedo que tenía y que no quería admitir, pero me sorprendió la decisión que tomé sin siquiera pensarlo. No me reconocía.

¿Qué se supone que era tener suerte en la vida? La gente suele soltar la expresión «ha tenido mala suerte» cuando le ocurre algo malo, algo muy malo, como, por ejemplo, contraer una enfermedad mortal. A su vez, la misma gente suele soltar la misma expresión cambiando una sola palabra: «qué buena suerte ha tenido», cuando le ocurre algo bueno, como, por ejemplo, conocer a un hombre como Jorge. He ahí mi dilema, mi pregunta. Me sentía sumamente agradecida con el destino en ese momento. Miré a Jorge de reojo mientras íbamos en su coche de camino a su casa, escuchando cómo hablaba con mi madre por teléfono para contarle que me sentía indispuesta y no iba a poder ir a recogerles al día siguiente en el aeropuerto. Sin embargo, él, un buen amigo mío (así era como se había presentado) se había ofrecido para ir a buscarlos y los llevaría hasta mi piso (otra mentirijilla). Había estado tan encantador que, sorprendentemente, mi madre no sospechó nada malo y no formó un gran drama por no haber podido hablar conmigo en días y, además, enterarse de que estaba indispuesta. Pensé que no habría nadie en este mundo que no sucumbiera a los encantos de mi doctor. Pero no solo acababa de arreglar el asunto de mis padres, también arregló el asunto con mi jefa, con Alejandra y hasta con mi hermano, al cuál de repente le había entrado «hermanitis aguda». Tampoco era que mis motivos para estar agradecida solo fuesen que Jorge me estuviese salvando el culo con lo referente a mis inminentes problemas. Por sobre todas las cosas, estaba agradecida de que existiese un hombre que me gustara tanto, que me llenara tanto, con el cual se disipaban mis más grandes

miedos y que, además, él sintiera lo mismo que estaba sintiendo yo. Sí. Qué suerte había tenido. Por eso estaba agradecida con mi destino, pero ese no era el único sentimiento que me invadía para con él. Estaba furiosa y no entendía bien qué había hecho para que me regalase una enfermedad como esa. Era joven, con un trabajo que me encantaba, independiente y ahora hasta ¿tenía novio? (esa pregunta mejor la dejo para después). Entonces, ¿por qué pones todo esto en mi camino si tienes pensado quitármelo de una manera tan atroz dentro de... un espacio de tiempo que ni siquiera conocía? ¿Acaso la vida funciona así, algo bueno por algo malo? Y mientras le preguntaba al destino mentalmente y divagaba sobre cosas absurdas o no tanto, llegamos a la casa de Jorge sin haberme dado cuenta hasta que sentí su mano sobre la mía y su aterciopelada voz diciéndome «ya estamos en casa». Y morí. Pero de amor.

Nos recibió Anabel, la cual estaba avisada de mi llegada. Era tarde, las diez y media de la noche y yo estaba muy cansada, aunque no hubiese hecho más que estar postrada en una cama todo el día. Había cenado en la clínica y hasta me había duchado mientras Jorge se había encargado de ir a mi piso a recoger un poco de ropa y mi portátil, así que después de saludar y agradecer a Anabel, me enseñó dónde se encontraban el salón, la cocina y el baño, y me acompañó a mi habitación que estaba justo al lado de la suya. La casa parecía ser inmensa, así como cinco veces mi piso (tan solo mi habitación era casi tan grande como él). Olía a limpio y a nardos. Ese olor tan agradable me invadió nada más entrar y me hizo sentir cómoda, alejando así el desasosiego que sentía en el estómago por la locura que estaba cometiendo.

—Espero que lo encuentres todo a tu gusto. Quiero que me digas lo que te hace falta y mañana mismo lo tendrás. ¿Cómo te encuentras? —como en un cuento de hadas, quise responderle.

—Está todo perfecto. Gracias. Estoy un poco cansada —me senté encima de la cama, acariciando instintivamente la colcha blanca para cerciorarme de si estaba hecha de nube.

—Es normal que estés cansada. Tus defensas están muy bajas y la medicación que te estoy administrando es muy fuerte. Debes descansar mucho y comer todo lo que te suba Anabel.

—¿Qué? ¿Ni siquiera voy a poder bajar a comer al salón? —me envaré.

—Si te encuentras con fuerzas de bajar, por supuesto que sí. Silvia... —dijo acercándose peligrosamente a mí. Cogió mis manos y tiró hacia él haciendo que me levantase de la cama. Me pegó a su cuerpo y cerré los ojos esperando el choque de sus labios contra los míos. Sin embargo, lo que noté

fue su aliento cerca de mi oreja. Y abrí los ojos —por favor, pónmelo fácil. ¿Sí?

—Vale...

Contesté sin aliento, mientras contenía el cosquilleo que me había producido sentir su respiración y su voz en mi sentido auditivo. Volví mi cabeza hacia la suya haciendo que se despegara de mi cuello y la atrapé con mi boca mientras que mis brazos también atraparon su espalda y los suyos mi cintura, pegándome tanto a su cuerpo que el mío, aunque debilitado, estalló de repente en llamas y me encontré devorándole la boca de una forma casi agresiva. Noté su reacción al instante. Su sexo arremetía duro y peligroso aplastando mi ombligo. Su respiración era entrecortada y sus manos se colaron por debajo de mi camiseta atrapando mis pechos con avidez. Oh, Dios mío, cuantas emociones encontradas. Sentía mis mejillas elevadas al rojo máximo y sentía mi sexo palpitar desenfrenado de una manera que jamás había sentido. Gemí fuertemente cuando liberó mi boca para atrapar mi cuello y ahí, en ese mismo instante, Jorge volvió a la realidad sacando las manos de debajo de la camiseta y separándose de mi cuerpo ardiente.

—Lo siento, me he dejado llevar —su voz sonó ronca.

—Yo... también —le dije mientras me recolocaba la camiseta y también la coleta.

—Descansa, Silvia.

Me dio un beso en la frente y salió de la habitación cerrando la puerta tras él. Pude atisbar que estaba muerto de vergüenza. «Ya somos dos», pensé. Me cambié y me metí en la cama. Y juro que jamás en toda mi vida me había sentido tan sola como cuando sus brazos abandonaron mi cuerpo.

No oí nada más. Y ese cuerpo que hacía unos instantes parecía una pira, volvió a un estado parecido al gaseoso. Caí en un profundo pero devastador sueño donde un hombre con cara demoníaca y los brazos y el pecho tatuados arremetía una y otra vez contra mi cuerpo mientras yo gritaba sin que emitiera sonido alguno.

CAPÍTULO 13

LLEGÓ LA HORA DE LA VERDAD

SILVIA

«Me pasa que te miro y te elegiría mil veces más».

Cuando desperté, supe que Jorge había estado en mi habitación. No, no es que de repente me hubiese convertido en adivina ni nada por el estilo. Supe que había estado en la habitación, no solo por el rastro de su perfume, tan familiar ya para mí, también por la espectacular rosa amarilla que dejó junto a la almohada y que iba acompañada de una nota. Me incorporé, no sin esfuerzo. Mis extremidades parecían no tener control sobre ellas mismas, como cuando sufres una de esas incordiantes y horribles gripes con nombres de vocales. Suspiré muerta de miedo por cómo me sentía y meneé la cabeza de un lado a otro como sacudiendo todos mis malos y feos pensamientos. Cuando era pequeña, mi madre siempre me decía cuando tenía miedo de dormir sola en mi habitación que había que ignorar a los monstruos, no pensar en ellos, no dedicarles ni un solo pensamiento y así, se evaporarían. Y eso es lo que quería conseguir sacudiendo mi cabeza. Apoyé la rosa en mi pecho y leí la nota de Jorge:

Buenos días, princesa. Voy al hospital a ver a mi padre y a dejar algunos asuntos cerrados en la consulta, pero estaré contigo de vuelta antes de que despiertes.

—Llegas tarde —le contesté al pedazo de papel.

Eran las diez y media de la mañana y tenía mucha hambre. Buena señal. Me puse un ligero vestido, me cepillé el pelo y me pasé la brocha del colorete ligeramente sobre mis pómulos. Bajé a desayunar muerta de vergüenza. Escuché ruidos en la cocina y agradecí al cielo mentalmente que Anabel estuviese allí metida.

—Buenos días...

—Buenos días, señorita Silvia. ¿Ha dormido bien? Espero que encontrara todo a su gusto en la habitación. Si le hace falta algo no tiene más que pedírmelo.

—Sí, todo está perfecto. Muchas gracias, Anabel.

—¿Le preparo ya el desayuno?

—Si me dice dónde está todo lo prepararé yo misma, gracias.

—Usted vaya a sentarse al comedor, yo se lo serviré enseguida —asentí y me fui directa al comedor.

Había una gran chimenea rodeada de una estantería en la cual se encontraban un montón de fotografías. Me acerqué para verlas mejor. En ellas había un Jorge de diferentes tamaños, desde bebe hasta tal y como lo conocía a día de hoy. En el centro había un marco de plata, en la cual supuse que los fotografiados eran los padres de Jorge. Una mujer preciosa y con una sonrisa que iluminaría una ciudad entera sujetaba a Jorge por ambos brazos preparada para lanzarlo hacia arriba mientras que un hombre bien parecido y muy alto hacia el amago de cogerlo por la espalda. Sonreí. Había mucho amor en esa imagen capturada haría ya más de veinte años. De repente, me acordé de mis padres, de su vuelo y de la conversación que tendría lugar ese mismo día. Se me paró el pulso.

—Señorita Silvia, aquí está su desayuno. El señorito Jorge me ha dado indicaciones de que, si bajaba antes de que él volviese, me asegurara de que se lo comería todo —dijo Anabel sacándome de mis pensamientos y haciendo que mi corazón volviese a latir.

—Muchas gracias, Anabel. Eres muy amable.

Zumo de naranja recién exprimido, un vaso de leche, una rebanada de pan con aceite y miel, un plátano y dos pastillas. Ese iba a ser mi desayuno, y yo empecé a preguntarme cómo quería que me entrase toda esa comida de un solo golpe. Suspiré. Debía de pensar que estaba en el hospital porque así sería si no hubiese aceptado el trato. Me senté a degustar el desayuno comiendo muy lentamente y haciendo un esfuerzo sobrehumano. Justo cuando estaba pelando el plátano llegó mi doctor.

—¡Buenos días, princesa! —se acercó hasta a mí y se inclinó para darme un tierno beso en los labios—. Siento haberme retrasado, pero he tenido que atender una urgencia.

—Buenos días. No pasa nada. De hecho, me he despertado hace apenas media hora. Oye, ¿es necesario comer todo esto? Porque creo que el vaso de leche no me va a entrar. Es más, no estoy segura de que pueda comerme el plátano entero —al oír lo que acababa de decir y cómo había sonado me puse roja como un tomate.

—Me temo que no vas a poder rebatirme en nada, sobre todo en lo que a la alimentación se refiere. Recuerda que un trato es un trato y me prometiste que, harías y comerías todo lo que te dijera —dijo casi muerto de la risa.

—Está bien —volví a suspirar.

Se fue hacia la cocina y aproveché para comerme el plátano lo más rápidamente posible. Sabía que con él mirándome mis mejillas se iban a encender al máximo. No tardó mucho en venir con un zumo de naranja en las manos y se sentó a mi lado.

—Me ha llamado tu madre.

—¿Mi madre?, ¿qué te ha dicho?

—Que iban de camino al aeropuerto y que llegarán dentro de unas seis horas. Quería asegurarse de que estaría a las cinco en el aeropuerto para recogerles.

—Típico de mi madre, le gusta saber que todo va tal y como debe ir. ¿Te ha preguntado por mí?

—No —le miré incrédula—. ¿Qué quieres que te diga? Tengo ese poder con las mujeres. Una vez que hablan conmigo, se les olvida el resto de la gente —su carcajada hizo vibrar la habitación y me uní a él.

—Fanfarrón.

—Pues claro que me ha preguntado por ti, le he dicho que estabas descansando y que te mueres de ganas de verles.

—Gracias...

—Todo va a salir bien, Silvia —dijo cogiéndome de la mano y mirándome intensamente a los ojos—. Sé que la conversación con tus padres te tiene preocupada, pero yo estaré a tu lado para apoyarte. Y si en algún momento te desmoronas, hablaré yo. Confía en mí. No estás sola, no dejaré que te pase nada malo. Lo prometo.

Vi en sus ojos una determinación imposible de describir.

—Pero... ¿por qué?

—¿Por qué? Porque apareciste y es como si el tiempo me pagara una deuda, Silvia. ¿Sabes? Mi madre, poco antes de morir, me dijo que cuando encontrase algo que me hiciera feliz lo agarrase con todas mis ganas, con todas mis fuerzas, sin preocuparme de lo que dijera la gente, de lo que pensarán los demás, que bastante difícil es encontrarlo.

Estuvimos un buen rato mirándonos a los ojos con las manos entrelazadas, leyéndonos el uno al otro hasta que me sugirió volver a la cama para descansar un rato más antes de la comida. No le protesté y me dejé acompañar hasta mi habitación.

—Descansa, Silvia. En un par de horas vendré a despertarte.

Y me dio un abrazo de esos que ponen en pausa la vida. Y respirar.

Después de dos horas de descanso, un largo y agradable baño y una comida

rica en proteínas junto a Jorge en el jardín, llegaba la hora de la verdad. Jorge se había ido a buscar a mis padres al aeropuerto. Habíamos quedado en que, durante el trayecto, les contaría la mitad de la verdad. Que era mi médico y que me había instalado en su casa para poder ayudarme mejor. No iba a decirles exactamente cuál era mi enfermedad, eso quería decírselo yo misma, pero sí tendría que decirles que me ocurría algo grave. Estaba muy nerviosa, aun habiendo tomado un tranquilizante que me dio Jorge. Escuché el ruido del motor del coche y me envaré. Tuve que respirar hondo varias veces para que mi corazón se estabilizara un poco.

—Adelante, estáis en vuestra casa —escuché decir a Jorge. Estaba de pie junto a la chimenea con los brazos descansando a ambos lados de mi cuerpo. Me pinté una sonrisa en la cara y miré la fotografía de la madre de Jorge cogiéndolo en volandas esperando que me diese un poco de fuerza.

—¡Silvia, hija! —mi madre cruzó el comedor tan rápido que casi no pude creerlo y antes de que me diera cuenta me tenía entre sus brazos—. Dime, ¿qué tienes, qué ocurre, Silvia?

—Mamá, tranquilízate, estoy bien. ¿Qué tal vuestro viaje? —me liberé de su abrazo para darle un beso a mi padre en la mejilla, que se había quedado parado en mitad del salón sin saber qué hacer o qué decir. Me correspondió el beso mirándome de una forma extraña, como escudriñándome a conciencia. Quizá esperaban ver alguna señal en mi cara que les indicara qué enfermedad había contraído. Pobres.

—Déjate de tonterías, hija. Cuéntanos qué te ocurre, estamos muy preocupados. ¿Por qué no nos has dicho nada? Podríamos haber suspendido el viaje y haber venido cuanto antes.

—Por ese mismo motivo, mamá. No quería ni preocuparos ni que suspendierais vuestro viaje. De todas formas, estando aquí no podéis solucionar nada.

—Pero...

—Mamá, papá. Quiero que os sentéis. Os lo voy a contar todo.

Asintieron. Y Jorge los acompañó hasta uno de los dos sillones. Anabel trajo una gran jarra de té que sirvió en unas tazas de porcelana junto a un plato de pastas y se retiró. Jorge y yo nos sentamos enfrente de ellos y empecé mi relato.

—Lo que tengo que contaros, en realidad, son dos situaciones. Una que viví hace diez años y que os escondí deliberadamente, y otra que está ocurriendo ahora —hice una pausa para descifrar sus rostros. En esos momentos, como

era de esperar, ambos estaban confusos y expectantes. Sentí la mano de Jorge en mi espalda infundiéndome más fuerza—. Pero necesito que no me interrumpáis, no me hagáis preguntas, sobre todo en lo referente al pasado. Creedme cuando os digo que ya me he dicho y recriminado yo misma todo lo que vosotros podríais decir. Incluso puedo aseguraros que yo he sido más dura. Mucho más —ambos asintieron, mientras sus manos se buscaron a la vez y se apretaron como si intuyeran que lo que estaban a punto de oír era algo muy malo.

Cuando terminé de contarles lo que debí haberles contado hace mucho tiempo, los tres necesitábamos un descanso. Hubo un momento en el que creí que mi madre se arrancaría la piel de la cara. Ver sus mejillas inundadas de lágrimas me hizo sufrir más que nada en el mundo, pero debía de estar entera mientras lo contaba todo. No quería transmitirles todo el dolor que había estado sintiendo durante tantos años y tampoco quería que averiguaran el miedo que me corrompía por dentro. Ni a ellos ni a Jorge. Mi padre no dijo ni una palabra pero, sus puños estaban tan apretados que creí que sus venas estallarían en cualquier momento. Nos abrazamos largo rato, hasta que mi madre dejó de llorar. Intentó soltar la frase típica, «hija, tenías que habérselo contado todo cuando llegaste y...», pero Jorge la frenó haciéndoles entender que no tenía caso lamentar lo que se tendría que haber hecho o no, que aquello era pasado y que teníamos que enfrentar lo realmente importante. El presente. Las explicaciones médicas se las dejé a mi doctorcito particular, que logró tranquilizarlos. Bueno, a todos, claro. Yo quería creerle cuando decía que podría llevar una buena vida, que tan solo tendría que limitarla a ciertas cosas, pero que tendría una vida normal. Era difícil creer todo eso cuando me sentía tan débil. Cuando no me sentía yo misma, pero confiaría en él. Uno de los peores momentos de esa revelación, llegó cuando mi padre exigía saber quién fue el maldito que me violó. Quería darle su merecido y no importaban las veces que traté de calmarlo y las palabras que intenté que le tranquilizaran. Nada de lo que le decía lograba frenar ese ataque de ira. Y ahí, de nuevo, intervino Jorge, aplacando a mi pobre padre y metiéndolo en razón. Finalmente, aceptaron de buen gusto que me quedase allí con Jorge durante una temporada. Confiaban en que estaría mucho mejor atendida. Jorge los invitó a venir cuanto quisieran y yo les rogué que se hicieran las pruebas. Para mí era muy importante. Quedaron al día siguiente en la clínica para realizarlas, haciendo que me quedase mucho más tranquila.

Jorge los llevó a casa después de cenar y yo estaba completamente

exhausta, aunque extrañamente liberada. Juro que quise esperarlo para al menos volver a sentir sus labios sobre los míos, pero mis ojos y mi cuerpo no estaban de acuerdo con mis ganas. Finalmente, me venció el sueño.

CAPÍTULO 14

EL JARDÍN DEL EDÉN

JORGE

«No hay días grises, solo días mal iluminados».

Los padres de Silvia resultaron ser encantadores, grandes personas. Aunque agradecí quedarme solo cuando llegué hasta su domicilio, no porque no me agradase la compañía, es que no podía esquivar más las preguntas de la madre de Silvia. Fue muy directa. ¿Por qué ayudas de esa manera a mi hija? ¿Qué es lo que sientes por ella? ¿Cuáles son tus intenciones? Solo pude responder «lo necesito». Y así era, pero no tenía muy claro el por qué. Me gustaba mucho, sí. Quería conocerla más, sí. La deseaba, también. Pero no podía aceptar que estaba enamorado de ella, era demasiado pronto, era demasiado... todo. Jamás me había enamorado de ninguna mujer, aun habiendo estado con otras mucho más tiempo de lo que llevaba conociendo a Silvia. No habíamos tenido citas de verdad, ni habíamos tenido sexo. En fin, todas esas cosas son las que hacen que te enamores de una persona. ¿O no? Estaba muy confundido en lo referente a mis sentimientos, pero sí tenía muy claro que no quería apartarme de ella, sino todo lo contrario. Divagué durante la media hora que duró el trayecto a casa y corrí a verla. Llegué tarde, quería haberle preguntado cómo se sentía, quería haberla abrazado durante un largo rato y también, porque no, haberla besado varias veces. Pero allí estaba, metida en la cama profundamente dormida. Tan preciosa, tan inocente. Le di un beso en la frente y salí de allí directo al hospital. Pasaría la noche con mi padre. Lo necesitaba.

A las ocho en punto de la mañana, llamé a Anabel a sabiendas de que a esa hora ya estaría metida en la cocina preparando café. Quería cerciorarme de que Silvia había tenido una noche tranquila, y así me lo confirmó. Aún seguía durmiendo. Estaba ansioso por volver a su lado de nuevo, pero tenía que ocuparme de algunos asuntos. Esperaba a mi hermano en el hospital, llegaría en un cuarto de hora. Juan había decidido que lo peor había pasado y que podía volver a llevarme a mi padre a casa esa misma mañana, lo cual era muy tranquilizador. Pero no se vendría a su casa, sino a la de mi hermano. En eso

habíamos quedado. Esta vez no se mudarían ellos a la casa, sería mi padre quién lo haría a la suya. Dadas las circunstancias, llegué a la conclusión de que era lo mejor. Al menos probaríamos a ver qué tal les iba, teniendo bien claro que si mi padre no se encontraba bien allí o le trastocaba el no estar en su casa lo traeríamos de vuelta enseguida. Estaba ayudando a mi padre a incorporarse en la cama para que tomase su desayuno cuando sonó mi móvil. Era Alejandra, la amiga íntima de Silvia con la que había hablado un par de días atrás.

—Hola, Alejandra ¿Qué puedo hacer por ti?

—Buenos días doctor Peralta. Espero no molestarle.

—Tranquila, no lo has hecho, pero llámame Jorge y tutéame, por favor.

—Bien, Jorge. Llamo porque el móvil de Silvia sigue apagado y bueno, ya sé que me dijiste que no me preocupase, que en cuanto pudiera ella misma me contaría que está pasando, pero te juro que si alguien no me lo cuenta enseguida mis nervios van a acabar conmigo —suspiré. Estaba muy preocupada y era lógico y normal. Silvia me había contado que ella, junto a una tal Paula, habían sido sus dos amigas íntimas, pero yo le había hecho una promesa a mi... a Silvia—. Alejandra, te comprendo perfectamente, pero créeme cuando te digo que no debes de preocuparte más de la cuenta. Mira, en un rato hablaré con Silvia y le diré lo preocupada que estás. Estoy seguro de que hoy mismo te devolverá la llamada y podréis hablar. ¿De acuerdo? —no tenía muy claro si a Silvia le iba a hacer gracia la promesa que acababa de hacerle a su amiga, pero yo lo intentaría.

—Está bien. Confiaré en tu palabra. Hoy mismo, no esperaré ni un día más.

—Tengo que dejarte, Alejandra. Gracias por llamar y por preocuparte por Silvia —en ese momento mi hermano entraba en la habitación.

—No me des las gracias por preocuparme por mi mejor amiga, Jorge. Siempre nos lo hemos contado todo, hasta ahora, claro. Gracias por atenderme.

No tenía nada más que decirle, ya que no estaba seguro de si la Silvia testaruda la llamaría hoy. Nos llevó más de una hora el traslado de mi padre al piso de mi hermano. Me quedé tranquilo porque él lo estaba. Hasta sonreía. Hacía un par de días que estaba muy tranquilo y eso era una preocupación menos por el momento. Me quedé un ratito jugando con mis dos sobrinos y le di a mi hermano todas las indicaciones que tenía que darle en lo que a la medicación se refería. Pasé por aquella cafetería donde Silvia y yo fuimos en nuestra primera y única cita para comprarle unos bollos y un trozo de bizcocho

y me fui a casa. Ahora ella era mi prioridad y eso era lo único que importaba.

—¿Hola? —entré casi dando un portazo, pero estaba ansioso.

Nada, no contestaba nadie y tampoco se oía nada. Fui directo al dormitorio de Silvia. La cama estaba hecha y la ventana abierta de par en par, haciendo que los visillos de las cortinas bailasen a un lado y a otro de esta. Toqué la puerta del baño sin contestación alguna. Por el salón ya había pasado y también por la cocina. Salí al jardín y allí estaba. Cortaba una rosa y la depositaba en una cesta que cargaba Anabel. Las dos estaban riéndose de algo que decía Silvia. El sol se reflejaba en su pelo haciendo que sus mechones cobrizos parecieran llamas camufladas alrededor de su cabeza. Lo llevaba suelto y le caía por debajo de los hombros. Era preciosa y tenía esa especie de aura alrededor que ilumina, que da luz, alegría y ternura a la vez. Cuando sonreía: esa era mi parte favorita. Lograba ponerme nervioso solo por el hecho de que me sonriera. Como si adivinara que estaba en la entrada y que supiera lo que estaba pensando en esos momentos, se giró delicadamente, me miró y me sonrió. Y no morí. Resurgí, nací, viví.

—¡Jorge! —y así, como si hubiera llegado alguien muy importante para ella, corrió hasta mí y se abalanzó a mi cuerpo abrazándome por la cintura y haciendo que yo reaccionara de la misma forma.

—Vaya, si llego a adivinar este recibimiento hubiese venido antes.

—No me gusta despertar y no verte, solo es eso —dijo. Mientras nos liberaba de su abrazo y del mío, me miro a los ojos y se inclinó hasta mi cara para soltarme un ligero y casto beso en los labios que, aunque me supo a poco, también supe, por el color de sus mejillas, que fue un acto de valentía por su parte.

—Lo siento, princesa. He pasado la noche con mi padre y una parte de la mañana ocupándome de unos asuntos personales. Ven, te he traído algo que te va a gustar —la llevé hasta la mesa del jardín sin deshacerme de su mano, que se había entrelazado con la mía. De repente, su rostro se había ensombrecido—. ¿Qué ocurre, Silvia?, ¿te encuentras mal?

—No. No es eso, Jorge. Hoy me he levantado mucho mejor, es solo que...

—Háblame, Silvia, puedes decirme lo que sea —apreté mi mano a la suya para infundirle confianza—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Estoy robándole tiempo a tu padre, a tu trabajo, a ti... a tu vida, y lo peor es que, con el episodio de ayer con mis padres, había olvidado todo eso por completo. Tu padre está enfermo, te necesita más que nunca y yo...

—Silvia, para.

—No, Jorge, no paro. Por mi culpa estás dejando todo lo importante para ti a un lado y no puedo, no voy a permitirlo. Me encuentro mejor y te agradezco mucho todo lo que haces por mí, pero tienes que entender que tú debes ser tu mayor prioridad, así que...

No entendía nada. Suspiré.

—Así que será mejor que vuelva a mi piso y tú vuelvas a estar pendiente de tu padre y de tu trabajo.

Hizo el amago de levantarse de la silla, pero la alcancé volviéndola a sentar. Me quedé en cuclillas sujetándole ambas manos encima de sus rodillas.

—Silvia, parece ser que no te enteras de nada, ¿verdad? —me miró interrogándome—. Mi padre está mucho mejor y mi hermano se encargará de él durante un tiempo ahora. Eso no quiere decir que yo no vaya a estar al pendiente de él, pero tiene dos hijos, no solo me tiene a mí. Por otro lado, mi trabajo es muy importante para mí, sí, pero no estás interrumpiendo nada. Tengo a gente trabajando en la clínica que se ocupa de pasar consulta, entre otras cosas. Yo me encargo de las pruebas más especiales porque esa ha sido siempre mi pasión, así que no estás interrumpiendo nada. Y sí, llevas razón en lo de que yo debería de ser mi prioridad y eso estoy haciendo, Silvia. Entiende que quiero estar cerca de ti, que quiero cuidarte, que quiero estar contigo porque ahora mismo eso es lo que me hace sentir bien. Feliz. ¿Lo entiendes? Estoy haciendo exactamente lo que realmente quiero hacer y deja de decir estupideces, aún no me has visto cabreado —noté un deje de diversión en ese rostro que se había ensombrecido hacía unos instantes.

—¿Sabes? Me gustaría verte cabreado, apuesto a que tu aspecto debe de ser muy parecido al de todos los días —gracias a Dios volvió a sonreír.

—Así que piensas que no podría enfadarme, ¿no?

—Lo que quieras.

—Bien, señorita, no tientes a la suerte, tengo fama de ser un completo estúpido cuando me cabreo —me cogió la cara con ambas manos y se acercó hasta mis labios robándome un tierno beso y regalándome un suspiro que se coló dentro de mi alma—. Jorge, te lo digo en serio, haz lo que debas hacer, no cambies tu vida por mí. Yo... no lo merezco.

—Perdóname, Silvia, pero... precisamente si hay alguien en este mundo que pueda merecerlo, esa serías tú.

Y la abracé tan fuerte que soltó un pequeño quejido, pero no me importó, porque en ese mismo momento, si hubiese sido posible, la hubiese metido dentro de mi cuerpo, de mi alma. Era como si el contacto físico no fuera

suficiente. Y lo tuve claro, por fin. Estaba completamente enamorado de esa mujer. Ella. Ella era la chica de mi vida. Y me sentí como si estuviera en el jardín del Edén.

CAPÍTULO 15

TRASPASANDO LOS CUERPOS

SILVIA

«Hay personas con las que te apetece estar hasta cuando te apetece estar sola».

Cuenta la leyenda que no hay nada mejor para relajarse que un buen baño caliente con sales y aceites perfumados en un ambiente lleno de velas y con música clásica de fondo, pero yo no conseguía hacerlo. Sumergida en la gran bañera del cuarto de baño del dormitorio de Jorge, intentaba cerrar los ojos, respirar hondo y relajar, no ya mi cuerpo, sino mi mente. Pero nada de nada. Resoplaba una y otra vez. Había sido idea de mi doctorcito, es más, lo había preparado todo él mismo, conocedor de que iba a necesitarlo. Hacía una media hora que se había vuelto a ir, esta vez porque tenía una cita con mis padres. Era el día en el que ellos se hacían la dichosa prueba. Pero mi inquietud no solo era por ese motivo, también me había hablado sobre la llamada de mi amiga Alejandra y me había «aconsejado» que hablase con ella de una vez, bueno, con ella y con Paula. Y yo le prometí que lo haría, pero hoy no. Así que le mandé un wasap a Alejandra donde le contaba que estaba bien, sólo necesitaba un poco de desconexión, de descanso, y que quedaríamos el próximo sábado por la noche. La invité a casa de Jorge, haríamos una cena para mis amigas donde les daría la noticia. Otra idea de Jorge. Lo bueno: Alejandra se tranquilizó y se emocionó a la vez, lógicamente aceptó encantada. Lo malo: Quedaba mandar otro mensaje y este me resultaba más difícil, mucho más. Hacía, bueno, había perdido la cuenta de los meses que pasaron desde que vi a Paula. Sí hablábamos de vez en cuando, unos escuetos mensajes que preguntaban cómo iba todo, si estábamos bien y esas frases de rigor. No era que no nos importara nuestra amistad, yo sabía que Paula me quería y mucho, pero se alejó de mí, de nosotras dos, aunque más de mí (a Alejandra se le escapó más de una vez las conversaciones telefónicas que tenían ambas, a diferencia de nosotras). Yo sabía que algo ocurrió en algún momento para que ella se alejara de esa manera, pero jamás quiso decirme nada. Y llegó un momento en el que me obligué a que no me importase más de la cuenta. Así que ahí estaba el dilema, quería invitarla a venir y tenía claro que me pondría alguna excusa. Volví a bufar y decidí dejar de perder el

tiempo. Salí de la bañera y me enrosqué una toalla alrededor del cuerpo. Mi móvil descansaba encima del lavabo. Lo cogí sentándome en un taburete y decidí quitarme de una vez por todas esa preocupación.

Hola, guapísima ¿Estás por aquí? ¡Necesito decirte algo!

En seguida estuvo en línea y la pantalla del móvil me chivó que estaba escribiendo.

Hola. Me pillas un pelín liada, pero dime.

Solté el aire que había estado conteniendo durante un minuto entero.

Quiero invitaros a ti y a Alejandra el próximo sábado a cenar, he de contaros algo y necesito que estéis las dos, así que te pido, por favor, que no hagas planes y que vengas a Barcelona. Podrás quedarte aquí. Sé que es un viaje largo, por eso prefiero que lo hagas en avión. Yo me encargo de los gastos, ya está reservado.

Crucé los dedos. Imaginaba su cara, sería la misma que la que pondría yo si fuese, al contrario. Seguía en línea, pero no decía nada. Volví a escribir tres interrogaciones y el emoticono de los ojos. Por fin volvió a escribir.

¿No me lo puedes contar por teléfono? Como bien dices es un viaje largo, Silvia. Málaga no está a la vuelta de la esquina. Tengo cosas que hacer, no puedo irme de repente un fin de semana, así como así. ¿Qué es tan importante? ¿¡Nos vas a decir que te casas!?! Tú dime la fecha y estaré allí el día de tu boda.

Bien, la conversación iba tal y como yo la esperaba.

No, Paula, no se trata de eso ni de nada parecido. Es algo importante... serio. Si no, no te lo pediría. Soy consciente de dónde vives, de lo lejos que estás, de que tienes una vida y de que solo faltan cuatro días para el sábado, pero te vuelvo a repetir, es un tema... delicado y necesito que estéis aquí.
LAS DOS.

Qué ocurre, Silvia... Me estás asustando.

No puedo decírtelo por aquí, ni por teléfono.

De repente cerró el *WhatsApp*. Solté el móvil y empecé a cepillarme el pelo. Las lágrimas pugnaban por salir, pero las retuve como pude. Ya estaba vestida y con el pelo seco cuando mi móvil volvió a indicarme que había recibido un nuevo wasap.

Mándame la información del vuelo, tendrás que venir a recogerme al aeropuerto. Y el billete de vuelta que sea para el día siguiente, el lunes tengo que estar a las nueve en el trabajo. Te veré en cuatro días.

Dos emoticonos de besos por mi parte cerraron la conversación y

aplacaron el temblor de manos. Tenía el cuerpo un poco cortado, realmente lo único que me apetecía en ese momento era meterme en la cama y cerrar los ojos, no pensar, no preocuparme por nada, pero Jorge le había encargado a Ángela una cena especial en el jardín para los dos. Dijo que era algo así como una segunda cita y que me arreglase para la ocasión. Así que cogí mi neceser y empecé a darle un poco de color a mi cara. Llegaría en menos de una hora, o eso es lo que dijo antes de irse, pero se retrasó. Concretamente casi otra hora entera. Como es normal en mí, empecé a especular, a imaginar de lo malo, lo peor. Y en esos momentos lo peor que podía pensar era que mis padres hubiesen dado positivo en la prueba. Imaginaba que así había sido y que mi madre del *shock* se había desmayado y que Jorge la estaba atendiendo y que mi padre se había desmoronado y sentía miedo al no saber cómo podía ayudarnos ahora. Y así fue como comencé a tener un tremendo dolor de cabeza, no como los dolores que había estado sufriendo semanas atrás y que Jorge tenía controlados con la medicación, no, era uno de esos dolores de cabeza que te entran de repente, con mucha fuerza, tanto que llega un momento en el que ya no puedes pensar ninguna tontería más porque el dolor no te deja ni enfocar la vista. Cuando llegó Jorge y me encontró de esa guisa, sentí un poco de vergüenza al oír sus palabras cuando le pregunté, aunque más bien fue una afirmación, sobre los resultados. «Princesa, tienes que dejar de hacer esto, no puedes adelantarte a los acontecimientos, ni puedes intentar controlarlo todo porque no puedes. ¿Entiendes? Basta de miedos y de suposiciones tontas. Y sobre todo, Silvia, basta de culparte por lo que pasó, por lo que está pasando y por lo que pueda pasar». Llevaba mucha razón. Estaba llena de miedos y de inseguridades, pero eso no era de ahora, había sido así desde hacía unos diez años. Aunque hubiese seguido adelante con mi vida ocultándolo todo, por dentro me había hecho tan cobarde, tan frágil, que ni siquiera tuve el valor de volver a salir con ningún hombre. Excusas, de esa palabra había estado llena mi vida en la última década.

Después de dos pastillas y de relajarme al conocer que mis padres estaban libres del virus, mi dolor de cabeza desapareció dejando solo un ligero letargo que, junto con la mirada penetrante de Jorge, me tenían algo así como hipnotizada. En mitad de la velada recibí un regalo sorpresa.

—¿Te he dicho ya que esta noche estás deslumbrante?

—Algo parecido, aunque opino que deberías de ir al oculista —ambos nos echamos a reír a carcajadas. Me sentía tan jodidamente bien en ese momento que mi agobio de hacía unas horas parecía que hubiese sido irreal.

—Tengo algo para ti —se levantó muy despacio, torpe, como nervioso.

—¿Qué es? —yo también estaba algo nerviosa. Se posicionó justo detrás de mí y me colgó algo del cuello. Me apartó el pelo, lo llevaba suelto y lo abrochó. Instintivamente me llevé la mano hasta él colgante. Era un precioso corazón de cuarzo rosa, engarzado en un colgante de plata antigua.

—Jorge es... precioso. Me encanta. Gracias —volvió a su sitio y se sentó, justo en frente de mí.

—Lo vi e inmediatamente pensé en ti. Me recordó a ti, Silvia. Parece frágil, pero el cuarzo puede resistir grandes golpes. El paso del tiempo sólo lo hace más hermoso y fuerte. Y en lo que más se te asemeja de todo, su brillo. Es tan especial que puede iluminar a cualquiera que lo mire.

Una de mis manos se aferraba al precioso corazón que colgaba ahora cerca del mío, y la otra se aferraba a la mano de Jorge como si no quisiera soltarla nunca. Entonces me sonrieron sus ojos y me tembló hasta el alma.

Nuestra «cita» fue... perfecta. Hubo buena conversación, buena comida, miradas que dijeron mucho, besos tiernos y a la vez muy eróticos, y hasta bailamos al son de una canción muy especial, la del sonido del latir de nuestros corazones al unísono. ¿Esto era real? Porque parecía más bien un sueño, uno de esos en los que temes despertar, de esos donde te quedarías a vivir el resto de tu vida, uno un poco fuera de lo común. Me sentía completamente protegida entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho, sintiendo como depositaba pequeños besos en mi pelo, en mi cuello y de vez en cuando, en mi boca. Una boca que esperaba ansiosa el retorno de un nuevo beso, cada vez un poquito más largo, más apasionado. Había empezado a excitarme muy poco a poco, de diferente manera que las otras veces en que me había besado «un poco más de la cuenta». Una excitación nacida del cariño y del amor que en ese momento se estaba viviendo en el jardín de Jorge y de la cual, estaba completamente segura, hasta la mismísima luna sentía celos. Mis manos viajaron hasta su pecho acariciándolo con devoción y mi lengua se enredó con la suya con más avidez de lo que lo había hecho hasta el momento. Sentí su cuerpo tensarse, sentí su excitación crecer y no pude resistirme más.

—Quiero que me hagas el amor —ni siquiera reconocí mi voz cuando la oí. Sensual, salvaje, feroz. Se apartó ligeramente para penetrarme con una mirada igual de feroz que mi propia voz.

—¿Estás segura de que es lo que deseas?

—Jamás en toda mi vida había estado tan segura de algo. Sólo dime si tú también quieres.

—¿Acaso mi cuerpo no te ha dado suficientes pistas de que lo deseo de una forma irracional?

—Sí. Pero no me refiero a eso, eres consciente de mi enfermedad más que cualquier otro y...

—Y nada —me cortó.

—Pero dime que tienes protección, porque... —volvió a cortar mi frase, esta vez con un beso fiero. Y dejé de decir tonterías.

Subimos hasta su habitación cogidos de la mano. Ambos teníamos miedo, de eso estaba segura. Yo, era la primera vez que haría el amor y él, conocedor de lo que me había ocurrido en el pasado, sabía que sería difícil para mí y no se equivocó en sus pensamientos. Lo fue, al principio. Cuando Jorge deslizó mi vestido por encima de mi cabeza, mi excitación se incrementó, pero se mezcló con otro sentimiento que me invadió de repente, como si me hubiesen clavado un afilado cuchillo en el estómago. Mi cuerpo se tensó y mi respiración se volvió irregular.

—Eres tan hermosa —dijo notando las emociones entremezcladas que me invadían en ese momento. En mi fuero interno agradecía inmensamente no haber hecho el amor con ningún otro hombre antes. Entregarme a un hombre como él era una decisión acertada. Sus labios continuaron acariciando mi cuello, mis hombros y mi boca. Sus manos eran firmes y delicadas, acariciaban mi espalda lentamente una y otra vez, sin sobrepasar otras partes de mi cuerpo, como dándole tiempo a mi respiración a que volviese a la normalidad. Poco a poco fue haciéndolo y recuperé un poco de confianza y volví a agradecer el sumo cuidado con el que estaba amándome, sin tener que pedirle que no fuera tan rápido. Sin pedirlo vale el doble, sin esperarlo ni te cuento. La excitación ganaba la guerra contra el pánico y mis brazos volvieron a cobrar vida para colgarse de su cuello y pegar mi cuerpo al suyo. Sus manos empezaron a bajar un poco más, apretaban mi culo haciendo que mi sexo se rozara con la parte superior de sus muslos, un poco más abajo de la bragueta de sus vaqueros. Su sexo, gritaba ser liberado de la prisión en la que se habían convertido sus pantalones. No fui muy consciente del momento en el que me quedé sin sujetador hasta que los labios de Jorge atraparon uno de mis sonrosados y erectos pezones. Casi chillé del placer que sentí. Era como si un rayo de fuego me atravesará desde mis pechos hasta el mismo centro de mi sexo. Mi mente estaba muy confundida al igual que mi cuerpo. Ella, se dedicó a pasar imágenes, unas tras otras, pero iban muy deprisa, apenas podía centrarlas, ni quería. Pero estaban ahí, imágenes de algo ocurrido hacía diez

años y que estaba reviviendo en ese momento. Pero él, mi cuerpo, no quería hacer caso a mi mente, a su ser superior. No, él quería fundirse con el cuerpo que le estaba dando tanto placer, que le había despertado. Él, tan solo se moría por ser amado por el hombre del cual... se había enamorado perdidamente. Entonces, en medio de esa lucha entre cuerpo y mente fui consciente de que Jorge estaba dentro de mí. Y ya todo acabó. No recordaba nada, no notaba la presión. Solo sentía, solo amaba. Y Dios del cielo, cuando mi cuerpo, que estaba debajo del suyo explotó en un maravilloso orgasmo, supe que había estado equivocada durante mucho, muchísimo tiempo.

—Te quiero —fue lo último que oí antes de caer rendida en un profundo sueño.

CAPÍTULO 16

APOSTANDO CON EL CORAZÓN

SILVIA

«El rival más difícil siempre estará en tu cabeza. Lucha contra él y serás invencible».

Una vez leí que estar enamorado puede ser la mejor sensación del mundo o todo lo contrario. No lo entendí demasiado bien, hasta ahora, claro. Hacía unas horas que me había dado cuenta de que estaba enamorada de Jorge y hacía ocho horas que no había vuelo a ver su rostro, ni había vuelto a sentir su olor y le echaba terriblemente de menos. Tanto que ese día llegó a durar tres otoños. Despertar a su lado, protegida bajo el manto de su abrazo fue la mejor sensación que había experimentado en toda mi vida. El aún dormía y yo sonreí sobre su pecho, una vez por cada imagen que llegaba a mi mente de nuestro encuentro sexual. Estaba a salvo, ya que no podía ver cómo mi cara se encendía cada vez que recordaba algunas imágenes, como Jorge lamiendo mis pezones y yo gimiendo de placer, o como cuando escuché salir de mi boca aquel sonido que no reconocí, recordándome a un animal feroz a punto de atacar. Cuando me tiré a su cuello para morderlo y chuparlo mientras mis manos empujaban hacia mí su perfecto y prieto culo para que pudiese penetrarme más fuerte, más hondo. La vergüenza se apoderaba de mí ahora a la par que la añoranza por ese hombre que se había convertido en todo mi mundo. Pero dicen que los buenos momentos duran eso, solo un momento. El hermano de Jorge había llamado temprano, necesitaba su ayuda. Su padre estaba sufriendo otra crisis.

Estaba preocupada, no había tenido noticias de él en todo el día y la tarde caía de pleno. Intenté estar ocupada y le pedí a Anabel que me dejase ayudarla en la cocina. Hablé con mi madre durante más de una hora y estuve otras tantas revisando la página web de la revista para ponerme al día. Pero aquello no era normal. ¿Cómo podía durar tanto un día sin la persona que amas? Sí, ahora lo entendía. Pero tenía que dar gracias por cómo me sentía. Desde que empecé el nuevo tratamiento y la nueva dieta, me encontraba cada día un poquito mejor. Es más, hoy, por ejemplo, me sentía más fuerte que nunca y costaba trabajo creer que estaba enferma, que sufría de una enfermedad crónica mortal.

Cuando por fin llegó Jorge el sol ya se había ido a dormir hacía un buen

rato.

—Hola —fue todo lo que dijo cuando se acercó hasta mí. Estaba abatido, cansado. Y en su rostro se reflejaban la preocupación y el miedo.

—¿Cómo está? ¿Qué ha pasado? —tiró de mi brazo para sentarme junto a él en el sofá y respiró hondo.

—Ha sufrido un ictus y tiene medio cuerpo paralizado —se llevó las manos a la cabeza como queriendo arrancársela, las cogí llevándolas hasta mi regazo. No sabía muy bien qué hacer para hacer desaparecer ese reflejo de amargura en su rostro—. No sé por qué ha pasado esto, Silvia, estaba... estaba bien. Parecía feliz y tranquilo, según mi hermano.

—Pero se va a poner bien, ¿verdad? —de repente me miró y su determinación cambió.

—Silvia, quiero que hagas algo por mí.

—¡Claro! Haré lo que me pidas.

—Mañana por la mañana te trasladarás a casa de tus padres. Tu padre vendrá a recogerte, ya está todo hablado, les llamé hace unas horas —abrí los ojos de par en par, no esperaba que fuese eso precisamente lo que me pidiera—. Anabel se va contigo, ella se ocupará de tu medicación y de tu dieta como lo ha estado haciendo estos días y quiero que te centres en eso y en nada más, en cuidarte y en seguir poniéndote fuerte.

—Pero...

—Nada de peros, Silvia. Ahora mismo no puedo estar contigo, no puedo atenderte como quisiera y necesito tener la tranquilidad de que estás haciendo todo como yo quisiera que lo hicieras. Así que vas a ser una buena paciente y una buena novia y vas a hacer caso de tu doctor y del hombre que te ama, no sé si te has dado cuenta que ambos son la misma persona —sonrió. Una sonrisa forzada que no llegó a sus ojos, que sólo pretendía quitarle hierro al asunto y, claro está, que yo no me preocupase.

—Está bien, haré lo que tú digas.

—Gracias...

Y me abrazó. Y se permitió el lujo de derrumbarse durante unos diez minutos, en los cuáles yo no dije nada, solo correspondí a su abrazo con todo el amor que ya me embargaba por él. Nos fuimos a la cama, tenía que descansar un rato. Se tumbó junto a mí, ni siquiera se quitó la ropa, sólo estaría unas pocas horas y después se marcharía. Hubiera querido estar con él en todo momento, pero no podía permitirme ese lujo ahora. Estaba reponiéndome de una importante infección en las paredes de mi cerebro y no

podía echar por tierra todo lo que habíamos adelantado. Cuando desperté, me sentí sola. Muy sola. Mis padres me acogieron con ganas, me echaban de menos y estaban muy preocupados por mí y supe que mi madre se sentiría mucho mejor teniéndome a su lado para poder «cuidarme». Y aunque tenía los ánimos por el suelo, hice de tripas corazón para no dejarme vencer por la tristeza y la preocupación. Quería que cuando Jorge volviera, me encontrara, no igual, sino mejor de lo que me dejó. Me necesitaría y yo quería estar fuerte y decidida por él. Ahora tenía un propósito mayor que mi desgraciada suerte. Mi propósito tenía nombre y apellidos. Había decidido apostar por él con el corazón. Jorge Peralta, el amor de mi vida.

CAPÍTULO 17

LO QUE NUNCA TE PUDE DECIR

JORGE

«Vivamos y que pase lo que tenga que pasar».

Siempre me había considerado un hombre fuerte e independiente y, de hecho, todo el que me conocía opinaba igual que yo. Entonces, ¿qué me ocurría ahora? Estaba sentado en uno de los largos pasillos del hospital donde trabajaba mi colega y amigo Juan. Lo veía junto con otros colegas ir de aquí para allá, tomando decisiones. Veía a mi hermano hablando, preguntando, organizando con una entereza que yo no conseguía encontrar dentro de mí. Me sentía abatido, sin fuerzas y cabreado, muy cabreado. Me sorprendí pidiéndole explicaciones al Todopoderoso, reprochándole qué más me quedaría por perder en mi vida. Mi padre estaba en sus últimas horas, el ictus había sido bestial. Aunque claro está, no le di toda la información a Silvia. Se moría y yo no podía hacer nada. Tan solo unos días antes se veía tan bien que hasta lo aparté de mi lado pensando que no me necesitaría al cien por cien. Y ahora mi hermano me había pedido que decidiera cómo quería que fuese el funeral, si en casa o en la propia funeraria. Pero cómo iba a decidir eso. No podía...

—Jorge, amigo. ¿Estás bien? —no me di cuenta de que Juan se había sentado a mi lado.

—No.

—Ven, vamos a mi consulta, he pedido que nos traigan dos cafés.

Le seguí, cualquier cosa era mejor que estar allí sentado con los puños apretados y hablando incoherencias en voz baja.

—Entiendo cómo debes de sentirte, ninguno esperábamos que ocurriera esto. Yo le di el alta hace apenas unos días y me pregunto si fue una irresponsabilidad. Quizá si hubiese seguido aquí yo podría haber actuado...

—No digas tonterías, Juan. Como bien has dicho, nadie esperaba esto, y si le diste el alta fue porque lo viste bien. Recuerda que yo estuve de acuerdo contigo en esa decisión.

—Lo sé. Solo digo que quizá te sientas culpable y es normal, yo también lo siento, pero no sirve de nada buscar culpables en este momento.

—No me siento culpable. Siento... rabia. Es como si todo lo que quisiera se me fuera arrebatado en algún momento de mi vida. La pérdida de mi madre fue atroz para mí, y para él también. Nos dejó tan pronto... Y ahora él. Tengo que volver a pasar por esto, pero ahora es un poco peor porque no tendré con quién compartir el dolor.

—Tienes a tu hermano, él sentirá el mismo dolor que tú. Nadie te comprenderá mejor que él.

—Ambos sabemos que mi hermano y yo nunca hemos tenido una relación «de hermanos». Sé que está ahí y que, si me hiciera falta, acudiría sin más. Pero también sé que no tendremos más que un par de reuniones familiares al año y alguna llamada de vez en cuando, nada más.

—Bueno, también tienes al pesado de tu amigo Juan, al que, por cierto, últimamente tienes abandonado. ¿Y a tu, cómo se llamaba... Silvia? ¿Sigues viéndola?

—Sí...

—Entonces ahora también la tienes a ella.

—No lo entiendes, Juan. Es por eso precisamente que pienso que todo lo que llego a amar me es quitado de repente.

—Llevas razón, querido amigo, no lo entiendo. ¿Por qué no me lo explicas?

—Tiene sida —le solté a bocajarro. Hubo un silencio casi sepulcral.

—¿Silvia, la chica con la que has empezado a salir tiene sida?

—Tú lo has dicho.

—Vaya, pues ya es tener mala suerte, sí —Juan se retrepó en su sillón de

cuero negro y se llevó las manos a la parte de atrás de su cabeza mientras miraba al techo buscando, supuse, las palabras adecuadas para mí.

—No tienes que decir nada, amigo. Sé en lo que me estoy metiendo, créeme. Nadie mejor que yo lo puede saber. Sé que va a ser duro, difícil, pero también sé que no puedo hacer nada.

—Puedes. No te involucres a nivel personal, Jorge.

—Es demasiado tarde para eso, amigo. Te confesaré algo, estoy irrevocablemente enamorado de ella —Juan volvió a su posición normal en un segundo sin dejar de mirarme. Supe que pensaba que estaba loco por enamorarme de una paciente con una enfermedad crónica mortal.

—Jorge...

—Es ella, amigo. Es la chica de mi vida y sé que podemos llegar a tener una vida feliz. Bueno, hasta ayer pensaba que podía ser una vida larga y feliz, pero hoy ya no estoy tan seguro. Seguramente seré feliz durante un breve tiempo y después me la arrebatarán, como siempre. Como con todas las personas importantes de mi vida.

—No digas eso, no lo sabes. Como tú bien dices, nadie mejor que tú sabe a lo que se está enfrentando. Tienes pacientes que sufren la misma enfermedad y llevan una vida prácticamente normal y duran muchos años.

—Sí. Hasta que de repente se los lleva una simple neumonía porque sus pulmones se deterioran sin remedio alguno.

—Ese es uno de los motivos por el que te he dicho que no te involucres, pero supongo que ya no tiene remedio. ¿Me equivoco?

—En lo más mínimo.

Cinco horas después de tener esa conversación con Juan, mi padre espiró su último aliento. Fue en ese momento (yo estaba con él cuando ocurrió) que sentí de nuevo la fuerza que siempre me había caracterizado. Y varias horas después estaba todo organizado. Mi padre iba de camino a celebrar su funeral y yo quise acompañarlo en el coche. Estuve dándole vueltas a si debía de decírselo a Silvia. Decidí que me daba igual si después se enfadaba conmigo, ella no tenía que pasar por esto, ella debía de estar bien.

Fueron aproximadamente las veinticuatro horas más largas y pesadas de toda mi vida. En las que no quise hacer ninguna llamada a Silvia porque, estaba seguro, no iba a poder fingir que no pasaba nada malo. En más de un momento quise tenerla a mi lado, simplemente sentir su abrazo, su presencia. Me hubieran reconfortado y mucho, pero no podía hacerla pasar por esto. Me sentí muy solo. Mi hermano estaba ahí, ejerciendo de anfitrión en el funeral de

su padre, con una entereza digna de ser elogiada, y yo iba de un rincón de la sala a otro sin apenas hablar con nadie, evitando a los varios doctores que se presentaron para darle a mi padre su último adiós. Fue una ceremonia bonita, donde mi hermano dijo unas palabras estudiadas y premeditadas que hicieron ver a mi padre como el hombre y el doctor más generoso y aplicado del mundo. Y no fue hasta que terminó la ceremonia y mi padre fue enterrado junto a mi madre, que no me vine abajo y me dejé engullir por la oscuridad que me embargaba en esos momentos. Tres días con sus tres noches duró mi encierro en casa de mi padre. No hablé con nadie, ni siquiera con ella. No comí nada ni sentí nada. Solo miraba al vacío y, de vez en cuando, derramaba mi tristeza y frustración a través de mis ojos.

El tercer día desperté, no de un sueño, sino de mí mismo. Encendí el móvil que había apagado a propósito y tenía diez llamadas perdidas de Silvia. Hoy era sábado. Recordé que venían sus amigas. Respiré hondo, me duché, afeité y fui a casa de sus padres. Tocaba volver a la realidad, fingir que estaba bien, dar la noticia y... darlo todo. Por ella.

CAPÍTULO 18

CONFESIONES A DESTIEMPO

SILVIA

«Terribles son las suposiciones, por ellas sobrevaloras, sufres, lloras, temes y, la mayoría, son infundadas».

Mi antigua habitación en casa de mis padres tenía la mejor vista de toda la casa. La ventana estaba abierta, aunque no corría ni una pizca de aire. Estaba siendo un verano muy caloroso, rozábamos los cuarenta grados y, aunque llevaba puesto un vestido muy ligero de tirantes, sentía que en cualquier momento empezaría a arder. Miré de nuevo mi móvil, que descansaba encima de la mesita de noche. Nada. No sonaba el maldito tono de llamada. Lo cogí y volví a buscar su nombre, pero esta vez no pulsé la tecla de llamada. Sabía que algo malo estaba pasando, lo sentía.

—Silvia, cariño ¿Estás lista? —mi madre abrió la puerta del dormitorio—. Hija... ¿estás llorando? —se sentó a mi lado y limpió unas lágrimas que caían por mi cara y que yo no había notado.

—No pasa nada, mamá.

—La gente no llora por nada, Silvia. Cuéntamelo.

—Solo estoy preocupada por Jorge, le echo de menos. No es normal que no sepa nada de él desde hace cuatro días ya, que no haya llamado... Tengo un mal presentimiento.

—No te preocupes, hija. Jorge está bien, sólo necesita tiempo para estar con su padre. Él ahora tiene que estar al cien por cien con él. Entiéndelo, cariño.

—No, si lo entiendo. Sé que tiene que estar con él y todo eso, pero me resulta extraño que no haya llamado ni un solo día. No sé, antes de dormir, que no me haya devuelto ninguna de mis llamadas. Él no es así, esto es muy confuso.

—Tranquila, cariño, pronto sabrás de él. Te lo prometo. Y ahora vamos, ayúdame a terminar de preparar la habitación para Paula —asentí.

Como era una experta en aparcar malos pensamientos, me coloqué mi mejor máscara y me preparé para recibir a mi antigua amiga. Mi padre había ido a recogerla al aeropuerto y Alejandra llegaría al caer la tarde. Cuando la vi entrar detrás de mi padre, no pude resistir el tirarme a sus brazos y romper a llorar. Supongo que la máscara no la había colocado tan bien como yo

pensaba. Me correspondió al abrazo, aunque su cuerpo estaba tenso. Hacía mucho que no nos veíamos y nuestra relación había cambiado bastante. Era normal que se sorprendiera por mi manera de actuar, pero yo solo me había dejado llevar y me di cuenta de cuánto la había echado de menos, a ella, a su estridente risa, a su locura, a su coquetería, a sus terribles ganas de vivir la vida siempre al máximo.

—Paula, me alegro mucho de verte. Estás... preciosa, como siempre.

—Gracias. Tú también estás genial, Silvia. Y también me alegro mucho de verte.

Dejamos su pequeñísima maleta en la habitación y nos pusimos un poco al día de todo. Bueno, más bien fue ella la que me puso a mí al día, solo quería que me contara cómo era su vida allí en Málaga. Oírla hablar con ese entusiasmo que tanto le caracterizaba me inyectó un ánimo que andaba perdido en los últimos días. Me preguntó cuál era esa noticia que tenía que darles, pero escapé en ese momento diciéndole que prefería contarlo cuando estuviésemos las tres juntas. Miramos las fotos guardadas en una cajita de cuando íbamos al instituto y reímos hasta que nos dolió la barriga. Justo en el momento en que bajábamos para comer, sonó el timbre y corrí a abrir. Cuando le vi, quise desmayarme del alivio.

—¡Jorge! —y me enganché de su cuello aspirando su olor y sintiéndome de nuevo en casa.

—Hola, princesa. Te veo muy bien —sujetaba mi barbilla mientras me observaba intensamente—. Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti... Dime, ¿cómo está tu padre?

—Ya hablaremos más tarde, creo que hay alguien aquí que no conozco aún. Hola. Tú debes de ser Paula, yo soy Jorge, y estaba ansioso por conocerte. Silvia ha hablado mucho de ti.

—Hola, Jorge, encantada. Debo decir que yo no había oído hablar nada de ti —dijo mi amiga mirándome con cara de reproche y sonrisa pícaro.

—Bueno, quizá no soy tan irresistible para Silvia como yo creía.

Un rato después de las presentaciones, Jorge y Paula mantenían una fluida conversación sobre mis torpezas en la adolescencia. Paula hablaba sin parar y Jorge más bien escuchaba riendo y mirándome de vez en cuando. Y yo, bueno, yo no sabía dónde meterme. Mientras que Paula se daba una ducha y se cambiaba, Jorge y yo nos metimos en la cocina para ultimar los detalles de la cena. Mis padres habían tenido el detalle de irse el fin de semana fuera para que estuviésemos solas y pudiésemos hablar tranquilamente a sabiendas de la

conversación tan delicada que se iba a mantener esa noche. Jorge también le dio el fin de semana libre a Anabel y me confirmó que él también se quedaría a dormir conmigo. Al parecer, ya lo tenía hablado con mi madre, ahora sabía por qué ella me aseguró en la mañana que él estaba bien y que no tenía por qué preocuparme. Aun así, volví a preguntarle, esperando que esta vez no me diera otra evasiva. Volví a errar.

—Jorge... aún no me has dicho como está tu padre.

—Bien, no te preocupes. Este fin de semana es para ti y tus amigas, ya hablaremos de todo lo demás el lunes —evasiva al cuadrado. Lo intenté de otra forma.

—¿Por qué no me has devuelto las llamadas ni una sola vez? Estaba muy preocupada por ti —suspiró y dejó de remover la ensalada de canónigos con nueces y queso de cabra para cogerme por la cintura y darme un tierno beso en los labios.

—Perdóname, amor. Estaba muy ocupado, de aquí para allá, solucionando... cosas y tenía la tranquilidad de que estabas perfectamente bien aquí con tus padres. Tenía muchas ganas de hablar contigo, pero quería estar al cien por cien con él —en su mirada quería transmitirme que era cierto y que no me preocupara por nada, pero había en sus ojos un deje fuera de lo normal, uno que no había visto hasta entonces, y supe que ocultaba algo.

—Bien, lo entiendo —le besé de nuevo y me soltó para volver a concentrarse en la ensalada. Quise dejar el tema por el momento, ya me había dejado más que claro que hasta el lunes no hablaría más de él. Esperaría y me concentraría en lo que tenía preparado para este fin de semana. Contarles a mis amigas lo que me estaba ocurriendo.

La llegada de Alejandra fue como un soplo de aire fresco. Estaba más guapa y delgada desde la última vez que la vi. Hubo un momento en el que sentí que no había pasado el tiempo, que éramos tres amigas adolescentes que se reían sin parar hasta de su sombra, sin problemas, sin preocupaciones, solo tonterías que tardaban en dejar de preocuparnos lo que tardas en tomarte un café gigante en el *Starbuds*. Después de tomarnos una cerveza en la cocina, nos sentamos alrededor de la mesa para empezar a picar algo antes del plato fuerte. En ese momento, Jorge recibió una llamada al móvil que quiso contestar en otra habitación. Yo, desconfiando de lo bien que se encontraba, me puse en alerta, pero mis amigas no estaban por la labor de dejarme ejercer de novia espía.

—Te veo muy bien, Silvia, no parece que estés enferma. Oye, ¿acaso has

aprovechado el tener un novio doctor para que te firme una baja? No lo veo típico de ti, pero cuando te enamoras cambias, eso lo sabe hasta el apuntador. Ya sabes, te vuelves imbécil y esas cosas. ¿Crees que podrás convencerle para que me firme otra baja a mí? Digamos, ¿de un par de semanas? —mientras Alejandra me decía todas esas barbaridades sin sentido, no paraba de llevarse a la boca un canapé tras otro, como si no hubiese comido en días o como si tuviese ansiedad por hacerlo.

—No digas tonterías, Alejandra. Oye, ¿estás bien?

—Pues claro que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Quizá sea porque estás comiendo como una cerda.

—¡Paula!

—¿Qué? ¿Acaso no es verdad? Ha dejado incluso de utilizar los cubiertos porque con las manos va más rápido —Alejandra dejó de comer y agachó la cabeza tragándose lo que le quedaba en la boca. Paula y su manera de decir las cosas, pero ella también se había dado cuenta de ello. Aquí pasaba algo.

—Alejandra, cariño, puedes contarnos lo que sea. Lo sabes, verdad?

—Sólo tengo hambre, no he podido comer en todo el día, pero tranquilas que ya no comeré ni un bocado más.

—Puedes comer todo lo que quieras, no se trata de eso. Es sólo que te veo un poco nerviosa.

—Claro que estoy nerviosa o, más bien, preocupada por ti. Llevo preocupada varias semanas, pero parece ser que no te ocurre nada. ¡Que soy yo la que tiene un problema! ¿No? —se retiró de la mesa camino del cuarto de baño. Paula hizo el amago de levantarse para ir tras ella, pero la detuve.

—Déjala, está claro que algo ocurre, pero también está claro que no está preparada para compartirlo con nosotras —Paula asintió y se sirvió otra copa de vino. Suspiré. Varios minutos después de un silencio incómodo entre «mi amiga y yo» hizo por fin su aparición Jorge.

—Vaya, ¿qué me he perdido? Todo tiene una pinta buenísima. No sé vosotras, pero yo me muero de hambre.

—¿Veis? No soy la única que se muere de hambre —dijo Alejandra entrando en el salón de repente con los labios recién pintados y los ojos ligeramente rojos. Se sentó al lado de Jorge, que se había sentado en frente de mí—. Te daré un consejo, Jorge, come despacio y poquito si no quieres que las arpías de mis amigas te tachen de bulímico —acto seguido cogió otro canapé y mis sentidos se alertaron. Miré a Jorge intensamente a los ojos queriendo hablarle, que me entendiera. Frunció el ceño como poniendo todo el

interés de su parte para poder hacerlo. Mientras mis dos amigas habían cambiado radicalmente de tema, yo le suplicaba a Jorge con mis ojos que estuviera atento a las señales que pudieran indicar que mi amiga estaba sufriendo una terrible enfermedad como es la bulimia. Y como si estuviésemos conectados por algún hilo invisible, comenzó a observarla y a hacerle preguntas inocentes sobre su alimentación y su rutina diaria sin dejar de observar intensamente los rasgos de su cara.

Decidí que fuese el doctor el que hiciese el primer informe. Se me estaban acumulando los temas pendientes con mi novio y no tenía muy claro si mis nervios aguantarían mucho tiempo a raya. El resto de la cena fue un tanto más tranquila, más amena. Alejandra me estuvo poniendo al día sobre la revista, aunque más bien fue sobre el personal. Y Paula nos habló de las súper fiestas a las que asistía en Málaga. Jorge no estuvo mucho más hablador, quise creer que nos dejaba nuestro espacio. Él solo asentía y sonreía de vez en cuando con las ocurrencias de Paula, pero yo sabía que había un trasfondo más en todo aquello. Su sonrisa nunca llegaba hasta sus ojos, y estos no tenían ese brillo especial que tanto amaba ya. Y sin poder evitarlo llegó la hora de la verdad, aunque para eso estábamos allí, ¿no?

—Bueno, Silvia. ¿Me vas a contar ya el por qué me has hecho volar hasta aquí desde Málaga? —me tensé.

—Eso, Silvia, aún no nos has contado qué te ocurre —miré a Jorge y este asintió con la cabeza.

—Veréis, lo que tengo que contaros es algo un tanto difícil para mí, quiero que no os preocupéis y que tengáis conciencia de que esto no va a poder conmigo. Que Jorge me está ayudando muchísimo y que voy a poder llevar una vida lo más normal posible —ambas estaban serias, expectantes. Decidí soltarlo sin más—. Tengo sida.

Esperé sus reacciones. Alejandra se llevó ambas manos a la boca ahogando así un chillido y Paula tenía sus ojos fijos en mí, pero parecía que no veía nada. Al cabo de lo que me pareció toda una eternidad, alguien reaccionó por fin.

—¿Desde cuándo tienes sida? —fue Paula la que hizo la pregunta con una voz que había sonado más como la de un robot.

—Bueno, hace pocas semanas que la enfermedad se desarrolló, pero me contagiaron hace algunos años ya. Claro que yo no sabía nada hasta hace poco tiempo —esa era suficiente información como para que ambas enlazaran y entendieran cómo fue que me infecté.

Paula se levantó soltando un «tengo que ir al baño» y salió del salón con la cabeza agachada y los brazos sujetando su estómago. Alejandra también se levantó, pero para sentarse junto a mí y abrazarme.

—Oh, Silvia, no sabes cuánto lo siento. ¿Quieres decir que... fue él quien...? —no podía acabar la frase y yo no se lo permití, sólo asentí con la cabeza y eso era suficiente. Empezó a sollozar en mi hombro mientras acariciaba mi espalda una y otra vez sin parar de repetir cuánto lo sentía. Me estaba costando un trabajo enorme mantener mis lágrimas a raya, no desmoronarme porque no podía, porque no me lo permitiría y porque quería que sintieran lo que yo había empezado a sentir, que todo saldría bien. Creía cada palabra que me había dicho Jorge con toda mi alma. Podría llevar una buena y larga vida conviviendo con la enfermedad, sólo tenía que cuidarme un poco o mucho más, pero junto a él lo conseguiría.

Alejandra me abandonó para volver a sentarse al lado de Jorge. Tenía mil preguntas que hacerle sobre la enfermedad y sobre qué tenía que hacer para que todo fuese a mejor. Jorge empezó a instruirla muy pacientemente. Yo les escuchaba a ambos sin oír nada. Ahora mi mente estaba donde fuera que estuviera Paula, así que decidí ir a hablar con ella. Estaba metida en la habitación que le habíamos preparado para el fin de semana. Abrí la puerta. No estaba cerrada del todo, estaba parada junto a la ventana.

—Paula. ¿Estás bien?

—Todo es culpa mía, Silvia —me acerqué hasta ella y la abracé por detrás. Se deshizo de un solo gesto de mi abrazo. Estaba llorando en silencio.

—¿Pero, qué dices? Eso no es verdad, tú no tienes la culpa de que aquel infeliz me violara, ni tampoco tienes la culpa de que la enfermedad se haya desarrollado, Paula, no seas imbécil.

—Te equivocas —se volvió lentamente hacia mí. Su mirada me provocó un escalofrío.

—¿Qué quieres decir con que me equivoco?

—Yo lo sabía, Silvia, era conocedora de ello. Lo he sabido siempre...

—¿Qué?... —en ese momento el mundo entero se cayó a mis pies. No entendía muy bien qué intentaba decirme, pero mi cuerpo retrocedió un paso como queriendo alejarme de ella o de lo que tuviese que confesarme.

—Jonás me lo contó. Me dijo que su amigo Víctor tenía sida, que estaba en una fase avanzada y que habían hecho ese viaje por él, para que pudiese vivir todas las experiencias posibles antes de que... fuese demasiado tarde.

—¿Por qué no me lo contaste en cuanto supiste que me había violado?! ¡Es

más!, ¿por qué no me lo contaste en cuanto él te lo dijo, antes de que incluso pasase aquello?! —tenía los puños apretados y sentía como la sangre hervía por todo mi cuerpo. No podía creer lo que «mi amiga» acababa de confesarme.

—Porque soy una puta cobarde y porque tenía la esperanza de que esto no llegase a más.

—¿En serio? ¿Esas son tus excusas para no haberme contado algo tan tremendamente importante, Paula? —dentro de mi rabia, de mi ira, escuché cómo se acercaban Jorge y Alejandra a grandes pasos hasta la habitación donde nos encontrábamos, pero en ese momento me daba igual quién presenciara la conversación. Ya podía ser el Papa, yo iba a decirle a mi queridísima «amiga del alma» lo que pensaba de ella tras su confesión.

—¡Era una cría, Silvia! ¡Una maldita y estúpida cría de apenas dieciocho años recién cumplidos que sólo pensaba en ser la más sexi de las tres y en pasarlo lo mejor que pudiera durante mi primer viaje, entiéndelo!

—No, Paula. No puedo entenderlo porque dejamos de ser crías hace mucho tiempo ya, concretamente ¡diez putos años! En los que no has tenido la ocurrencia de contarme nada. No te excuses diciendo que eras una cría porque para lo que querías no lo eras, ¿verdad? —Jorge se acercó a mí y me cogió por los hombros pidiéndome que me calmara, Me volví hacia él deshaciéndome de su abrazo—. ¡Estoy calmada, Jorge! ¡Y tú no te metas en esto! Esto es entre mi gran amiga y yo —volví de nuevo a dirigirme a Paula. Sentía como una gran bola de fuego hervía dentro de mi estómago y avanzaba devorándome por dentro. El corazón me latía tan fuerte que temí incluso sufrir un infarto—. Dime, Paula, ¿esa ha sido la razón por la que te apartaste de mí, verdad? —asintió. Solté una risa sarcástica—. Llevo años preguntándome qué pude hacer para que ya no te sintiera cerca, qué pude hacer para alejarte de mí, qué hice que te molestase tanto para que dejase de ser tu mejor amiga, pero nunca encontré la respuesta. Claro que era imposible encontrarla porque no fui yo la que te hizo algo. ¡Fuiste tú la que me ocultaste algo tan grave! ¿Para qué? ¿Por qué se lo prometiste a un tío al que acababas de conocer?

—Por supuesto que no fue por eso, yo...

—¡Cállate! Entiende que tus palabras, tus tristes excusas, para mí ya no valen nada.

Y salí de la habitación para encerrarme en el cuarto de baño y poder derramar toda la rabia que sentía en ese momento contra ella sin tener ningún espectador cerca.

No sé el tiempo que pasé intentando calmarme. Al principio oí cómo hablaban entre ellos, pero después dejé de oír nada. Salí muy despacio intentando escuchar algo. Dónde estaban, por ejemplo. Pero parecía que se hubiesen ido todos. Entré en el gran salón y allí estaban. Jorge mirando por la ventana sujetando su barbilla como cuando estaba preocupado por algo y Alejandra y Paula sentadas en el sofá sujetándose la una a la otra. Los tres levantaron la mirada hacia mí de golpe. Jorge no tardó en venir a mi lado.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele la cabeza? —se cuidó mucho de no volver a tocarme.

—No —mentí. Suspiré profundamente antes de hablar—. Jorge, será mejor que lleves a Paula a algún hotel, no la quiero en mi casa —juro que mis palabras me dolieron más a mí que probablemente a ella. En realidad, no entendía por qué reaccionaba de esa manera que, por otro lado, era de lo más normal, basándonos en las circunstancias. Pero yo no era así. Nunca había tenido esa malicia, pero algo dentro de mí hablaba por las dos.

—Silvia, creo que deberíamos sentarnos y hablar tranquilamente, ponernos en el lugar del otro. Esto hay que arreglarlo, amor —mi semblante era el mismo que el de algún malo malísimo de una película de *Marvel*.

—Para mí está todo muy claro, no tengo nada que hablar y mucho menos que arreglar.

—Está bien, Jorge, entiendo que tenga que irme —Paula se levantó del sofá con los ojos enrojecidos de tanto llorar. Me miró y, por unos instantes, le sostuve la mirada con ojos fríos. Los de ella eran de una ternura y un arrepentimiento increíble—. Lo siento mucho, Silvia... No sabes cuánto lo siento. Si pudiera cambiarme por ti, juro que lo haría sin pensarlo.

Fue a recoger sus cosas a la habitación. Alejandra se la llevó con ella a su piso. Yo no quise hablar con nadie más, ni siquiera con Jorge. Le pedí que me dejara sola esa noche. Aceptó a medias. Me dejó sola en la habitación, pero él durmió en la de al lado.

Tristeza.

Llanto.

Frustración.

Llanto.

Ira.

Más llanto.

Dolor.

Y después, nada.

CAPÍTULO 19

COBARDE

JORGE

«Los recuerdos son como perros abandonados, vagabundos, nos rodean, nos miran, jadean, aúllan alzando la vista a la luna. Querrías ahuyentarlos, pero no se marchan. Te lamen ávidamente la mano y, cuando les das la espalda, te muerden».

No había pegado ojo en toda la noche. Bueno, ya iban unas cuantas. No solo estaba preocupado por Silvia, por cómo estaba encajando todo esto. Era muy conocedor de que estos episodios no le venían nada bien y temía que lo avanzado no hubiera servido para nada. Pero era algo más, también estaba ansioso. La confesión de Paula y la pelea que tuvieron ambas me trajo recuerdos...

«A veces, es mejor ocultar la verdad, transformarla, para que otras personas, las que quieres, no sufran». Jamás estuve de acuerdo con esas palabras salidas de la boca de mi madre cuando supimos la devastadora noticia. Ella lo supo mucho antes que nosotros, pero nos mintió. Nos lo ocultó pensando que eso siempre había sido lo mejor, pero yo nunca lo entendí ni lo apoyé. Recuerdo haberme enfadado mucho con ella cuando lo supe, recuerdo las palabras dolorosas que le solté a la cara y que ella jamás me tuvo en cuenta. Recuerdo perfectamente mi reacción y entendía a Silvia perfectamente por ello, pero si yo volviese atrás, hubiese cambiado esa parte. Me había perdido muchos momentos. El tiempo es algo que no se puede volver a recuperar y no quería que ella se arrepintiera un día de todo esto, no quería que ella sufriera como yo lo hice. Preparé el desayuno y toqué a la puerta de su dormitorio, ya no podía dejar pasar ni un segundo más sin verla, sin saber cómo se encontraba.

—¿Silvia?... —(silencio)—. Amor, te traigo el desayuno. Sabes que tienes que comer algo y tomar tus pastillas. ¿Puedo pasar, por favor?

Tardó un par de minutos en los que no insistí. Cuando abrió la puerta y la vi me quedé sin palabras.

—Desayunaré en el jardín, me apetece estar al aire libre. Acompáñame, por favor.

Esperaba ver a una Silvia rota de dolor y con cara de no haber dormido nada en toda la noche: ojos enrojecidos y todo lo peor. Pero no, me equivoqué.

Lo que vi era mucho, mucho peor de lo que esperaba. Se había duchado y arreglado. Su pelo estaba recogido en una cola alta, maquillada perfectamente, más incluso de lo que la había llegado a ver en cualquier ocasión. Un vestido de color lavanda se pegaba a su cuerpo resaltando sus curvas y unas sandalias de tacón hacían que se viera más estilizada si cabía. Cuando pasó por mi lado sin apenas mirarme con pasos decididos, me inundó el olor a un perfume exquisito. La seguí con la bandeja en las manos y sin saber qué decir.

—Lamento mucho el episodio que tuviste que vivir anoche —la observé atentamente mientras hablaba y se tomaba un zumo de naranja. Parecía otra persona. Estaba preciosa, sí, pero su mirada era tan fría, tan vacía que me dio un miedo horrible.

—No te disculpes amor, entiendo tu reacción y...

—Jorge, esto ha ido demasiado lejos —y ahí estaba, la razón de mi miedo.

—Qué quieres decir...

—Me refiero a lo nuestro.

Me levanté con los puños apretados, era como si supiera cuales iban a ser sus siguientes palabras. Me sentí como un niño indefenso al que le quitan lo que más quiere de las manos y no puede hacer nada por impedirlo.

—Silvia, sé que esto ha sido un tremendo golpe para ti y que, aunque quieras hacerte la fuerte, sé que por dentro estás hecha polvo y sé... —volvió a interrumpirme de nuevo.

—Estoy perfectamente bien, aunque no lo creas. Mi amiga me ha confesado algo que sí debió de haber hecho antes, pero no hubiese cambiado el hecho de que tengo una enfermedad crónica mortal. Así que su revelación no ha cambiado el curso de las cosas. Esto no tiene nada que ver con lo que pasó anoche, eso quiero que lo tengas muy claro antes de seguir hablando. ¿Lo entiendes?

—Sí... —no tenía palabras, no salía nada de dentro de mí y me dejé matar por completo.

—Bien. Lo que quiero decir es que no estaba en mis planes tener una relación y mucho menos después de lo que sé. Quiero centrarme en mí y solo en mí, no tengo tiempo para estar con nadie ahora —esperó un momento, mirándome con esos ojos alquilados de la noche a la mañana, esperando las palabras que yo no iba a pronunciar—. Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí, pero no quiero sentirme en deuda contigo. No si la deuda a pagar es tener que salir juntos. No quiero salir con nadie, así que será mejor que me busque otro médico y que nos digamos adiós antes de que esto llegue

más lejos y nos hagamos daño más adelante.

Quise soltar una risa sarcástica. ¿Antes de que esto llegue más lejos? Estoy irrevocablemente enamorado de ti, quise decirle. Pero volví a callarme. Solo la miraba directamente a los ojos, buscándola. Pero no la encontré.

—Jorge. Lo siento. Será mejor que te marches.

—Cobarde.

Fue todo lo que dije antes de volverme sin mirar atrás y salir por la puerta. Ni siquiera lo pensé, lo dijo mi corazón, porque sabía perfectamente que todo era una mentira. Ella había tomado la decisión por los dos, la que creía que era la más sencilla o la menos complicada, pero yo sabía que esta decisión sería la más difícil. No solo para mí, sino también para ella.

Eligió lo fácil, no luchar.

Lo eligió ella, pero no yo.

Cuando estuve sentado en mi coche con las manos al volante fue cuando salieron las palabras olvidadas de mi boca.

—Abrazarte y notar tu corazón. Solo eso. Todo eso.

CAPÍTULO 20

SOBREVIVIENDO

SILVIA

«A veces, uno sabe que se va a estrellar y acelera».

Tardé en derrumbarme lo que tardó el coche de Jorge en salir del perímetro de la urbanización de la casa de mis padres. Nadie sabría nunca lo que me costó llevar a cabo la decisión tomada. Ni siquiera yo misma. No tenía ni la más remota idea del precio que tendría que pagar por haber echado de mi lado al que yo intuía era el amor de mi vida. Pero me sentía tan mal. La revelación de Paula había causado estragos en mi interior. La sensación que tenía era como si hubiera un antes y un después desde que supe la verdad. Quiero decir entre la Silvia de antes y la Silvia de ahora. La de antes, la que no veía la maldad en nada y en nadie, la que siempre ponía la otra mejilla, la que pensaba que todas las personas de su entorno eran «de fiar». La de ahora, la que ya no creía en nada, la que se sentía utilizada y engañada, la que no iba a permitir que nadie nunca más le hiciera daño y la que, habiendo probado el amargo sabor de la traición, no permitiría que nadie volviese a beber de ese maldito elixir si de ella dependiera.

No. Jorge no se merecía vivir esta parte de mi vida. Es más, él no merecía vivir una vida por más corta o larga que fuera junto a mí. Él merecía más, mucho más que a una mujer infectada por cometer el mayor error de su vida. Él lo merecía todo, por entero y no a medias. Mientras divagaba lo había visto tan claro. ¿Quién era yo para poner toda su vida patas arriba? Tendría que vivir una relación limitada a mi lado y ya no sólo por mi enfermedad, también tendría que soportarme, mentalmente hablando. Era inestable y además ahora me sentía mala persona. Como si un demonio se estuviera gestando dentro de mí. Y llegado el momento lo pariría sólo para arrasar con todo cuanto pudiera alcanzar. Y no, él no lo merecía. Y yo tenía que hacerme la fuerte y la indiferente para echarlo de mi vida, aunque lo correcto sería decir «para salir yo de la suya».

Por lo visto, y aunque no tenía ni idea de mis dotes de interpretación, lo hice bastante bien. Y eso no alivió la desazón que me provocó ver que apenas puso ningún impedimento para irse. Me creyó con tanta facilidad. Me dolió más de lo que yo esperaba...

Vomitó el zumo de naranja que había tomado minutos antes, cuando

aparentaba que estaba perfectamente bien y me deshice del maquillaje. En definitiva, del disfraz tan bien confeccionado durante las últimas cinco horas. Volví a meterme en la ducha. Era como una costumbre ya desde hacía más de diez años, cuando sabía que no podría contener las lágrimas o cuando sentía esa necesidad de derramar por mis ojos cualquier tipo de pena, ira o emoción, lo hacía allí, entremezclándolas con el agua del grifo. Y recordé unas palabras de mi sabia madre: «Si tienes decisiones importantes que tomar, toma la que te haga feliz y no la que te haga estar más cómoda, así nunca te arrepentirás de la decisión tomada». Había hecho todo lo contrario, no tenía mucha idea de lo que mi decisión conllevaba, pero de lo que sí estaba segura era de que feliz no era la palabra que me definía, ni que me definiría nunca ya.

Tres horas después, escuché la puerta de la entrada y me levanté de un salto para ver qué pasaba. Eran mis padres... Lo que menos me apetecía en ese momento era hablar con ellos. Bueno, ni con ellos ni con nadie. Había estado ignorando las últimas dos horas las tres llamadas de Alejandra y pensaba seguir así el resto del fin de semana, pero, por lo visto, Jorge decidió que eso no era lo mejor para mí. Sí, los había llamado y les había contado todo pidiéndoles que no me dejaran sola y que cuidaran de mí. Quise volver a ponerme el disfraz para fingir que estaba mejor que nunca, pero a ella no pude engañarla, no esta vez. Y de repente, me encontré arrebujada entre sus brazos como cuando era una niña pequeña, llorando desconsoladamente y dejándome cuidar.

Y lo agradecí. Ella no decía nada, solo me acariciaba el pelo, me besaba en la frente y me abrazaba fuerte como si supiera que todo eso era justo lo que necesitaba.

Durante cuarenta y ocho largas horas, sólo dormité, lloré y me abandoné refugiándome en los brazos de la mujer que me dio la vida. No se separó de mí ni un instante y me ayudó a superar las dos noches más devastadoras de mi vida. Pero todo tiene un límite para una madre, ¿no?

—¡Basta!

—¿Qué? —mi madre había abandonado mi cuerpo sin darme cuenta y abrió las cortinas de mi habitación en un solo gesto.

—He dicho que ya basta, Silvia. Han pasado con creces suficientes horas para dejarte morir. Ahora ya hay que acarrear con la decisión tomada y volver a coger las riendas de tu vida.

—Mamá. no me apetece hacer nada, por favor... —me volví para el otro lado de la cama tapándome la cabeza con la almohada.

—Tienes dos opciones —dijo mientras me quitaba la almohada de encima y la tiraba a un lado. Me incorporé sentándome con los brazos cruzados como una niña enfadada y ella se sentó en los pies de la cama—. Te vuelvo a repetir, o acarreas con la decisión tomada o arreglas lo que has roto, pero algo tienes que hacer. Mira hija, no sé exactamente qué es lo que te ha llevado a echar a Jorge de tu vida. Si crees que es lo mejor para ti, bien, te apoyaré. Pero si crees que te has equivocado, ya estás remediándolo. Ese hombre debe de estar hecho polvo. Eso, por un lado, y por otro, debes hablar con Paula y arreglar también esto.

Me levanté de la cama sin decir ni una sola palabra y me metí en la ducha, pero mi madre no estaba por la labor de dejarme en paz y yo no quería hablar de ello, porque ¿qué iba a decirle? Sí, mamá, estoy hecha polvo porque no quiero perder a Jorge, pero es lo mejor para él. Sabía perfectamente cuál iba a ser su contestación, pero es que ella no lo entendería. Lo quería y, a veces, lo mejor que puedes hacer por alguien a quien realmente amas es apartarte de su lado para que pueda ser feliz con alguien verdaderamente merecedor de su amor.

—Silvia, ¿me has oído?

—Sí, mamá, claro que te he oído. ¿Qué te ha contado Jorge? —me planté frente a ella mientras enroscaba una toalla alrededor de mi cuerpo.

—Todo, cariño. Tu discusión con Paula, el porqué de esa discusión, tu fría y calculadora reacción la mañana que decidiste cortar con él... Está muy preocupado, Silvia. Él sabe que todo eso que dijiste y todo lo que vio en ti era una mentira. Tú no eres así y eso es preocupante, hija. Tenemos miedo de que tus reacciones sean incorrectas. Sé que estás dolida con tu amiga y que ha sido un palo el saber que te había mentido y ocultado algo tan grave durante tanto tiempo, pero así no se arreglan las cosas. No puedes echar de tu lado a la gente que te quiere solo por el hecho de que sientas que alguien importante para ti te ha fallado.

—Tú no lo entiendes, mamá. No tienes ni idea de cómo me siento —notaba mi voz dura, cómo iba resurgiendo de nuevo esa Silvia que habitaba dentro de mí y que conocí apenas hacía unas horas.

—Claro que lo entiendo, cariño. ¿Acaso crees que en toda mi vida no ha habido nadie que me fallara? ¿Qué me hiciera daño? Pues claro que sí, pero a diferencia de ti, tengo muchos más años y por lo tanto más experiencia y, basándome en eso, me quiero permitir el lujo de darte un consejo. Si alguien te hace daño, con mala idea y a propósito, échalo de tu vida lo más rápido

posible y no vuelvas a mirar hacia esa dirección nunca más, pero, en cambio, si quien te ha hecho daño es alguien a quien quieres, alguien que no lo ha hecho deliberadamente, sino porque pensó que era lo mejor para ti, aunque estuviera equivocado, dale otra oportunidad. Arregla las cosas, porque te prometo, hija, que, si no lo haces, te arrepentirás el resto de tu vida. ¿Sabes? La falta de coraje causa pérdida de momentos increíbles.

—Voy a vestirme, mamá. Bajaré a comer algo, ¿vale?

—Cariño, sé que terminarás por hacer lo correcto, pero quiero darte, si me lo permites, un consejo más —asentí. De todas formas iba a hacerlo—. Paso por paso, Silvia. Arregla una cosa y luego la otra. Y me refiero a que arregles las cosas con Paula y después con Jorge y no al revés. Te quiere, Silvia, y no es un amor cualquiera. Tanto tu padre como yo lo hemos visto. En todo. En cómo te mira, cómo te habla, cómo te trata. Es un buen hombre, hija, y está sufriendo mucho. No lo hagas tú sufrir más porque, créeme, lo que menos necesita ahora ese muchacho es estar calentándose la cabeza con los vaivenes de su novia. Él te necesita (aunque tú no lo sepas) más que nunca. Así que arréglalo, pero cuando estés bien. Cuando puedas estar a su lado para apoyarlo y no para volverlo loco —me extrañaron sus palabras sobremanera. No entendía por qué me decía esas cosas, pero volví a asentir—. Te quiero, cariño.

Y salió de la habitación a sabiendas de que en ese momento era lo mejor. Ella sabía que todas las palabras que me acababa de soltar tenían que ser digeridas poco a poco. Sabía que me habían llegado, me habían tocado y que, probablemente, pensaría durante el resto del día en ellas. Y acertó. Tardé cinco minutos en tomar una decisión que me sorprendió, pero que me hizo sentir fuerte. Llamé a Alejandra.

—¡Silvia! Me tenías muy preocupada ¿Cómo... estás?

—Alejandra, tengo que hablar con Paula. ¿Me acompañarías a Málaga en una visita exprés?

—Claro que sí, pero no hace falta que hagas eso.

—Sí. Lo necesito y...

—¡No! Lo digo porque ella sigue aquí, en Barcelona —abrí los ojos desmesuradamente. ¿Cuánto tiempo había pasado? Juraría que más de dos días.

—¿Cómo que sigue aquí? ¿No debería de estar trabajando?

—Sí. Pero no podía. Está súper mal, Silvia. Llamó al trabajo y lo arregló todo. Le han dado unos días de vacaciones y está en mi casa. Así que, ¿tarde

de chicas?

—Sí. Tarde de chicas.

Respiré profundamente, sintiendo un pequeño alivio en mi estómago y en mi corazón que me hizo entender que mi madre llevaba razón. Dejar las cosas así era un error. Hablarlas, se arreglar o no, me harían sentir mejor. O eso esperaba...

«Tu situación actual no define tu destino final». Me dije a mí misma, en un intento de infundirme un poquito más de fuerza y una pizca de confianza.

CAPÍTULO 21

ÁMATE, TE LO DEBES

SILVIA

«Amar es que te abriguen, no importa de qué: del frío, de los miedos, de las dudas, de alguna tormenta y, a veces, hasta de ti mismo».

Fue mi padre el que me acercó a casa de Alejandra. Solo dijo unas pobres palabras, pero impactaron dentro de mí como si me hubiesen abierto los ojos de par en par. Era una buena definición de lo que era amar...

El panorama era angustioso. Tres ¿amigas? Aún no sabía definirnos en ese momento. Sentadas alrededor de una pequeña mesa baja de mimbre con una coca cola y un bol lleno de ositos de goma comestibles frente a nosotras y sin decir ni una sola palabra. Miré a Paula deliberadamente. Mi interior fue a hablar, a arreglar, como había dicho mi madre momentos antes, lo roto. Pero mi exterior seguía en pie de guerra, yo lo sentía. Mis facciones eran duras y mi mirada la sentía fría, como si no fuese yo misma. Se sintió observada y levantó su cabeza gacha por fin para devolverme la mirada. Lo que vi me partió en dos, me dolió de una forma inimaginable. En sus ojos había tanta tristeza y arrepentimiento. También dolor, mucho dolor. Su gesto era como de cansancio, como si le pesara la vida, y comprendí que en esos momentos era así. Comprendí que si de ella dependiera cambiar algo, se cambiaría por mí sin pensarlo ni un solo segundo. Noté como mi gesto cambió completamente, relajándose, rindiéndose. Me sentí culpable por ser la causa de su inmenso dolor y darme cuenta de la carga que había llevado durante tantos años oculta dentro de sí.

—¡Paula...! —mi cuerpo cobró vida propia y se levantó directo a abrazarla como queriendo borrar esa pena de su rostro.

—Silvia, lo siento tanto... Yo te juro que jamás quise hacerte daño...

—No. Soy ya la que siente no haberte dejado explicarme el porqué de tu decisión. Siento haberme puesto como una energúmena sin pararme a pensar que tú jamás harías algo deliberadamente y que tendrías tus propias razones...

—se deshizo de mi abrazo y me miró con la cara inundada de lágrimas.

—Silvia, sé que no tengo excusa. Necesito contarte lo que tengo dentro, por favor —asentí y nos sentamos en el pequeño sofá de mimbre a juego con la mesa de la pequeña terraza del ático de Alejandra. No soltó mi mano y la dejé hablar sin interrumpirla hasta el final.

—Silvia, yo no me enteré que tenía sida hasta un día después de lo que... ya sabes, de lo que pasó contigo... No sé si recordarás que, aunque hubiésemos estado todo el día siguiente sin salir de la habitación tumbadas junto a ti, llorando y maquinando cómo hacer para que tus padres no se enterasen, yo salí un rato esa noche —me encogí de hombros. De esos días no recordaba mucho—. Bien, pues fui a reunirme con Jonás y, bueno, no le conté, por supuesto, lo que te había hecho el desgraciado de su amigo, pero sí quise sacarle algo de información sobre él. Había decidido ir a partirle la cara por mi cuenta. Entonces fue cuando me contó lo de su enfermedad. Que habían hecho ese viaje por él porque estaba mal y quería vivir todas las experiencias que pudiera. Habían confeccionado como una especie de lista y en ella se incluía ese viaje a Ibiza. Le pregunté cómo era como persona y me dijo que era un buen tío, pero que últimamente estaba muy cambiado, como si no le importara en absoluto su suerte. Como si hubiese decidido que no tenía razones para luchar o algo así. Me contó que ni siquiera se estaba tomando su medicación —abrí mucho los ojos. No era posible. ¿Cómo alguien tan joven decide no luchar por su persona y dejarse morir?—. En fin, resumiéndote, no te voy a negar que me tocó un poco la fibra, pero tenía que pagar por lo que hizo de alguna manera. Obtuve toda la información que me hacía falta: su nombre completo, su dirección y hasta su número de teléfono. Ya sabes, los tíos no son tachados de cotillas, pero lo son. Solo tienes que tontear un poco con ellos y tirarles de la lengua. Lo cuentan absolutamente todo, tienen un sentido de la amistad digamos que un poco absurdo —sonreí—. No sé si sabes que se marchó esa misma mañana —negué con la cabeza. Cómo iba a saberlo, ni me importaba—. Pues se fue, esa era la razón por la que tuve que sacarle a Jonás la información. Si no me hubiese ocupado ese mismo día de él, aunque me hubieran echado a patadas del hotel. Tuve que esperar tres largos meses hasta que pude llevar a cabo «mi venganza personal» —ahí me había perdido del todo. ¿Ella fue a buscarle? Sentí una opresión en el pecho y noté como mi respiración se volvía irregular. No le pasó desapercibido y me apretó más la mano adivinando mi preocupación—. Sí, Silvia, fui a buscarle. A Madrid, concretamente. ¿Recuerdas los tres días que me fui a casa de mi abuela justo después de Navidad? —era cierto. Recordaba esos días. Apenas nos dio explicaciones, solo nos prometió estar de vuelta a tiempo para la fiesta de fin de año—. Pues no fue precisamente a ver a mi abuela donde fui. Lo busqué y lo encontré. Le dije todo lo que tenía que decirle, solté toda la rabia que tenía dentro y después me marché —se quedó callada haciendo que mis nervios se

dispararan como jamás antes lo habían hecho.

—¿¡Y!? Paula, ¿no puedes contarme esto y resumirlo de esa manera! ¿Qué te dijo el desgraciado? ¡Habla, por el amor de Dios!

—Nada...

—¿Cómo que nada, Paula? No entiendo.

—No podía decirme nada, Silvia. Cuando fui hacía exactamente dos semanas que había muerto —de repente, toda la habitación empezó a dar vueltas. De todo lo que esperaba oír, aquello era sin duda lo que nunca hubiera imaginado.

—Muerto... —fue más una afirmación para mí misma que una pregunta para Paula.

—Sí... Como bien me había contado Jonás, él lo estaba buscando desde que se enteró de su enfermedad. Llamé a su amigo justo después de visitar su tumba y nos vimos un rato. Vivían cerca el uno del otro. Él me lo contó todo, cómo se había abandonado completamente después del viaje y lo poco que tardó en deteriorarse. Me dijo que tuvo un paro cardíaco a continuación de una grave neumonía, o algo así quiero recordar. Y bueno, jamás pensé en la remota posibilidad de que te pudiera haber contagiado, te lo juro, Silvia. Estuve pendiente durante unos meses, pero aparte de lo mal que habías estado los dos primeros meses, después estabas bien, físicamente hablando quiero decir. Y pensé que no tenías por qué conocer esa parte de la historia, que bastante habías tenido ya con todo lo que pasó y que no tenía por qué meterte en la cabeza más mierda. Y lo siento, no sabes cuánto, de verdad. Haber tomado esa decisión que en realidad no me pertenecía. Tú debías de haber sido conocedora de todo. Con todo esto que te estoy contando, no quiero que sientas que te estoy echando la culpa. Hubo una ocasión en que intenté contártelo. Fue como un año más o menos después, empecé hablando de aquel día para contártelo todo, pero tú, bueno... quizá no te dabas cuenta, pero no podíamos hablar absolutamente nada sobre aquel viaje. Incluso recuerdo que subí una de las fotos a no sé qué red social y me llamaste diciéndome que la quitase de inmediato y que las borrara. ¿Recuerdas? —negué con la cabeza. Solo quería olvidar aquel viaje y todo lo que pasó—. Silvia, no quiero excusarme con nada, no tengo excusa y lo sé. Lo sé desde hace mucho, ese es uno de los motivos por el cual no he podido volver a sentirme merecedora de tu amistad, desde entonces. Dejé pasar el tiempo, y cuanto más tiempo pasaba sentía que más te traicionaba... Lo siento y, sobre todo, siento que no sea yo la que esté en tu lugar porque te juro que si pudiera estarlo lo estaría.

Eso ya lo sé, quise decirle. Fue justo lo que había pensado, pero no se lo dije, solo asentí y solté su mano para darle un trago a mi bebida. Notaba la boca seca, toda esa información había sido demasiado para mí. Ella había ido a buscarle para saldar cuentas, sola, por su cuenta, como lo hacen las buenas amigas. No, ella no era una mala amiga, solo tenía miedo, era joven y después no supo cómo contármelo y, por supuesto, de lo que menos culpa tenía era de que me hubiera infectado. No había culpables, solo pasó porque tenía que pasar.

—Silvia, dime algo, por favor...

—Paula, entiendo por qué no me lo contaste. Eso no quiere decir que lo apruebe, pero lo entiendo y te agradezco que hayas querido protegerme y defenderme. Tú no tienes la culpa de lo que me ha pasado y yo tampoco dejaría que tú te pusieras en mi lugar, sería un desperdicio que este mundo perdiera a una tía como tú —sonreí con la proposición de hacerla a ella sonreír también, pero no fue así. La hice llorar y nos abrazamos, ambas temblando.

—Silvia, no voy a dejar que esto te venza. Voy a estar a tu lado, te lo juro. Vamos a superar esto. Juntas —volví a asentir reprimiendo de nuevo las lágrimas—. Y a todo esto, ¿dónde está Alejandra? —hasta que Paula no lo dijo no me había dado cuenta de que nos había dejado solas.

—No lo sé. ¡Alejandra, ya puedes salir, hemos hecho las paces! —grité para romper un poco la tensión.

—¿Sí!? —salió a la terraza enseguida. Seguro que la muy cotilla había estado justo al lado oyéndolo todo. Al menos eso indicaban los restos de lágrimas que quedaban en sus mejillas—. Chicas, no sabéis cómo me alegro. Me teníais tan preocupada... Os quiero mucho a las dos —dijo abrazándonos a ambas.

Fue placentero sentir como una parte de mi corazón se había liberado de un peso enorme. Me sentí más ligera, más yo misma. Pero... tenía el mayor peso aplastando gran parte de él y, dentro de esa liberación y esa alegría, la sombra de mi decisión les reveló lo que había hecho.

—Silvia, ¿por qué has dejado a Jorge? —miré a Alejandra admirando su maravilloso don de descifrar los rostros de la gente, sobre todo el mío.

—Es... complicado.

—¿Complicado? —asentí—. Complicado es resolver la teoría de cuerdas, complicado es subir el Everest, pero no le veo la complicación a salir con un tío bueno, que claramente haría lo que fuera por ti y que, además, está claro

que te gusta mucho. Así que te vuelvo a preguntar, ¿qué es lo complicado, Silvia? —decidí, por una vez, soltar alto y claro lo que sentía.

—Estoy enamorada de él, chicas. Completamente enamorada —sus rostros se iluminaron y en sus caras se dibujaron unas de esas sonrisas «profidén», casi que hasta aplaudieron dando pequeños saltitos en sus asientos.

—¿Y?

—Y no puedo hacerle esto —ambas fruncieron el ceño. Me esforcé por explicarme mejor—. Tengo miedo. No el típico miedo de empezar una relación, es mucho peor. Tengo miedo de infectarlo, de ponerme peor, de tener un episodio de los que no dejan un buen final. Miedo de no poder ofrecerle una vida plena y normal. No sé, chicas, son muchas las cosas, los motivos que se me pasan por la cabeza. Muchas las razones por las que pienso que debo alejarme de él y dejar que encuentre a alguien mejor que yo —levanté la cabeza, que había estado agachada mirando mis manos mientras les revelaba mis miedos. Paula me miraba con cara de pocos amigos y Alejandra lo hacía con los ojos muy abiertos, como si no creyese lo que acababa de oír.

—¿Tú estás mal de la cabeza? Juro que en mi vida había oído a nadie decir tantas tonterías en tan poco tiempo.

—Paula, vamos a pensar y a hablarlo. Creo que está muy perdida y necesita que le hagamos ver lo que ella no ve, no hace falta que se lo digas así.

—No, Alejandra, no le hace falta que le abran los ojos, lo que le hace falta es una hostia, o quizá dos y después, si acaso, también un buen polvo. Si estuvieras realmente enamorada de él, no se te pasarían esas cosas por la cabeza, Silvia, todo lo contrario. No lo entiendo, la verdad —pero, ¿qué era lo que no entendían?

—Chicas, ¿podrías hacer un esfuerzo e intentar entenderme? No veo que esté diciendo ninguna locura, precisamente porque le amo es por lo que tengo que dejarle ir.

—A ver, Silvia, cariño. son miedos normales, pero primero, Jorge es médico y, además, especializado en tu enfermedad. con lo cual, está muy seguro de donde se está metiendo y si lo está haciendo es porque sabe a conciencia que podéis tener una relación normal pese a tu enfermedad. Él no va a contagiarse porque hay formas de no hacerlo y, además, él no tiene que buscar a nadie que sea merecedor de su amor porque tú lo eres, Silvia. Tú eres merecedora de su amor, eres tú la que no lo entiendes, la que no lo ves. Lo vemos todos y él el primero. Eres tú la mujer de la cual se ha enamorado, por la que está dispuesto a luchar y hacéis muy buena pareja, amiga. Por favor,

recapacita, no la cagues —suspiré. Quizá ya la había cagado, como acababa de decirme Alejandra. Empezó a entrarme el agobio, no quería hablar ahora del tema Jorge. Tenía que pensar, necesitaba tiempo—. Silvia, está muy mal, hecho polvo.

—¿Has... hablado con él?

—Sí. Y le he visto también.

—¿Qué? ¿Por qué? —¿se estaría Jorge refugiando en mis amigas? ¿Era conocedor entonces de todos mis pasos?

—Te lo voy a contar todo, pero primero quiero hacer un brindis, por favor.

—¿Y por qué brindamos? —pregunté alzando mi vaso junto con ellas dos.

—Por las derrotas que nos trajeron hasta aquí —y ambas se miraron entendiéndose, y yo las miré a ambas queriendo entenderlas. Y lo haría. Juntamos los vasos hasta que se escuchó el clic del cristal contra el cristal y, con una gran sonrisa, bebimos para celebrar ese brindis, el cuál pensé que no habría uno mejor en todo el mundo.

CAPÍTULO 22

DESPERTARSE LLEVA A VECES AÑOS

JORGE

«Ese pequeño escalofrío que cruzó tu espalda, fui yo besándote desde lejos».

Tiré al suelo las flores marchitas del jarrón de acero y coloqué las delicadas rosas amarillas que había cogido del jardín de mi padre, esas que tanto cuidaba, sus favoritas. Eché un poco de agua de mi botella dentro y lo coloqué en el centro de la lápida. Pensé que así le acercaba un trocito de su hogar. Un hombre vestido de negro pasó por mi lado sin dejar de mirarme, le saludé con un escueto «buenos días» que no fue correspondido. Siguió unos pasos más y se paró justo en la esquina opuesta donde yo me encontraba. Volvió a mirarme y levantó una mano (será de efectos retardados, me dije a mí mismo) y después se sentó en un lado de la lápida y empezó a mover los labios sin dejar de mirar al frente, como si hubiese empezado a hablar con ella. Dos locos sin nada mejor que hacer un domingo a las ocho de la mañana que ir a hablar con un ser querido al que imaginamos que está aquí, en este momento, en este lugar. Quizá buscando un poco de compañía, una escapatoria o qué sé yo. Me levanté recogiendo las flores que había tirado a un lado para depositarlas en el contenedor y abandonar aquel triste y silencioso lugar sin tener muy claro adónde ir después —bueno, papá, espero que las rosas te alegren el día. Noté como una lagrima resbalaba por mi mejilla—. Te echo de menos. No imaginas cuánto. ¿Sabes? La casa es demasiado grande sin ti, he pensado en ponerla en venta. He seguido allí desde que te fuiste, no sé el porqué, pero he sentido esa necesidad, como si estando allí aún te sintiera. Y la verdad es que ha sido así. Tu olor aún permanece en ella. No he querido que Anabel limpiara tu habitación ni tu despacho desde que te fuiste. De hecho, hasta le di vacaciones extras. Necesitaba estar solo, papá, para asimilar tu pérdida... y... la de ella también. Que irónica es la vida, ¿no? No debería estar permitido perder a dos personas a las que amas tanto en la misma semana, debería de estar prohibido algo así —solté una risa igual de irónica que mis palabras. ¿Me estaría ya volviendo loco?—. En fin, hoy voy a trasladarme a mi piso. Te prometo que vendré a traerte más flores antes de que estas se hayan marchitado —miré el nombre grabado en la fría piedra y un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Suspiré—. Te quiero, papá.

Eché un último vistazo antes de empezar a andar hacia el hombre de negro. Estaba riéndose a carcajadas de algo que él mismo contaba y supe que ese era su alivio y su forma de vida desde que perdiera a la persona que yacía bajo la pesada lápida. Sonreí y abandoné el lugar llevándome conmigo ese nudo en el pecho que me acompañaba día y noche desde hacía... muchos días ya, demasiados.

Paré a desayunar en una de mis cafeterías favoritas, mientras leía el periódico diario por encima. Empezó a vibrar el móvil. Alejandra. Descolgué enseguida.

—Buenos días, Alejandra. Cuéntame. ¿Qué pasa, necesitas que vaya?

—Buenos días, Jorge. No te preocupes, no se trata de mí. Quiero proponerte algo —fruncí el ceño sin poder imaginar qué quería proponerme.

—Bien, tú dirás.

—¿Sigues queriendo recuperar a Silvia?, ¿no? —ahora levanté las cejas al escuchar una pregunta tan poco imaginativa.

—Por supuesto, es lo que más deseo en este mundo, Alejandra, pero como ya te he dicho más de una vez en los últimos días, no voy a presionarla, ella sabe que estoy aquí y sabe todo lo que siento. Sé que necesita tiempo, que está mal y atosigarla ahora no creo que sea lo mejor para ella.

—No estoy diciendo que la atosigues ni nada de eso. Verás, Paula y yo tenemos un plan.

—¿Un plan? —miedo me daba lo que estas dos estuvieran planeando, pero una parte de mí se removió por dentro. Había esperanzas...

—Sí. Te daré todos los detalles después de nuestra cita del martes, pero sí quiero adelantarte que necesito que estés libre completamente el puente del Pilar, del viernes al domingo. ¿De acuerdo? —el puente del Pilar. Hice cuentas rápidamente, para esa fecha aún faltaban varias semanas.

—No tengo planes y puedes estar segura de que no los tendré.

—¡Perfecto! Hablamos el martes, prometo que te lo contaré todo con pelos y señales. Ahora te dejo que tengo que empezar mi rutina de ejercicios, ya sabes, esa que me ha impuesto todos los días un médico odioso que quiere acabar con mis pocas fuerzas —no pude evitar echarme a reír a su vez. Me caía realmente bien esta mujer—. ¡Hasta luego, medicucho! —dijo utilizando el apodo con el que llevaba semanas bautizándome.

—Espera! —grité antes de que colgara.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo está... Silvia? ¿La viste ayer?

—Sí, Jorge, tranquilo. Está haciendo todo lo que debe hacer. Tu amigo Juan también se está encargando de que tome todo lo que tú has mandado. ¿Vale? — espere un minuto antes de volver a hablar, imaginando a todos a su lado, cuidando de ella. A todos menos yo—. ¿Jorge, sigues ahí?

—Sí... Gracias, Alejandra. Te veo el martes.

Después de la extraña llamada de Alejandra, me quedé con dos sensaciones muy distintas. Primero, había sembrado una esperanza a corto plazo de poder volver a tenerla entre mis brazos. Y segundo, sentí como una especie de envidia, de celos. Ellos podían verla, cuidarla, oírla, sentirla... Y yo solo era un mero espectador que tenía el privilegio de mover los hilos desde la distancia mientras que mi mejor amigo ejercía de su nuevo doctor, sin ser conocedora de quién realmente era para así asegurarme de que todo iba como yo había planeado con respecto a su enfermedad. Y junto con su amiga Alejandra, que me mantenía más o menos al día de cómo estaba y de cómo era su día a día. No podía quejarme, me había buscado a dos buenos cómplices. Aunque realmente tenía tres. Su madre también hablaba conmigo casi a diario contándome lo que comía, lo que dormía, lo que iba haciendo más o menos cada día. Aun así, era muy duro saber que ella no me quería a su lado y, cada día, el miedo de imaginar que me estuviera olvidando, que estuviera dejando de sentir algo por mí, se incrementaba y me mataba lentamente. Era inmenso el esfuerzo al que me sometía cada nuevo día para no ir a por ella y pedirle que volviese a dejarme entrar en su vida, pero no podía hacer eso. Había sido una decisión en un momento complicado, estaba agobiada, llena de dudas, de miedos, y yo necesitaba que los resolviera. Era la única forma en la que sabría, sin lugar a dudas, si de verdad quería estar conmigo o si, por el contrario, de verdad quería que desapareciera de su vida para siempre. Mi trabajo y las sesiones con Alejandra me mantenían ocupado durante todo el día, aunque mi mente no descansaba recordando su cara, su voz, su pelo, su cuerpo, su... todo. Como estaba al tanto de todo, sabía que ella también se había volcado en su amiga desde que conoció que, en efecto, Alejandra sufría de bulimia como había sospechado aquella nefasta noche hacía ya casi una eternidad para mí. Ayudar a su amiga sabía que le estaba haciendo bien, estaría ocupada y se sentiría útil. Dos actos imprescindibles para una persona que se siente poca cosa, como ella se sentía. También había estrechado más su amistad con Paula que, aunque estaba de vuelta en Málaga, era conocedor de sus charlas telefónicas diarias y de que había vuelto a trabajar a tiempo parcial escribiendo artículos para la revista desde su casa. Lo cual me

mantenía más tranquilo.

Respiré profundamente y salí de la cafetería decidido a pasar las próximas dos horas machacándome en el gimnasio instalado en la casa de mi padre. Después iría a almorzar a casa de mi hermano y dejaría que mis sobrinos terminaran machacándome del todo saltando encima de mí como tanto les gustaba hacer.

—Aquí voy de nuevo. Entero o a pedazos... Pero voy —me dije a mí mismo en voz alta para poder creerlo de verdad.

CAPÍTULO 23

TE CRUZASTE EN MI CAMINO Y SE ME OLVIDÓ ADÓNDE IBA

SILVIA

«No acumules silencios. Grita de vez en cuando».

Levanté la cabeza de mi portátil para percatarme de que llevaba unas cuatro horas y media sin despegarla de la pantalla. Estiré los brazos y sonreí satisfecha del trabajo que acababa de entregar por correo electrónico. Eran las ocho de la tarde, aún tendría que esperar una hora más para que Alejandra llegase a su piso y poder preguntarle cómo había ido la sesión de hoy. Mi preocupación por ella menguaba a pasos agigantados, día a día, ya que la recuperación estaba siendo increíblemente rápida. Jorge estaba haciendo un gran trabajo con ella. No me sorprendía en absoluto. Era tan buen hombre como médico y me sentía más tranquila al saber que él llevaba su caso exclusivamente. Intentaba no preguntarle a Alejandra directamente por él, pero ella, que me conocía lo suficientemente bien como para saber que me moría de ganas de saber cómo estaba, incluía en sus frases algún que otro detalle. Como cuando la semana pasada le pregunté si había sido muy dura la sesión y me respondió «no puedo quejarme, Jorge da una cal y otra de arena para que no me resulte muy duro. Hoy por ejemplo, al terminar, nos hemos ido a tomar un helado y ya me ha estado contando que tiene pensado mudarse a su piso la próxima semana». Y cosas así. Yo, por supuesto, me mordía la lengua para no preguntarle ¿y va a dejar a su padre solo? ¿Acaso está ahora con su hermano? ¿Por qué se muda a su piso ahora? Y mil preguntas más que se quedaban atascadas en mi garganta y terminaban muriendo ahogadas en el fondo de mi estómago. Y es que lo echaba terriblemente de menos. Más, mucho más de lo que hubiera podido imaginar siquiera. La sensación era como si no hubiera nada antes de Jorge, como si no supiera adónde ir, o qué hacer sin él. Como si se me hubiera olvidado hacia dónde iba antes de conocerle. Pero sabía que estaba haciendo lo correcto. Me había sentido tan inestable, tan insegura, tan perdida y tan llena de miedos. Y a él precisamente no hubiera podido engañarlo ocultándole todos esos sentimientos, así que, aunque estuviera muriendo por dentro y pensando en él las setenta y dos horas que solían durar mis días, sentía que había tomado la decisión correcta. Al menos por ahora.

A veces, divagaba pensando en nuestro reencuentro. Yo estaría radiante, no

sólo por fuera sino también por dentro, y estaría preparada para ofrecerle todo lo que él se merecía. Y él, bueno, él estaría justo igual que siempre, perfecto. De repente, mientras iba paseando por el Passeig de Gràcia y cargaba un par de bolsas de Louis Vuitton, chocaba con un chico que iba mirando su móvil y terminaba tirada en el suelo. Y, cuando estaba dispuesta a decirle cuatro cosas a mi despistado agresor, me ofrecía su mano, ofreciéndome una disculpa. Entonces, en ese momento, levantaba la cabeza mirándonos a los ojos por primera vez sólo para descubrir que éramos él y yo. Justo en ese momento, me ayudaba a levantarme del suelo para pegarme a su cuerpo sin dejar de mirarme mientras que, de repente, una suave brisa me alborotaba el pelo y se llevaba con ella todas las inseguridades, los miedos y el tiempo perdido por la separación. ¿Que qué ocurría a continuación? Pues que nos besábamos. Como en las películas antiguas que tanto me gustaban, apasionadamente. Como si no hubiera un mañana, como si estuvieras entregando junto con ese beso toda tu alma. Y así era como imaginaba mi reencuentro y mi vuelta con Jorge, con el hombre al que amaba con todo mi ser. Meneé la cabeza de un lado a otro, imaginaba cosas absurdas. Cómo iba Jorge a besarme de esa manera, cómo iba a querer volver conmigo después de haberlo echado de mi vida de esa manera tan fría... Él podría tener a la mujer que quisiera y yo había tenido mi oportunidad y la había tirado por la borda. Seguramente, ya apenas se acordaría de mí. Solo nos acostamos una vez y durante el tiempo que estuvimos juntos le di más problemas que besos. Sí, para él ya solo sería una ex paciente a la que olvidaría más temprano que tarde.

—¡Silvia, coge el teléfono, es para ti! —chilló mi madre desde abajo. Me sorprendió el no haber escuchado sonar el teléfono, me había metido muy adentro en mis estúpidos pensamientos.

—Soy Silvia, ¿quién es?

—¿Tú es que no miras el móvil? Te he mandado suficientes wasaps como para que te hubieras enterado —miré mi móvil que descansaba encima de mi escritorio, justo donde había estado trabajando.

—Lo siento, Paula. Lo tenía en silencio, es que tenía que entregar varios artículos y un par de entrevistas, así que me he desconectado para poder trabajar tranquila y terminarlo hoy mismo.

—Bueno, ¿ya has terminado?

—Sí, justo ahora.

—¿Cómo estás? ¿Qué tienes pensado hacer hoy?

—Pues...

—Déjame adivinar. ¿Nada? —puse los ojos en blanco mientras hacía una mueca.

—Para tu información, listilla, iba a arreglarme justo ahora. Tengo pensado acercarme al piso de Alejandra. Hoy tiene sesión, así que voy a comprar una pizza y cenaremos allí mientras me cuenta cómo le ha ido. ¿Te parece bien?

—No está mal el plan, pero ¿por qué no vais mejor a cenar fuera? A Alejandra le vendrá muy bien y a ti ni te cuento.

—No sé, Paula. Qué pereza...

—Que hartita me tenéis las dos. Que sepas que voy a ir a visitaros para el puente del Pilar. Me cojo cuatro días, así que iréis preparando porque vamos a estar fuera todos los días, sin pretextos y sin perezas ninguna. Ya estoy planificando todos y cada uno de nuestros pasos los cuatro días. ¿Me has entendido bien?

—Sí, totalmente, pero no estoy muy segura de si tus planes les van a ir bien a Alejandra. Necesita tranquilidad y estabilidad. Y lo sabes.

—Alejandra estará perfectamente bien, tú tranquila. Incluso tengo la aprobación de su médico por escrito —mi corazón se saltó un latido.

—¿Qué...?

—Bueno, no por escrito, pero sí dicho por su propia boca —¿Me estaba vacilando?

—¿Has... hablado con Jorge?

—Por supuesto que sí, es amigo mío. Y los amigos hablan, como tú y yo, ¿no?

—¿Y desde cuando sois amigos tú y Jorge?

—Desde hace un tiempo. Bueno, preciosa, tengo que dejarte, voy a salir ya de la oficina. Quería saber cómo estabas. Y me voy corriendo, he quedado para ir a tomar algo con una gente del curro. ¡Te llamo mañana, dale un beso a Alejandra!

—¡Espera, Paula, no cuelgues!

—¡Chao, te quiero!

Y me dejó así, como a una tonta mirando el teléfono con la boca abierta. ¿Ahora mis amigas eran amigas de él? ¿Las dos? No sabía qué significaba eso exactamente, pero me sentí nerviosa, o más bien algo histérica. Quería saber y mi puto orgullo no me dejaba hacer preguntas directas. Respiré hondo y empecé a arreglarme para ir a buscar a Alejandra, decidiendo que, esta noche, me tragaría mi orgullo y me quitaría la careta de «estoy bien, no echo de menos a Jorge ni me acuerdo de él». Ya estaba harta, necesitaba saber o me

daría algo. Decidí que ya era hora de dejar de estar callada y, si tenía que gritar, pues ¡gritaría!

CAPÍTULO 24

NO HAY PALOMITAS PARA TANTA PELÍCULA

SILVIA

«Con el demonio adecuado cualquier infierno es perfecto».

Decidí hacer caso a mi amiga Paula por una vez y, cuando recogí a Alejandra, me dirigí directamente a uno de mis restaurantes favoritos de la ciudad: *Isabella's*. A mi amiga le pareció una idea estupenda, se la veía radiante. En las últimas tres semanas había cogido algo de peso y su pelo se veía más brillante, pero sobre todo se le notaba en sus ojos y en sus ganas de hacer cosas. Y yo me sentía muy feliz de verla así. Por supuesto, tenía que estar vigilante después de cada comida, y ella no protestaba cuando exigía acompañarla al cuarto de baño. Esa era la principal recomendación médica, nunca dejarla ir sola bajo ningún concepto al menos durante el primer año de tratamiento. Y hablando de médicos, mientras esperábamos a nuestro plato de espagueti al horno decidí que era el momento de hacer mis preguntas de una vez.

—Oye, Alejandra. ¿Cómo está Jorge? —le pregunté desinteresadamente mientras le daba un sorbo a mi copa de vino. Levantó una ceja extrañada al oírme por primera vez preguntar por él.

—Bueno, he de decir que tengo que agradecer inmensamente lo que está haciendo por mí, es uno de los mejores médicos que he conocido y, además, es un tío genial —no había entendido mi pregunta para nada.

—Eso ya lo sé yo, pero lo que te pregunto es cómo está él, cómo le va y esas cosas.

—Oh, pues dentro de lo cabe, está bien —¿eran imaginaciones mías o no quería contarme nada?.

—¿A qué te refieres con dentro de lo cabe? ¿Le ha pasado algo? —en ese momento el camarero depositó nuestros platos en la mesa, haciendo que mi pregunta se desvaneciera en el aire...

—¡Qué buena pinta tiene, Silvia! Hace mucho que no veníamos a cenar aquí, con lo que nos gusta. Me muero de hambre. ¿Tú no? —sí. Definitivamente mi amiga estaba evadiendo mis preguntas sobre su médico. ¿Sería que él le habría dicho que no me contase nada? O peor aún, ¿estaría él ya saliendo con alguna chica y ella no quería contármelo para que yo no me sintiera mal? De repente. se me cerró el estómago y el delicioso plato de

espagueti se me antojaba como un soso plato de guisantes o de brócoli. Masajeé mi frente con los dedos en un acto de agobio. Mi amiga se puso en alerta.

—¿Te encuentras mal, Silvia? ¿Te duele la cabeza?

—No, es solo que... —venga, Silvia, háblale claro—. Está bien, lo que pasa es que te estoy preguntando por Jorge porque necesito saber de él y me está dando la impresión de que estás evadiendo mis preguntas por alguna razón que se escapa de mis manos, y me estaba preguntando si esa razón es porque has pensado que la respuesta me pueda, acaso... ¿doler?

—Vaya, sí que tienes imaginación. Ahora sé que escogiste el trabajo adecuado, es más, creo que deberías pensar el escribir una novela negra. Apuesto a que escribirías una trama enrevesada de esas que no tienes ni idea de cómo va a acabar hasta que no llegas a la última página.

—No seas idiota. Es la impresión que me estás dando, pero si estoy equivocada, entonces, respóndeme de una vez, ¿no?

—Cariño, te he respondido. Te he dicho que dentro de lo que cabe está bien y eso significa que, después de todo lo que le ha pasado en los últimos dos meses, no está encerrado en un zulo llorando como una magdalena, que por otro lado sería algo de lo más normal, sino que está dedicado a su trabajo e intentando respirar cada día —sus palabras me dejaron sin habla. Lo decía por mí, yo había desmoronado todo su mundo, le había hecho daño, más de lo que quizá hubiera imaginado y él estaba refugiándose en su trabajo y, a lo mejor, también era ese el motivo por el cual hablaba con mis amigas, porque necesitaba a su lado a gente que le diera un poco del cariño que yo le había quitado de golpe y porrazo, de la noche a la mañana—. ¿Silvia?

—Perdona, estaba pensando... ¿Puedo preguntarte algo más?

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—Le he hecho mucho daño, ¿verdad? Es por mí por lo que está tan mal...

—A ver, amiga —dejó de comer y apartó el plato hacia un lado de la mesa para apoyar los brazos en ella y poder acercarse más a mí—. Por supuesto que ha sido un palo muy grande para él que lo dejaras sin motivo alguno, Silvia. Eso no quiere decir que no lo entienda, él entiende que estás agobiada y que necesitas tu tiempo. Se ha apartado tal y como le pediste, pero lo está pasando bastante mal. Te quiere muchísimo, aunque eso ya lo sabes, ¿no? —me encogí de hombros. No lo tenía muy claro—. Y bueno, por eso te digo que está bien dentro de lo que cabe. Yo no sé si podría levantarme cada día y enfrentarme al mundo después de perder a dos de las personas más importantes para mí, una

tras otra. No sé, es de ser muy valiente, muy luchador, es... admirable. Pero claro, no le queda más remedio y...

—¿Qué quieres decir con perder a dos personas importantes para él, una detrás de otra? —le corté. Entonces se quedó blanca y cerró la boca de golpe, llevándose las dos manos a ella. Y ahí supe que me había estado ocultando algo deliberadamente y que claramente se le acababa de escapar sin darse cuenta—. ¡Alejandra, cuéntamelo! —exigí.

—Silvia yo... No me corresponde a mí contártelo. ¡Dios, cómo puedo ser tan bocazas!

—No me lo puedo creer. O sea, que a Jorge le ha pasado algo doloroso y tú lo sabes y no me lo cuentas. Bien, perfecto. ¡Muchas gracias, amiga! —crucé los brazos sobre mi pecho en modo enfadado nivel diez y fulminé el plato de espagueti intacto aún.

—Silvia, lo siento. Pero yo pensé que tú no querías saber nada de él. Además, él tampoco quiere que tú tengas ninguna preocupación y mucho menos si proviene de su parte. Me pidió que no te lo contara, pero sólo porque haría lo que fuera para que sufras lo menos posible —la miré con la misma cara de reproche que a los espaguetis, dándole a entender que seguía sin convencerme su excusa—. Silvia, cuándo te vas a dar cuenta de lo mucho que te quiere y le importas. No eres tú la que tiene que estar enfadada. En todo caso y bajo mi punto de vista, te guste o no, es él el que debería estar enfadado contigo. Y si fuese otro, se hubiese aprovechado de lo que pasó para que no le dejaras. Sin embargo, escogió ocultártelo para que no tuvieras ningún remordimiento, para que no sintieras pena por él. Joder, no sabes la suerte que tienes de tener a un tío tan locamente enamorado de ti —llevaba razón, no era yo la que debería enfadarme por no enterarme de lo que le estaba pasando, fuera bueno o malo. Fui yo la que lo eché de mi lado y la única que no había preguntado ni una sola vez cómo le iba. Bajé la cabeza sintiendo que las lágrimas se agolpaban de repente. Era lo peor.

—Lo entiendo. Pero, por favor... —ya no pude evitar empezar a derramarlas y las dejé brotar rogando para que su presencia ablandara a mi amiga y me confesara lo que le pasaba al amor de mi vida—. Cuéntame, qué le ha pasado. Te lo ruego, Alejandra, necesito saberlo —noté el rendimiento absoluto de mi amiga y me preparé para escuchar algo malo. Muy malo.

—Está bien, te lo voy a contar, pero prométeme que no te vas a poner en contacto con él por este motivo. Si lo haces, que sea porque de verdad quieres volver con él. No se merece que vuelvas a su vida porque te sientas culpable o

porque quieras ofrecerle algo de consuelo. No cuando él estaría dispuesto a darlo todo por ti, ¿vale? —me sorprendieron mucho sus palabras. Hacerme prometer que no me acercaría a él si no estaba dispuesta a darlo todo, como lo estaría él, decía mucho sobre lo que Alejandra pensaba de Jorge, o más bien, de sus sentimientos hacia mí. Estaba claro, Jorge... seguía enamorado de mí y esa revelación me hizo sentir fuerte y libre por ¿primera vez en mi vida?.

—Te lo prometo. Quiero que sepas que estoy enamorada de él y que le quiero muchísimo, Alejandra. Que no puedo vivir sin él, que me cuesta la vida levantarme cada día y vivir con esta decisión y que solo la llevo a cabo gracias a la fuerza que me da el pensar que sin mí estará mucho mejor —quise confesarle para que de una vez supiera que me moría por él.

—Bien, si eso es así, déjame decirte, amiga, que eres una total y completa gilipollas —asentí. Lo era—. El padre de Jorge ha muerto —abrí los ojos de par en par y ahogué un grito con mis manos. No podía ser cierto. Dios mío.

—Pero, ¿cuándo ha pasado? No tenía ni idea...

—Lo sé, esa era la idea. ¿Recuerdas la noche en la que nos confesaste a Paula y a mí lo de tu enfermedad?

—Claro, cómo olvidarla.

—Pues el día de antes, Jorge había enterrado a su padre.

No podía creerlo. Rememoré cómo se había cambiado de tema y cómo lo evadió cada vez que le pregunté cómo estaba su padre. De repente lo entendí todo, no había querido contármelo porque era conocedor de que esa noche era una noche difícil para mí y no quiso ser el centro de nada. Y un día después, yo lo eché de mi vida sin miramientos y no le había vuelto a preguntar ni siquiera con un triste mensaje cómo estaba su padre. Dios mío, le dejé un día después de enterrar a su padre. Me sentí la mujer más despreciable de la tierra. No entendía cómo después de la gran putada que le hice siguiera enamorado de mí.

—Silvia, ¿estás bien? Dime qué piensas.

—Pienso que soy lo peor, Alejandra. Lo dejé sin más, cuando más falta le hacía...

—Tú no sabías nada. Y además, no es culpa tuya que muriera.

—Lo sé, pero yo sabía que estaba mal y alguna vez quise preguntarle cómo seguía, pero luché para no flaquear y me mantuve firme. Debería haberlo hecho. Yo me siento tan mal... ¿Cómo puede quererme después del daño que le he hecho?

—Fácil. Porque es amor verdadero, esa clase de amor que supera todo, que

lo perdona todo y que lo entiende todo.

Respiré hondo. A veces es necesario que la vida nos sacuda con mucha fuerza para darnos cuenta que el tiempo que nos queda no es para malgastarlo. Tomé una decisión, lo tenía claro. Sin ninguna duda y, lo más importante, sin miedo alguno.

—Alejandra, ¿puedo pedirte algo?

—Claro, lo que quieras.

—Ayúdame a recuperar a Jorge —se atragantó con los espaguetis que había retomado mientras yo divagaba. Y tuvo que toser varias veces y tomar un sorbo de vino antes de contestar.

—¡Pero qué alegría acabas de darme, amiga! —sonreí sintiéndome más fuerte que nunca—. Pero vamos a hacer una cosa, ¿vale? Prométeme que harás lo que yo te pida y te aseguro que, más temprano que tarde, estarás de nuevo entre sus brazos.

—Bueno, tú dime de qué se trata primero y después te podré o no hacer esa promesa.

—Oye, deja a la Silvia cabezota a un lado y hazme caso por una vez en tu vida. Vas a dejar las cosas como están por el momento. Te vas a dedicar exclusivamente a ponerte aún más fuerte de lo que estás ya. Después, yo lo prepararé todo para que tengáis un encuentro de película, ¿sí? —cerré los ojos recreando de nuevo mi reencuentro imaginario.

—Está bien, haré todo lo que tú digas, pero por favor...

—¿Qué?

—No tardes mucho.

Sonrió, sonreí y pedí que me calentaran los espaguetis. De repente, tenía ganas de comer, de beber, de bailar, de vivir...

CAPÍTULO 25

NO EXISTEN SUEÑOS GRANDES NI DESEOS PEQUEÑOS

JORGE

«Que no quiere que la salven, quiere que nadie, nunca más, la hunda».

Si años atrás mi yo del futuro me hubiese contado de primera mano lo que estaba a punto de hacer, no le habría creído. Nunca había sido un chico muy festivo, no era de los tipos que iban a un pub, una discoteca y animaba la fiesta bailando y demás. Más bien era de los que intentaban pasar desapercibido. Siempre me había gustado más una buena cena rodeado de amigos, un par de copas escuchando buena música en algún pub de música en vivo y cosas así. No es que fuese especialmente vergonzoso, era sólo que maduré antes de lo que me tocaba y me acostumbré a una vida de estudio, esfuerzo y, cómo decirlo, poca fiesta, poca locura. Pero las amigas de mí... de Silvia, me habían liado de tal manera que hasta me sentía ansioso porque llegase el momento de mi inusual declaración de amor. Estaba dispuesto a todo por recuperar a Silvia. Y si bien había decidido darle su tiempo para que fuese ella la que volviese a mí cuando estuviera preparada (si es que había alguna posibilidad de que eso ocurriese), todo cambió cuando Alejandra me reveló que había estado hablando con Silvia y que esta le había confesado que me amaba, que me echaba terriblemente de menos y que quería estar conmigo, pero pensaba que me había hecho tanto daño que yo no querría volver con ella. Qué estupidez tan grande por su parte pensar eso. El dolor que sentía era precisamente por no estar con ella, sólo a su lado. Mi corazón volvería a latir con normalidad, volvería a sentirse... vivo. Si por mí hubiese sido, en cuanto me lo contó, hubiera ido en su busca para pedirle que por favor dejara de pensar tonterías y que me dejase cuidarla y amarla para siempre, pero Alejandra me pidió que lo hiciésemos según lo planeado, que aparte de darle a Silvia unas semanas más para coger la fuerza y la seguridad que necesitaba, sería algo tan especial que no se le volvería a olvidar en la vida lo que verdaderamente sentía por ella, lo que significaba para mí. Y era por ello por lo que llevábamos tres semanas esperando este momento. Yo no era muy conocedor de «estas actividades», por decirlo de algún modo, pero sí había oído hablar de ellas y tuve que investigar un poco por internet. Íbamos a hacer un *flashmob*. Cuando Alejandra me lo dijo se me quedó una cara de «no tengo

ni idea de lo que hablas», hasta el punto que tuvo que definírmelo para que me enterase. Se trataba de una organizada y colectiva, que se realiza en un lugar público y durante un breve espacio de tiempo. Esa noche, pensando en todo lo que ellas habían planeado, pensé que verdaderamente era una locura. Sí, había visto algún que otro video y era algo espectacular y muy original, pero ni estábamos en el escenario de una gran ciudad como Nueva York, ni yo era Wasic, ni podía visualizar a un montón de gente apoyando mi iniciativa por recuperar al amor de mi vida, sentados alrededor de «la alfombra del amor». Pero, aun así, por la mañana les mandé un mensaje a Alejandra y a Paula diciéndoles que estaba dispuesto a cualquier cosa.

El lugar escogido, unos grandes almacenes de Barcelona. Habíamos convocado por las redes sociales a todo el que quisiera participar informando del día, la hora y el lugar. La coreografía se colgaría unas dos horas antes y se encargaría de ello mi amigo Juan, ya que Alejandra y Paula estarían todo el día con Silvia. Iban a llevarla a comer fuera y, como el que no quiere la cosa, poco antes de la hora acordada, le animarían a entrar en el centro comercial para echar un vistazo y así empezaría todo. Las últimas semanas habían transcurrido entre muchos ensayos en parques, muchas horas y muchos imprevistos para que todo saliese perfecto. Yo aún tenía mis dudas, pero estaba dispuesto a poner toda la carne en el asador y esperaba que, llegado el momento, no me quedase en blanco o no me diera un ataque al corazón. La verdad y, aunque me había quejado muchísimo exponiendo que no saldría bien o que me moriría de la vergüenza, lo había estado disfrutando mucho, y me emocionó ver que había tanta gente dispuesta a ayudarme a recuperar a la mujer que amaba. Todo eso era, cuanto menos, conmovedor. Hasta mi hermano y su mujer se habían apuntado. También el hermano de Silvia, al cual conocí por fin unos días atrás. También se apuntaron parte de la plantilla de la clínica y gente también de la revista donde trabajaba Silvia. Estaba claro que Alejandra y Paula podrían conseguir cualquier cosa que se propusieran. Juntas eran la bomba. Silvia tenía mucha suerte de tener a su lado a gente que la quería de verdad. Solo faltaba que ella por fin se diera cuenta. Los padres de Silvia también estarían, pero su papel en el *flashmob* no consistiría en bailar la coreografía, sino en algo mucho más bonito. No estaba muy seguro de cómo saldría todo, pero de lo que sí estaba seguro era de que Silvia no solo no olvidaría ese día jamás, sino también que se emocionaría y llegaría a sentir que ni estaba sola, ni jamás lo estaría. Y, por sobre todas las cosas, esperaba que por fin se diera cuenta que ella era muy merecedora de mi amor, tanto

como yo lo era del suyo.

Todos estos eran los motivos por los cuales jamás me habría imaginado que llegaría siquiera a plantearme lo que iba a hacer esa misma tarde. Una tarde de un sábado casi otoñal cualquiera, la tarde en la cual se decidiría si seguiría muerto o si volvería a la vida. No sabía si era ridículo o no poner toda mi confianza en aquella canción y el mensaje que transmitía. Confiaba en que Silvia lo identificara y la invitara a no dejar de soñar y de luchar por lo quería y podía conseguir. La canción elegida había sido sacada de una de sus películas favoritas y su letra era ideal, exactamente todo lo que yo sentía por ella: *I'VE HAD THE TIME OF MY LIFE*.

TE LO DEBO TODO A TI

CAPÍTULO 26

OF STORE WITH FRIENDS

SILVIA

«Ámate. Te lo debes».

Dicen, cuentan por ahí, que, si eres paciente, llegará ese «te quiero» que te sacuda todo, por el cual haya valido la pena soportar tantas dificultades. Habrá alguien que no te ponga todo de cabeza, sino que arregle el desastre que llevas dentro sin darse cuenta.

Yo estaba empezando a perder la paciencia, esa era la verdad. Tres. Tres semanas con sus días, con sus horas, con sus minutos y segundos, ese era el tiempo que llevaba luchando con todas mis fuerzas desde que me enteré de la muerte del padre de Jorge para no ir corriendo a lanzarme a sus brazos y pedirle que me perdonara. Explicarle que sentía mucho el daño que le había hecho cuando más me había necesitado y eso me estaba matando, pero según mis amigas, yo tenía que esperar a su debido tiempo. No sé de dónde sacaban la idea de que estaba demasiado nerviosa aún, de que tenía que encontrar mi equilibrio emocional. Mentira, sí sabía de dónde sacaban esa idea, era completamente verdad. Estaba emocionalmente desembocada, igual lloraba de repente que empezaba a reír a carcajadas. Igual gritaba al viento cuánto le amaba que a los pocos minutos sentía que debería dejar las cosas como estaban y, a los pocos minutos, vuelta otra vez a soñar con estar refugiada entre sus brazos. Así que, por supuesto, no iba a darles la razón, pero a día de hoy entendía perfectamente que lo mejor era esperar un tiempo más, sólo un poco más, lo suficiente como para estar preparada y dejarme querer. Es difícil, aunque decirlo parezca fácil, pero para algunas personas resulta muy difícil el solo pensar en dejarnos querer. Supuestamente esto no conlleva ningún esfuerzo por tu parte, pero yo no lo sentía así. Para mí era un tremendo esfuerzo y no quería de ninguna de las maneras volver a defraudarlo, sino al contrario, quería y estaba decidida a compensarle cada uno de los días en los que había estado sufriendo por mi culpa.

Bajé a ayudar a mi madre a preparar el desayuno. Mis amigas Paula y Alejandra seguían durmiendo las dos juntitas en la habitación de invitados de la casa de mis padres. La noche anterior se había alargado hasta casi las seis de la madrugada (por supuesto que no había sido idea mía, de hecho, di la lata en más de una ocasión, aunque tengo que reconocer que lo pase como hacía

mucho que no lo pasaba) y como yo jamás había podido estar metida en la cama más allá de las nueve o las diez de la mañana, independientemente de la hora en la que me hubiera acostado, aquí estaba a las nueve y media levantada, con cara de pocos amigos y pensando seriamente en ir a despertarlas al son de un tambor o algo así y gritarles «¡vamos chicas, la vida es corta y tiene mucho que ofrecernos!», rememorando la frase que Paula nos había estado repitiendo varias veces a lo largo de toda la noche. Pero no quise ser mala y aproveché para desayunar con mi madre en el jardín, ya que llevaba dos días sin apenas verla. Concretamente desde que mis amigas cogieron sus días libres de puente y habían inventado mil planes para cada día de él. Iban a acabar conmigo.

—Bueno, ¿y cuáles son los planes para el día de hoy? —mi madre estaba a favor del plan de mis amigas de no parar en casa y vivir unos días intensos.

—No tengo ni la menor idea. ¿Crees que piden mi opinión para algo? Pues te diré algo, ¡no!, no lo hacen, sólo se limitan a decidir mi vestuario y ya está. No tengo ni voz ni voto. La verdad es que no sé por qué me estoy prestando a toda esta locura.

—Hija, no dramatices, anda. Todo esto te está viniendo fenomenal —la miré por el rabillo del ojo a propósito como dándole a entender que debería de estar de mi parte y no del de esas dos liantas—. Eres joven, Silvia, y últimamente has vivido situaciones que nadie debería vivir. Así que, aprovechando que estás bien de salud —ahora me hizo abrir mucho los ojos, bien de salud decía ¡Ja!—. No me mires así, estás estabilizada y lo tienes todo controlado, así que sí, estás bien de salud y, además, hace un tiempo maravilloso y, por si fuera poco, tienes a dos amigas que quieren pasar contigo sus mini vacaciones. Quizá tú no te das cuenta, pero eres afortunada, hija, muy afortunada. Y quiero que lo aproveches. La vida es corta y muy hija de puta, hay que aferrarse a las cosas buenas y maravillosas que nos puedan ir pasando porque las demás, las malas, vienen de golpe, sin avisar y más a menudo de lo que deseamos.

—Mamá, me has dejado de piedra, hasta un taco has soltado. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi santa madre? —ambas rompimos a reír con todas nuestras ganas. Y era cierto, desde que mi madre supo lo de mi enfermedad ya no era tan controladora, tan perfecta madre por decirlo de algún modo, ahora la sentía más alocada, como queriendo aprovechar al máximo todo el tiempo. Y sin preocuparse de sí todo a su alrededor estaba perfectamente perfecto.

—Cariño, si pudiera echar marcha atrás, cambiaría muchas cosas con respecto a mí. Viviría de otra forma, con menos preocupación, más... libre.

Pero, como yo no puedo retroceder en el tiempo, quiero empujar a mi hija a que viva la vida que, ahora veo, me hubiera gustado vivir a mí —alargó la mano a través de la mesa hasta que cogió la mía con fuerza y me miró intensamente a los ojos—. Vive, Silvia. Haz todo lo que te dé la real gana y disfruta cada momento. Sé feliz, hija. Haz caso a tu corazón y no mires nunca atrás, el pasado pisado. Vive el presente y vívelo de tal manera que cuando llegues a tu futuro, recuerdes tu pasado con una sonrisa *tannnnnnn* grande que hasta te duela la mandíbula.

—Vaya, creo que son unas palabras muy... intensas. Gracias, mamá. Por todo.

—De nada, cielo —y como sino acabásemos de tener la conversación más profunda que una madre y una hija puedan tener, me soltó la mano y le dio un mordisco a su tostada de jamón con tomate.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué planes tienes tú para hoy? —pregunté imitándola.

—Oh, tú no te preocupes por mí, hija. Tu padre y yo iremos a dar una vuelta, ya sabes, estamos en la edad en la que el médico te recomienda dar largos paseos, así que nos perderemos buena parte del día.

—Me parece perfecto, mamá.

Sorprendentemente, mis amigas no tardaron mucho más en levantarse. Casi no podía ni creérmelo cuando me dijeron que se habían puesto el despertador y todo porque había mucho por hacer en el día de hoy y no querían perderse absolutamente nada de todo lo planeado. Volví a insistir, a ver si ahora tenía más suerte, en que me adelantaran cuáles eran los planes para hoy, pero sólo se miraron y se echaron a reír como dos completas idiotas. Así que nos arreglamos (obviamente, y para no variar nada de los últimos tres días, eligieron mi ropa) y nos tiramos a la calle. Miré mi reloj. Las once y cuarto de la mañana. Y agradecí que me dejaran llevar mis *converses*, ya que, conociéndolas, volveríamos a altas horas de la noche y mis pobres pies no soportarían tantas horas subidos a alguna plataforma.

No fue hasta que llegamos al Paseo de Gracia que me enteré de que íbamos a pasar buena parte del día en los grandes almacenes de El Corte Inglés de la Plaza de Catalunya. Por lo visto, mis amigas decidieron que no me vendría nada mal renovar un poco mi vestuario y ahí sí que tuve que darles la razón. Hacía así como ¿mil años? que no había ido de compras, y cualquier profesional de la moda sabe que eso es algo que, además de encantarnos, es imprescindible en este mundillo. Así que le saqué brillo a mi tarjeta de crédito y entré con ganas en el gran centro a sabiendas que encontraría las más

conocidas y prestigiosas firmas nacionales e internacionales en un único lugar, evitando andar más de la cuenta y, por ende, no perder mucho tiempo. El lugar estaba repleto de gente, diría que más que en cualquier ocasión en la que lo hubiera visitado. No sabría decir si se debía a que el día anterior se había celebrado la festividad del Pilar y un día después la gente tenía mono de compras. En cualquier caso, a mí me daba igual. Estaba acostumbrada (al menos hasta hacía unos meses lo había estado) al bullicio de gente y a las compras compulsivas. En una ocasión me había parecido ver entre la multitud a mi hermano, pero deseché la imagen, hasta donde yo sabía estaba de vacaciones con sus amigos en alguna parte de Inglaterra. Tampoco era que me contase mucho de por dónde andaba, así que no me preocupaba demasiado. Unas tres horas después, cargaba conmigo cuatro bolsas y una sonrisa de satisfacción digna de ver. Pero las tres también llevábamos el estómago vacío, así que decidimos picar algo en la magnífica terraza de la cafetería.

—Me encanta tu nuevo vestido de *Desigual*, Silvia. Te hace un escote perfecto y súper sexi —Paula llevaba razón, me quedaba que ni pintado.

—¡Sí! Ha sido amor a primera vista, chicas —nos echamos a reír e hicimos el típico brindis de «¡por nosotras!» con nuestras colas *light*—. Bueno, ¿y ahora a qué sección vamos? ¿Cosméticos? ¿Joyería? —pregunté impaciente por seguir gastando un poco más.

—Habíamos pensado en entrar al salón de belleza que hay en la última planta.

—¿Y eso? —pregunté extrañada, ya que se las veía perfectas.

—Para ponernos más guapas de lo que estamos, nunca sabes a quién te puedes encontrar o a quién puedes enamorar.

—Estás para una paga, Paula. Tú enamorarías al que fuese, aunque llevases puesto una camiseta llena de agujeros y tuvieses el pelo recogido en un moño hecho a toda prisa.

—Bueno, pues me apetece mucho una pequeña sesión de peluquería y maquillaje. Porfi, porfi, porfi —pidió, con puchero incluido.

—A mí me apetece también mucho, será divertido pasar un rato entre amigas en un salón de belleza —pues si hasta Alejandra estaba de acuerdo...

—¿Quién soy yo para oponerme a tal aventura?

Cuando dos horas más tarde me miré en el espejo, apenas me reconocía. Me habían hecho un tratamiento para el pelo espectacular. Se veía tan brillante y sedoso. Apenas me corté las puntas, pero se notaba el cambio. Además, me lo habían rizado ligeramente y qué decir del maquillaje, para nada cargado y,

sin embargo, mi reflejo era tan diferente a hacía apenas unas horas... Las chicas se empeñaron en que, ya que estábamos, nos cambiásemos de ropa para así estrenar de todo y decidieron que mi nuevo vestido escotado que descansaba aún dentro de una de mis bolsas pegaría mucho con los tonos color pastel que habían elegido para mi maquillaje. Así que cuando salimos del salón, parecíamos tres *celebrities* sacadas del mismo Manhattan. El verme así de guapa y de sexi me hizo sentir segura y poderosa y, en ese momento, me vino un pensamiento: ojalá estuviese aquí Jorge para verme, no dudaría ni un segundo en tirarme a sus brazos y decirle todo lo que siento. Así de segura me hizo sentir mi nueva imagen. Decidimos bajar a la planta de joyería y, mientras nos acercábamos bajando por las escaleras mecánicas, me asombró ver que era la planta que más llena de gente estaba. Casi todo el mundo estaba concentrado en el centro de ella y todos parecían estar mirando hacia el mismo punto. Hacia mí.

CAPÍTULO 27

FLASHMOB

SILVIA

«Hay quienes buscan un final feliz, y otros, mis favoritos, quienes buscan ser felices sin final».

Durante unos instantes sentí varias cosas a la vez. Asombro, pánico y vergüenza. Las escaleras mecánicas llegaron a su fin y yo no podía despegar los ojos de todas aquellas personas que parecían reunidas en un mismo punto con sus miradas clavadas en la mía y con amplias sonrisas. Me giré hacia mis amigas para comprobar que ellas también se habían dado cuenta de ello y me las encontré agarradas la una a la otra sonriendo y dando pequeños saltitos.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunté casi temblando.

—Ven —Paula tiró de mi brazo e hizo que me sentase en un sillón con grandes orejeras de color rojo que había justo entre las dos escaleras mecánicas y que quedaba enfrente del gran *hall* de la planta número cuatro. Me dejé llevar totalmente anonadada. Y sin entender qué estaba ocurriendo, me quitó las bolsas y me acomodó un mechón de pelo—. Tú solo relájate, disfruta y no pierdas detalle alguno, ¿vale?

—Pero...

—¡Shh! —y se alejó de mi perdiéndose entre esa multitud de gente junto con Alejandra, mientras que yo me había quedado como paralizada en aquel cómodo sillón y me limité a mirar sin poder cerrar del todo mi boca.

De repente, unos acordes de una música demasiado conocida para mí, empezó a oírse por los altavoces y toda la gente que había allí se giró dándome la espalda mientras se deshacían todos a la vez de la parte de arriba de su vestuario para hacerme comprobar que todo el mundo ocultaba una camiseta de color blanco con un corazón gigante de color rosa pintado en el centro de sus espaldas. Abrí los ojos de par en par y mi boca no se quedó atrás. Todos a la vez empezaron a subir las manos muy lentamente como si quisieran tocar el cielo. La canción sonaba alta y clara, haciendo que no se oyese nada más. *I've had The Time of my life*. Mi canción favorita. Noté cómo empezaban a salir las primeras lágrimas. La multitud volvió a girarse de nuevo para quedar frente a mí retomando nuevamente la primera postura. Se movían al unísono, al son de cada uno de los acordes de la canción. Era todo un espectáculo ver a tanta gente moverse a la vez y de la misma forma. Había

gente joven, gente mayor, hombres y mujeres de todas las edades. Gente tan diferente la una de la otra... Y todos y cada uno de ellos parecían estar bailando para mí. Sus gestos iban todos dedicados hacia donde me encontraba y yo no entendía nada, pero sí había notado que, dentro de mi sorpresa, estaba sonriendo y disfrutando de lo que estaba viviendo en aquel momento. Justo cuando empezó el estribillo, la gente que había en las primeras filas fueron apartándose poco a poco dejando paso a una fila de más gente que se dirigía hasta casi colocarse a mi altura. Cada una de ellas portaba entre sus manos una cartulina blanca con una palabra escrita con letras negras y grandes. Se acercaban una por una, me las enseñaban, las leía y se volvían por su izquierda o su derecha, alternándose. Empecé a leer y ya no me quedó ninguna duda de que todo aquello sí que estaba dirigido a mí:

SILVIA – DESDE – NUESTRO – PRIMER – BESO – SUPE QUE – MIS LABIOS – TE ESPERABAN – DE TODA – LA VIDA – PIENSO QUE – EL AMOR – ES ESO – CUANDO – DOS PERSONAS – SE ENCUENTRAN – POR CASUALIDAD – Y RESULTA – QUE SE – ESTABAN – ESPERANDO – DESDE – SIEMPRE – EN DEFINITIVA – TODO SE – REDUCE A – LA ÚLTIMA – PERSONA QUE – PIENSAS EN – LA NOCHE – AHÍ ES – DONDE – ESTÁ – TU CORAZÓN – Y YO – SOLO – PIENSO – EN TI

Apenas podía leer. Agradecí inmensamente que las letras fuesen enormes. Mis lágrimas, que caían a borbotones, no me hubieran dejado ver lo escrito. Ya no escuchaba la música, estaba concentrada en seguir leyendo. Cada palabra que leía me acercaba más al final y sólo esperaba que acabase de una vez, porque imaginaba que al final de todo esto estaría él esperándome y yo ya no podía pensar en nada más que arrojarme a sus brazos y llenarlo de besos. Las cartulinas blancas seguían apareciendo, pero ahora quienes las portaban no eran desconocidos para mí. Me llevé las manos a la cara como sujetándola cuando vi a mi jefa, compañeras, a mi hermano y un par de sus amigos y, por supuesto, a mis dos amigas íntimas, que ahora entendía (o más bien estaba segura de ello) estaban compinchadas con Jorge y les habían ayudado a planear toda esta maravillosa locura. Y seguí leyendo:

ASÍ QUE – PRECIOSA – SI VAMOS – A ESPERAR – A ESTAR – LISTOS – ESPERAREMOS – EL RESTO – DE NUESTRAS – VIDAS – ¿ESTÁS – LISTA – PARA – DEJARTE – QUERER – DE UNA – VEZ POR – TODAS?

Me carcajeé abiertamente mientras limpiaba mis lágrimas y asentí con la cabeza completamente nerviosa y, entonces, la canción estaba llegando a su final y la fila de amigos y conocidos también, sólo quedaban dos personas que

no iban una detrás de otra, sino una al lado de la otra. Mis padres. Ambos, portaban otra cartulina, pero esta era más grande que las demás. Llegaron a menos de un metro de donde estaba sentada y mi madre me guiñó un ojo invitándome a que leyese el mensaje que les había tocado llevar:

¿QUIÉN TE VA A QUERER TANTO, TANTO COMO YO?

Me miraron de una manera tan dulce y tierna que me llenó de amor. Jamás había llorado de felicidad durante tanto tiempo seguido. Yo seguía mirándoles con vehemencia y me mandaron un beso aéreo para retirarse, abriéndose cada uno por el lado contrario al otro, y allí fue cuando mi corazón se paró en seco. Ahí estaba, Jorge, justo detrás de ellos, con una rosa roja en la mano, vestido con un traje de Adolfo Domínguez que le quedaba perfecto y con una amplia sonrisa y unos ojos brillantes. No sabía si de felicidad, de emoción o porque estaban a punto de echarse a llorar. Se acercó a mí e hincó una rodilla en el suelo. Yo necesitaba respirar o moriría allí mismo. Tuve que recordármelo y sólo entonces pude tomar una gran bocanada de aire tan rápidamente que me hizo sentir ligeramente mareada.

—Hola, princesa —volví a coger aire, pero no tan rápido—. Creo que esta gente ha hablado por mí, te han dicho todo lo que necesitaba decirte para que sepas que me da igual todo lo que pase, que no quiero nada más en esta vida que vivirla junto a ti y que, aunque sé que no será fácil, es la vida que escojo. No quiero otra Silvia. No quiero nada ni a nadie que no seas tú. Así que —sonrió ladeando ligeramente los labios y sus perfectos hoyuelos hicieron su aparición sólo para dejarme más embobada aún de lo que me tenían sus ojos y su boca—, ¿quieres dejarte ya de tonterías y volver a ser mi novia?

Me había quedado sin palabras. Por unos segundos me faltó el aire, no podía controlar esa sonrisa boba que conseguía sacarme y mi corazón se volvió loco. Todo eso cuando me miró de esa manera tan especial, como si fuera lo mejor que tenía en su vida... En ese instante me percaté de que la canción había terminado y de que todo el mundo allí reunido estaba expectante esperando mi contestación, pero yo no podía decir nada. Sentía que, aunque quisiera, las palabras no saldrían. Era tanto el amor que sentía en ese momento que mi corazón estaba tan hinchado de felicidad gracias a aquel hombre que tenía arrodillado frente a mí que nada de lo que dijera podría explicar lo que sentía, así que haciendo uso de todas y cada una de mis terminaciones nerviosas, me levanté para arrodillarme junto a él y besarle como jamás en toda mi vida había llegado a besar a nadie. Esa era la única forma que tenía en esos momentos de contestarle, de explicarle que le quería con toda mi alma.

Derramé sobre su boca todo el amor y admiración que sentía por él y me limité a beber de la suya para calmar esa sed que había durado... demasiado tiempo.

CAPÍTULO 28

TE QUIERO ASÍ

JORGE

«Te quiero con tus cicatrices, con tus heridas, con tus lágrimas. Te quiero así: natural, verdadera».

Había perdido la cuenta del tiempo que hacía que no me deleitaba la vista viendo salir el sol. ¿Acaso existía algo más bonito en este mundo que un precioso amanecer? Hice un amago de mirar hacia atrás sonriendo. Sí que lo había, y en ese instante descansaba plácidamente dormida encima de mi cama. Lo había hecho un par de horas antes apoyada en mi pecho, exhausta tras una noche apasionada donde las haya. Que yo recordase, no había vivido una noche tan perfecta como la que acababa de vivir. Y después de algo así, ¿cómo iba a poder dormir? Era imposible dejar de mirar su rostro. Tan dulce, que me sentía completamente hipnotizado por ella. Lo único que hizo que me apartase de su lado a tan solo unos metros fue para embeberme de esa maravilla que era contemplar el amanecer. Desde siempre me había dado fuerzas hacerlo y, aunque desde hacía unas horas me sentía el hombre más fuerte del mundo, necesitaba de esa energía para completarme. Atrás habían quedado los miedos. El de ayer había sido un día muy largo y mereció la pena pasar por toda esa incertidumbre y vergüenza tan solo por el hecho de ver a Silvia emocionada y feliz. Cada vez que mi mente revivía una y otra vez algún momento vivido durante mi flamante declaración, una sonrisa tonta se instalaba en mis labios, como un quinceañero enamorado por primera vez. Y es que la verdad era que jamás me había enamorado hasta conocer a Silvia. Se levantó una ligera brisa y sentí un repentino escalofrío. Decidí volver adentro y ponerme al menos una camiseta. Parecía que el soleado día de ayer no iba a repetirse hoy, se esperaban cielos cubiertos de nubes y, según la predicción del tiempo, lluvia a partir del mediodía. Perfecto, pensé. Silvia y yo, una cama de dos metros y, por si fuera poco, de fondo la sutil melodía de la lluvia. Parecía que el universo por fin estaba a mi favor. Antes de entrar miré hacia arriba y le di las gracias a quién fuera que le perteneciera por regalarme lo que más deseaba en este mundo.

No quería despertarla tan temprano, así que me metí un buen rato en el gimnasio de la casa de mi padre, que era donde habíamos pasado la noche, y después me regalé un baño relajante. Bajé a la cocina decidido a preparar un

desayuno rico en vitaminas y cereales. Ambos lo necesitaríamos. Y hasta me permití poner música de fondo, algo inusual en mí, pero me apetecía hacer de todo. Supongo que ese es el estado de la felicidad. Me decidí por música romántica (al fin y al cabo, era el estado en el que me encontraba, enamorado y, por lo tanto, ñoño perdido). El elegido fue Ben E. King: *Stand By Me*. Sin darme cuenta, empecé a tararear la canción. Incluso me movía al compás de la música (o eso imaginé) mientras exprimía unas naranjas.

—Oye, si vas a estar en mi cabeza dando vueltas todo el día, al menos podrías vestirme, ¿no? A propósito, bonito culo. No tenía ni idea de lo bien que sabías moverlo —sonreí sin dejar de mover mi culo y me volví lentamente para encontrarme con mi musa—. Deberíamos salir a bailar algún día.

—Y lo haremos —me acerqué a ella lentamente, comiéndomela con los ojos, provocándola. Y surtió justo el efecto que esperaba, se sonrojó de una forma deliciosa que la hacía ver sexi y dulce a la vez. La pegué a mi cuerpo rodeando su cintura con mis brazos, haciéndola mi prisionera—. Iremos a bailar, a navegar, a esquiar, incluso hasta puede que te enseñe a pilotar una avioneta.

—¿¡Qué!?! Estás completamente loco, no pienso hacer la mayoría de esas cosas. Pero si quieres podrías hacer algo en este preciso instante.

—Tus deseos son órdenes para mí —metí mi cabeza entre su pelo sólo para aspirar su delicioso aroma a coco y menta. Me volvía loco.

—Podrías... besarme, hace un buen rato que no lo haces y mis labios se sienten tan solos...

Me encantaba verla en el papel de mujer sensual. Sabía que para ella todo esto era nuevo debido a su pasado, y saber que era yo el que estaba instruyéndola en el arte de amar me hacía sentir más especial si cabía. La besé. Ella lo estaba esperando y yo deseando, así que la besé. Obviamente mi plan no era simplemente besarla, sino comérmela entera, pero yo quería que, precisamente, ella se alimentara bien y tomase sus pastillas antes de empezar otra ronda de desgaste físico. Así que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, me separé de su boca y de su cuerpo y me concentré en terminar el desayuno. En cuánto la bandeja se quedó vacía, empezamos de nuevo. Al fin y al cabo, teníamos la obligación moral de recuperar el tiempo perdido.

CAPÍTULO 29

CHLOE

ABRIL 2021
SILVIA

«Y cómo no te voy a querer, si me enseñaste a vivir».

El ser humano, por excelencia, siempre quiere más de lo que tiene. Somos «así». ¿Por qué conformarnos con un poco de felicidad si podemos conseguir la felicidad casi al completo? Acababa de cumplir los treinta y había aprendido mucho de la vida. Por suerte o por desgracia tuve que hacerlo. Y ahora valoraba ciertas cosas que antes no me parecían importantes por encima de otras que sí lo hacían antaño. Estos años atrás al lado de Jorge habían sido perfectos, Me sentía protegida y amada a partes iguales y, por si me parecía poco el regalo que la vida me había brindado al cruzarlo en mi camino, también me había regalado unos años muy buenos en lo que a mi estado de salud se refería. Apenas se habían presentado episodios neurológicos agresivos, que era lo que más temía mi hombre. Todo a mí alrededor estaba resultando bueno, apacible, pero... Siempre hay un pero, ¿verdad? Yo quería más y no sólo porque así lo sentía dentro de mí, como una especie de llamada o algo así, también lo quería por él. Estaba completamente decidida a ser madre y ahí es donde empezó el problema, el día en que le comuniqué a Jorge mi mayor deseo. Habíamos discutido en los últimos meses más que en todo el tiempo que llevábamos juntos, y eso que vivir conmigo no era para nada fácil. Yo no estaba acostumbrada a que Jorge me debatiera nada de lo que le proponía, siempre por encima de todo se hacía lo que yo decía. Su amigo Juan, por meter cizaña, siempre le decía que la que llevaba los pantalones en casa era yo, pero no se trataba de eso. Él quería complacerme en todo y yo puede ser que me aprovechara un poco de la situación. Hasta que le expuse lo que realmente quería. No fue una decisión tomada a lo loco, lo pensé muchísimo. Sobre todo me daba miedo el poder infectar a mi bebe, pero confiaba en que Jorge iba a controlarlo todo. Mantendría el virus a raya y tomaría las mejores decisiones para que el embarazo y el parto fuesen seguros para la criatura. Pero tenía miedo, mucho miedo. Y yo le entendía en parte, pero estaba preparada. Yo no tenía miedo ni dudas, quería darle un hijo y sentirme madre. Crear algo tan hermoso entre los dos, fruto de nuestro amor. ¿Acaso no había sido él el que me enseñó a ser fuerte y a no tener miedo del futuro? Le prometí que haría todo lo que me pidiera, le prometí que todo saldría bien y se lo

prometí y pedí hasta la saciedad.

Noté una especie de cosquilleo en mi espalda y me estiracé en la cama. Últimamente no conseguía dormir mucho de noche, así que tenía que echar la siesta. Órdenes de mi doctor. Permanecí con los ojos cerrados y ahora el cosquilleo lo sentí en la mejilla. Sonreí sin abrirlos todavía y alcé mis manos hasta encontrar su cara.

—Hola, preciosa.

—Hola, amor —abrí los ojos y me topé con su rostro casi pegado al mío, sonriéndome con esos hoyuelos que eran mi perdición. Estaba tan guapo que parecía irreal.

—Creo que has tenido un buen sueño, o al menos eso parece, por la expresión de felicidad de tu rostro.

—No lo recuerdo, pero sí que me siento feliz. Cómo no iba a estarlo teniéndote conmigo. Tengo todo lo que quiero —mis manos volaron instintivamente hacia mi protuberante vientre de siete meses y lo acaricié con ternura y devoción. Él siguió mis manos con su mirada y, aunque intentaba mirar con la misma ternura que yo, no podía remediar el que asomara a sus ojos la preocupación—. Estoy bien, lo estamos los dos —asintió. Me dio un ligero beso en los labios y se levantó de la cama.

—¿Tienes que ir esta tarde a la clínica? —me incorporé, no sin esfuerzo.

—No. He pensado que podíamos ir, si te apetece, a encargar la habitación del bebé —casi di un brinco hasta ponerme a su lado y colgarme de su cuello. Llevaba tiempo queriendo hacerlo, pero él quería esperar a que el embarazo estuviera más avanzado, temiendo siempre lo peor.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Creo que ya va siendo hora.

—Opino igual, doctor Peralta. Media hora, solo dame media hora y estaré lista —salí pitando hacia el cuarto de baño, entusiasmada como una niña pequeña que sabe que va a ir al parque a jugar en los columpios. Seguro que esa noche dormiría mucho mejor, ya que no estaría pensando en que quedaba como un mes y medio para mi programada cesárea y aún no tenía absolutamente nada preparado.

Cuatro horas después estaba exhausta a la par que satisfecha. No había comprado tanto en una misma tarde en toda mi vida y, además, como no conocíamos el sexo del bebe, ya que no estaba por la labor de dejarse ver, elegí más ropita de la necesaria. Básicamente el doble de todo. Jorge estaba preparando la cena y yo fui a darme un baño, me dolían los pies y también la

cintura. Mi barrigota de siete meses de embarazo no tenía nada que envidiarle a una embarazada a punto de dar a luz.

—Si sigues creciendo así, en una semana más no vamos a poder entrar por la puerta —le dije a mi barriga mientras le ponía abundante crema para las estrías.

—¡Cariño! La cena está servida. Baja, que se enfría.

—¡Voy!

Chillé mientras terminaba de meterme el camisón por encima de la cabeza y, cuando pasó por esta, de repente, todo empezó a difuminarse ante mí. Sabía que, o me agarraba a algo, o caería al suelo sin poder evitarlo. Conseguí agarrarme al marco de la puerta del cuarto de baño e intenté respirar hondo, pero no cambió nada. Conseguí llegar hasta la cama a duras penas mientras sentía unos pinchazos en la cabeza fuera de lo común. Estaba pasando algo, de eso no había duda, no encontraba las fuerzas para llamar a Jorge, solo me concentraba en respirar para no perder del todo la consciencia. El miedo me invadió, me tumbé de lado sujetándome la barriga mientras me daban ganas de arrancarme la cabeza. Era insoportable y no pude aguantar más, me dejé tragar por esa oscuridad que me había invadido de repente.

No sabía cómo había llegado allí, pero estaba en un sitio precioso. Me encontraba sentada en un banco frente a un lago y todo a mi alrededor estaba tan verde. Al fondo, se podía apreciar una cascada y el cielo era de un azul claro, sin una sola nube. No me dolía la cabeza ni la cintura ni nada. Mi bebé y yo nos sentíamos tan tranquilos que me limité a disfrutar de las impresionantes vistas hasta que, de repente, oí a alguien acercarse y miré hacia atrás. Era una mujer joven, de unos cuarenta años, con una melena negra y unos grandes ojos marrones. Era alta y delgada. Era muy guapa.

—Hola. Soy Silvia. ¿Quién eres tú?

—Hola, Silvia. Yo soy Zuriñe, pero todos me llaman Zuri —se sentó a mi lado sin dejar de observar mi vientre—. ¿Puedo? —asentí invitándola a poner su mano sobre él—. Es una niña. ¿Lo sabías? —mi corazón dio un vuelco. ¡Una niña!

—No lo sabía. ¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Y cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé —retiró su mano de mi vientre y alzó el rostro cerrando los ojos, como queriendo alimentarse de esa brillante luz que provenía de algún lugar y que calentaba como si fuese el mismo sol, aunque no

lo vi por ningún lado—. No debes preocuparte, todo saldrá bien. ¿Has pensado ya que nombre vas a ponerle?

—La verdad es que no.

—Bueno, lo sabrás en cuanto veas su carita.

—¿Crees que nacerá bien? Tengo miedo de transmitirle el virus. Yo... tengo sida, ¿sabes? —no entendía por qué le contaba todo eso a una desconocida, pero la verdad es que nada de lo que estaba viviendo en ese momento tenía sentido para mí. Y ella, era como si la conociera, como si fuese alguien cercano a mí, o al menos así me hacía sentir el tenerla sentada a mi lado.

—¡Venga ya! No debes pensar en esas cosas. Por supuesto que no vas a transmitirle el virus a tu hija y sé que en el fondo tú también lo sabes, así que no me vengas ahora con miedos. Eres muy fuerte, no te hace falta que yo te lo recuerde.

—Llevas razón, todo va a salir bien —entonces, recordé los pinchazos en la cabeza y la oscuridad. Me levanté y la miré con los ojos desorbitados—. ¿Dónde estamos? ¿Qué es este lugar? ¿Acaso... acaso estoy muerta?

—Oye, tranquilízate, ¿quieres? —me hizo volver a sentarme y me cogió ambas manos—. No estás muerta, aún no ha llegado tu hora. Solo estás dando un paseo.

—No lo entiendo.

—Digamos que has ido a dar una vuelta a un lugar muy lejano. Mientras que tú estás haciendo turismo, hay gente que se ha quedado con vosotras para ayudaros y yo, mientras tanto, te estoy haciendo compañía. ¿Sabes? Yo también tengo una hija, se llama Korito y es preciosa.

—Todo esto es muy extraño. ¿Dónde está tu hija?

—Está donde tiene que estar. Tiene que vivir muchas experiencias antes de venir a visitarme.

—¿Y por qué he venido yo a visitarte?

—Te contaré algo Silvia. Este sitio es solo para unos pocos privilegiados. Yo soy vasca y pensaba que no habría mejores paisajes más allá de mi tierra, pero esto es... espectacular —señaló hacia el horizonte que no parecía tener fin—. Aquí venimos los que merecen estar, los que, por diferentes motivos, les toca dejar lo que conocen, lo que tenían, lo que pensaban que iban a tener. Pero todo eso pasa a no tener importancia cuando llegas aquí. Sólo entonces entiendes por qué lo has hecho. El porqué lo has abandonado todo antes de tiempo. Aquí no se sufre, aquí todo es paz.

—Entonces, es como el ¿cielo?

—No lo sé. ¿En el cielo hay conciertos cada noche? —me encogí de hombros—. Pues aquí sí los hay. Esta noche toca mi grupo favorito, Barricada.

—¿Y Bon Jovi dará algún concierto aquí?

—¡Pues claro que sí! Te prometo que cuando vuelvas tendré organizado un concierto de Bon Jovi para las dos solas. ¿Te hace? —asentí sonriendo.

—Eres una tía muy rara. ¿Lo sabías, Zuri?

—Oh, sí, ¡muchas gracias!

Estuvimos un buen rato admirándolo todo, respirando ese aroma a flores y calentando nuestro cuerpo bajo aquella luz radiante. La verdad es que no entendía nada, pero me sentía muy bien hasta que de repente noté el cuerpo muy pesado. Apenas tenía fuerzas y me di cuenta de que la luz iba menguando. Me asusté.

—¡Zuri!, ¿qué pasa? ¡Ayúdame!

—No te preocupes, ahora tienes que irte.

—Pero yo no quiero irme, aquí me encuentro muy bien.

—Lo sé cariño, pero has de hacerlo. Nos volveremos a ver. Te estaré esperando, pero aún no. Un poco más.

Se levantó y empezó a alejarse de mí, dejándome sola en aquel banco que poco a poco iba desdibujándose, como todo a mí alrededor. Pero antes de que todo se hubiese esfumado volvió a hablarme desde la distancia.

—¡Al final no me has dicho cómo se va a llamar tu hija!

—¡No lo sé! —grité.

—Me gusta Chloe.

Y desapareció. Como todo. Cuando abrí los ojos, el paisaje era tan diferente. Estaba rodeada de máquinas y tenía los brazos llenos de cables que iban conectados a esas máquinas. Una gran venda hacía presión alrededor de mi cabeza y supe que la tenía vendada. Me sentía muy cansada y con la cabeza aturdida, pero logré con mucho esfuerzo enfocar los ojos hacia el frente. Y ahí estaba Jorge. Me miraba como si no me hubiera visto desde hacía mucho.

—Silvia, al fin despiertas —me besó en la frente sentándose al lado de la cama. Tenía los ojos hinchados y unas profundas ojeras. Se veía como si de repente hubiese envejecido unos cuantos años en tan solo unas horas.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Todo se complicó un poquito. Tu sistema neurológico empezó a fallar. Como al principio. Y desencadenó el parto. La carga viral era demasiado alta, así que no lo pensé dos veces. Te inyecté zidovudina. Te hablé de ella,

¿recuerdas? —asentí—. Logramos sacar al bebe a tiempo. Te hemos hecho una cesárea —pero cómo podía haber pasado todo eso, yo no me había enterado de nada.

—¿Cómo está mi bebé? —quise incorporarme, pero no tenía fuerzas. Y él no me lo permitió tampoco.

—Tranquila, la niña está perfectamente bien. Ya le estoy administrando también a ella la zidovudina. Los análisis son negativos, no tiene el virus, pero hay que seguir administrándole la medicación durante unas semanas más — solté una gran bocanada de aire. Mi bebé estaba sana.

—Una niña...

—Sí. Oh, princesa, es tan bonita. Tiene tu mismo pelo, aunque tiene mis ojos. Es preciosa... Debemos pensar en cómo va a llamarse. Hasta ahora, la he llamado bomboncito —hablaba de ella con devoción. Era como si todos sus miedos hubieran desaparecido al verle la cara, y me alegré por ello. Era conocedora de que algún día serían solo ellos dos y quería con toda mi alma que estuvieran unidos desde el primer día para que se cuidasen el uno al otro sin notar mi falta.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Cinco días, con sus cinco noches. Pero al fin has vuelto —me besó en los labios muy tiernamente—. Te quiero, amor.

—Y yo a ti... —De repente recordé algo del lugar donde había estado todo ese tiempo—. Chloe.

—¿Cómo dices?

—La niña, se llamará Chloe. ¿Te gusta?

—Me encanta —sonreímos mirándonos a los ojos. En los suyos se veía como el miedo que había pasado estaba retrocediendo. Empezaron a brillarle más y, en los míos, seguramente estaría viendo cuánto le amaba por haberme dado la vida, por haberme enseñado a vivir.

CAPÍTULO 30

LO PENSÉ DOS VECES. TE ELEGÍ EN AMBAS

JORGE

24 de diciembre de 2026

«Hacerte cada día sonreír será siempre mi mayor logro».

Chloe y yo habíamos disfrutado a lo grande decorando el gran árbol de Navidad, continuando con la tradición de la familia desde que era pequeño, de decorarlo en la mañana de Noche buena. Pero la pequeña me había dejado exhausto. ¿Cómo podía una niña de cinco años tener tanta vitalidad? Era como un torbellino, no paraba nunca. Hasta cuando estaba dormida no conseguía estar quieta. Agradecí que Anabel se la llevase a darle su almuerzo y me tomé unos minutos para permitirme pensar, viajar un poco al pasado a visitar a mi familia. Me acerqué hasta la chimenea. Más que para calentarme, era para observar los rostros de mis padres en aquellas fotos antiguas. Los extrañaba tanto, sobre todo a mi padre. Supongo que el motivo era que él me acompañó durante más tiempo. Suspiré. Sentía que había hecho lo correcto cuando tomé la decisión de que viviésemos en su casa. Sí, era demasiado grande, pero fue el hogar donde ellos dos fueron muy felices. El hogar que me vio crecer. Y quería que mi hija también creciese allí y sintiera tanto amor como yo había sentido. Tomé entre mis manos el retrato de mi madre sonriendo el día en que me dio a luz y quise dedicarle unas palabras. «Gracias. Por haberme traído a este mundo y así haber podido disfrutar parte de una vida extraordinaria». No era sólo el hecho de que, en esas fechas, todos echásemos de menos a nuestros seres queridos. Era mucho más que eso. Por suerte o por desgracia, había vivido dos grandes pérdidas en mi vida. Mis padres habían sido mis cimientos, me había sentido querido durante todo el tiempo que tuve el privilegio de poder tenerlos a mi lado. Y les debía tanto... Me enseñaron muchas cosas, pero lo que más agradecía a día de hoy fue que me enseñaran que perder a alguien a quien quieres no significaba que la vida acabase también para ti. Cuando alguien a quien amas y quien te ama se aleja para siempre, significa que su misión en tu vida ha acabado y que empieza una nueva etapa en la que tienes que luchar e intentar ser feliz y seguir adelante sin

olvidar todo lo que te ha enseñado y, sobre todo, sin olvidar todo lo que te ha hecho sentir... Era conocedor de que tendría que volver a vivir ese duelo, pero sabía que sería diferente. No es que estuviese preparado para dejar ir a Silvia, al amor de mi vida. La sensación que tenía era de aceptar que me había dado tanto que no podía darme nada más y sólo me quedaba agradecer el resto de mi vida el haberla conocido. Ella había sido mi todo, la amaba con todo mi corazón y lo supe casi desde el principio. ¿Qué cómo lo supe? Muy fácil, donde te abracen y quieras cinco minutos más... Ahí es.

Claro que hubiese querido vivir mi vida junto a ella hasta que fuésemos viejecitos, pero eso no iba a suceder. Aun así, me sentía tan sumamente agradecido por haber vivido pocos, pero unos años tan felices junto a ella que más que tristeza sentía orgullo. Estaba orgulloso por haber sido elegido para dar y sentir tanto amor.

Ya estaba todo preparado para la gran cena familiar. Este año estaríamos todos, a petición especial de Silvia. Sus padres, su hermano y su cuñada con los dos gemelos; mi hermano y mi cuñada, mis sobrinos, Paula y Alejandra con sus respectivas parejas (ninguna sería por el momento) y el eterno solterón, mi amigo Juan. Empezarían a llegar dentro de una media hora y subí para ayudar a Silvia a terminar de arreglarse a sabiendas de que le gustaba más que lo hiciese yo a que lo hiciese Anabel.

—¿Cómo va todo por aquí? —Anabel estaba terminando de trenzarle el pelo, como si fuese una espiga, y Silvia se dejaba hacer con cara de pocos amigos. Sonreí, sabía perfectamente lo que estaba pensando—. Está bien, Anabel, ya termino yo. Ocúpate de Chloe, está sentada en el comedor viendo los dibujos.

—Claro que sí, señorito Jorge —Anabel salió y yo me acerqué muy lentamente hasta donde estaba Silvia. Me miró y su rostro de enfado desapareció enseguida.

—Estás preciosa esta noche, princesa —sonrió negando con la cabeza—. ¿Acaso no me crees? Ven, compruébalo por ti misma —la acerqué hasta el tocador, frente al espejo, y subió la mirada hacia él muy lentamente, fijándose en todos los detalles de su propio rostro. Anabel le había pintado los labios de un rojo intenso, como a ella tanto le gustaba. Cogió aire lentamente llenando sus pulmones al completo para después soltarlo igual de lento. Supe que estaba de acuerdo conmigo. Giré la silla hacia mí y me agaché hasta quedar a su altura—. ¿Me crees ahora?

—Sí...

—Y... ¿Estás preparada para recibir a tus invitados? —volvió a decir que sí, esta vez sólo con un movimiento de cabeza. Cada vez le costaba más trabajo hablar e intentaba hacerlo solo cuando era estrictamente necesario. La besé ligeramente en los labios, sólo un pequeño roce, y me preparé para cogerla en volandas y bajarla hasta el gran salón.

—Espera...

—¿Qué pasa, princesa?

—Quiero darte algo...

Volví a depositarla en la silla y me señaló con la mano un cofre pequeño de madera que había encima de su mesita de noche. Lo cogí y se lo coloqué encima de las piernas. Lo abrió muy lentamente, tanto como le permitían sus nervios motrices, cada día, un poco menos. Y sacó dos sobres que me invitó a coger con un asentamiento de cabeza. Cada uno llevaba una frase escrita. En uno podía leerse: *Para mi gran milagro, mi hija Chloe*. El otro sobre estaba claramente dirigido a mí: *Para el amor de mi vida*.

—¿Quieres que los lea?

—Aún no.

—Bien, esperaremos hasta mañana, si quieres.

—No. Quiero que este —señaló el sobre que estaba dirigido a nuestra hija — se lo des a Chloe cuando cumpla la mayoría de edad —mi corazón se detuvo un instante. ¿Acaso estaba intentando despedirse de mí? Yo sabía que no podía quedarle mucho más tiempo de vida, pero pensaba que aún le quedaba un poco más—. El tuyo podrás leerlo cuando...

—Silvia... amor...

—Cuando yo me vaya.

Le hice una promesa en ese momento, casi me obligó a ello, y yo debía respetar todas y cada una de sus decisiones. Así que guardé los sobres a buen recaudo e intenté no pensar en ese momento ni en los sobres en toda la noche. Una noche que jamás olvidaríamos ninguno de los allí presentes. Fue tan especial que se quedaría para siempre como uno de los mejores recuerdos que tuvimos con ella en nuestros corazones. A pesar de apenas poder moverse, a pesar de sufrir grandes dolores musculares, Silvia no dejó de sonreír durante horas, aguantó el tipo mirándonos a cada uno de nosotros como si fuésemos sus regalos de Navidad. Se sentía orgullosa de tener la gran familia que tenía sentada alrededor de su mesa. Cargó varias veces a Chloe entre sus piernas, mirándola con la admiración que una madre enamorada de su hija puede sentir. Y cuando todos se marcharon y la metí en la cama junto a mí, estuvimos el

resto de la noche mirándonos a los ojos, pegados el uno al otro, sin decir nada, contándonoslo todo. Cuando casi amaneciendo le venció el cansancio y cerró los ojos, volví a dar las gracias por todo el amor que había recibido por parte de la mujer que tenía entre mis brazos. Mi gran apuesta, mi gran amor. La chica de mi vida...

FIN

EPÍLOGO DE JORGE

14 DE FEBRERO DE 2027

Dejé que fuese Chloe quien depositara el gran ramo de rosas rojas sobre la lápida de su madre. De todas formas, no hubiese tenido opción. Mi hija sí quería podía llegar a ser muy persistente. Solté una carcajada cuando estuvo a punto de volcar hacia un lado. El ramo era casi más grande que ella, pero su entereza no le permitió caer y consiguió colocarlo justo en el centro. Después me miró orgullosa y altiva y la premié con un asentamiento de cabeza. Se sentó justo al lado del ramo y empezó a dibujar con sus deditos su nombre encima de la fría piedra blanca. Me senté justo detrás de ella y empecé a acariciarle sus preciosos rizos negros. Hoy hacía un día bonito que, aunque frío, el astro rey posaba allá en lo alto, majestuoso, calentando en parte nuestros rostros. Chloe empezó a tararear una canción mientras continuaba haciendo dibujos ficticios y yo volví a perderme en aquella carta rebosante de amor. Hacía un mes y once días que la había leído, justo el día en que murió la mujer que más había amado en toda mi vida y, desde entonces, se había convertido en mi lectura favorita cada una de mis frías noches:

Hola amor,

Esta carta no es para decirte cuánto te quiero, eso lo sabes de sobra y no creo que haya suficientes combinaciones de te quiero en el mundo para poder demostrártelo. Esta carta es para contarte lo que has hecho de mí.

Cuando te conocí, aunque no fue en las mejores circunstancias, cambiaste todo. Pasé de ser una mujer llena de miedos y prejuicios a ser una mujer completa en todos los sentidos. Me enseñaste mucho más de lo que puedas o creas imaginar, y no me refiero al arte de amar, que también, pero fue mucho, mucho más que todo eso.

Contigo aprendí el verdadero significado de la amistad, gracias a ti recuperé a dos de las personas más importantes de mi vida y dejamos de ser tres para ser cuatro. Sé de sobra que continuaréis con esa amistad tan bonita que se empezó a forjar gracias al hombre extraordinario que siempre has sido.

Esa es una de las razones por las que también me voy más tranquila, tener conciencia de que las tendrás a tu lado, os tendréis cuidándoos unos de los otros.

Contigo aprendí que la familia es una de las cosas más importantes que tenemos y que nunca valoramos, un regalo que ignoramos cada día y que tú me hiciste ver lo que realmente significa.

Contigo aprendí que siempre, siempre hay que luchar por lo que uno quiere, que no hay que conformarse con lo que la vida está dispuesta a brindarte, sino que hay que buscar lo que uno está dispuesto a querer tener.

Contigo aprendí que el amor es mucho más que unas palabras bonitas, una cena a la luz de las velas y una noche romántica. El amor es contar siempre el uno con el otro, es un amigo sentado a tu lado en las noches de insomnio, un confidente cuando necesitas soltar todo lo que tienes dentro porque si no sabes que estallarás en cualquier momento, una caricia en los momentos duros, una mirada en los no tan duros, un incansable amante, un compañero, un todo.

Me enseñaste a entender que no toda intimidad conlleva el sexo. Me enseñaste a no mirar más hacia atrás, para no volver a perderme lo que había delante de mí, y a lo largo de estos años junto a ti, me di cuenta de a cuánta gente había mirado toda mi vida y no había visto nunca. Amor mío, me llevo tantas miradas reveladoras, tantas frases inspiradoras. Me encantaba cuando me decías cada mañana: Qué bonita estás cuando eres fuerte por ti misma. O cuando me veías de bajón y me decías: Vas a salir de esta y de cualquier otra, porque la gente como tú brilla hasta con el alma rota. Oh, amor, es tanto lo que me has dado que llegaste a hacerme la mujer más rica del mundo.

Pero el regalo más grande que me diste fue a nuestra preciosa hija, Chloe, que aunque entonces me hubiese parecido casi imposible, llegué a sentir más amor si cabe. Los dos sois mi vida entera y me alegro mucho que os tengáis el uno al otro. Sé de sobra que serás un gran padre para nuestra hija y que ella, de alguna manera, llenará el vacío que yo te deje cuando me vaya. Pero aún después de todo lo que me has dado, quiero pedirte una última cosa más. No por egoísmo sino porque necesito que así sea. Amor, estoy muy cansada, mucho, y quiero descansar, lo necesito, pero para hacerlo necesito saber que vas a hacer lo que te pido:

Cuando yo me vaya, no quiero que pienses en mí como algo que duele o como algo que te falta, sino como algo que tuviste y que siempre de alguna forma tendrás. Quiero que no te quepa la menor duda de que me has hecho

feliz todos y cada uno de los segundos que he pasado junto a ti y te juro que no me ha faltado absolutamente nada, así que no pienses que me fui demasiado pronto, que me quedaba mucho por vivir, porque amor, he vivido todo cuanto se puede vivir y no me ha hecho falta ni un minuto más para poder decir que he tenido una buena vida. Una de las mejores, a tu lado, a vuestro lado. Quiero que seas feliz, que sigas tu camino a donde quiera que te lleve y que vivas todas y cada una de las experiencias que la vida te tenga preparada en un futuro. Recuerda que el secreto para salir adelante, es comenzar. Creo que, si alguien aprende a despedirse de la persona que más quiere en el mundo, será capaz de soportarlo todo en la vida. En definitiva, mi amor, te pido que aprendas a despedirte de mí porque te prometo que yo estaré bien siempre y cuando tú también lo estés. Esto no es un adiós, es un hasta luego.

TE QUIERO SIEMPRE...

SILVIA

Esas letras me daban fuerzas cada día para levantarme y continuar con mi vida. Con una vida distinta, en la que ahora ya solo seríamos dos, pero sentiríamos siempre que en realidad somos tres. Es difícil de explicar, pero no sentía pena por la muerte de Silvia. La noche en que murió lo hizo junto a mí, en mis brazos, mirándome a los ojos y sonriéndome. En su rostro había paz porque sabía que por fin descansaría. Eran demasiados años sufriendo dolores musculares y los dos últimos fueron los peores. Ella quería marcharse por fin a sabiendas de que estaríamos bien sin ella.

—¡Papi, papi! —Chloe me trajo de vuelta a la realidad.

—Dime, princesa —se había ganado el título de su madre.

—Mamá quiere que vayamos a comer un pastel de chocolate bien grande.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo sabes tú que quiere eso?

—Porque me lo ha dicho —miré el nombre de Silvia tallado en aquella piedra y le sonreí.

—Entonces, si lo ha dicho ella, tendremos que hacerlo.

—¡Biennnnn! ¡Adiós mami! —se levantó de un brinco moviendo su manita y tiró de mi mano camino a la salida. Me giré cuando llevaba andado unos pasos pensando que ojalá hubiera días de visita en el cielo...

—Feliz día de San Valentín, amor... Volveré pronto...

Ahora tenía una cita con la nueva chica de mi vida y sería una cita muy especial donde no faltarían ni los besos de osito ni el pastel de chocolate.

EPÍLOGO DE SILVIA

14 DE FEBRERO DE 2027

Les observé hasta que se alejaron y no podía sentirme más dichosa y feliz.

—Feliz San Valentín para ti también, mi amor. Disfrutad de este día tan maravilloso —suspiré hinchada de dicha. Jorge y Chloe estarían bien y yo no debía preocuparme por ellos. Algún día, esperaba que dentro de mucho, mucho tiempo, volviéramos a estar los tres juntos de nuevo, pero hasta entonces sólo los observaría desde la distancia, celebrando sus logros y sus avances y ayudándolos en las dificultades que se les presentaran. Así debía de ser y yo no estaba triste por ello, todo lo contrario. Cómo iba a estarlo si me había ido con más, mucho más de lo que algún día pude imaginar siquiera que llegaría a conseguir en mi vida.

Me senté justo en aquel banco donde años atrás me había sentado con mi hija aún no nacida en mi vientre, mientras esperaba a que los médicos nos pusieran a salvo. Reconocí el lugar nada más llegar, jamás lo había olvidado. Cerré los ojos recordando instantes, reviviéndolos en mi mente, transportándome a aquellos momentos y lugares...

—¿Estás preparada? —la voz de Zuri me trajo de vuelta y sonreí antes de abrir los ojos.

—¿Se puede saber qué has inventado ahora? —se echó a reír.

—Bueno, hace tiempo te prometí asistir a un concierto —pegue un brinco, no podía creerlo.

—¿Enserio que Bon Jovi va a tocar aquí para nosotras?

—¡Pues claro que sí! ¿Acaso te he mentido yo alguna vez? —me guiñó un ojo negando con la cabeza. Ahora que me fijaba bien, ella iba vestida para la ocasión. Llevaba puesto un corpiño negro que resaltaban sus hermosos senos y unos pantalones de cuero negros también que se ajustaban a su cuerpo, una gorra de cuero con la visera llena de adornos metálicos y unos botines de tacón alto completaban su atuendo. Me miré de arriba abajo, esto no podía ser.

—Tengo que cambiarme, para nada voy vestida para asistir a un concierto de mi grupo rockero favorito.

—Es lo que estaba esperando que dijeras. Vamos, lo tengo todo preparado. ¡La eternidad es joven, maja!

—Zuri, tengo una pregunta más.

—Dispara —subió la cremallera de mi vestido de cuero. Ya estaba lista.

—¿Cómo puede ser que Bon Jovi esté aquí, en este lugar? Hasta donde yo llego, no están muertos... No sé, esto es de locos.

—Puede que esto sea de locos, pero aquí todo es posible, ya te lo dije. Cállate y disfruta.

Y eso hice. Tiró de mi brazo y la seguí con la misma euforia que lucía ella. Desde luego, esto iba a ser interesante.

BIOGRAFÍA



Me llamo Inma, pero mi nombre literario es Emma H. Fer. Vivo en Maracena, un pueblo de Granada en el cual también se encuentra mi lugar de trabajo. Soy administrativo y trabajo de dependiente en una carnicería. Escritora por vocación. Pude cumplir mi sueño de publicar una novela hace poco más de cuatro años. Mi primera novela salió publicada el 20 de mayo de 2015 bajo el sello de Editorial Luhu llevando por título «Mi imperfecto mundo». Fue la primera parte de una bilogía que se completó en octubre del mismo año cuando salió publicada la segunda parte: «Mi extraordinario mundo». De género romántico erótico, ambas novelas tuvieron una muy buena acogida entre los lectores, llegando a estar nominada la primera en varias ocasiones en diferentes eventos literarios. Durante los siguientes meses, participé en varios relatos eróticos hasta que llegó mi tercera novela, «Siempre tuyo, Bruno», publicada a finales de 2016 bajo el sello Multiverso,

de género romántico. Fue nominada a mejor novela en los premios Big Bang Novel 2017 que se celebraron a principios del mes de abril, resultando ser la ganadora y llegando a su segunda edición. En el mes de marzo de ese mismo año, salía publicada la antología «Va por ellos», en beneficio de los animales, en la cual participé con un relato que lleva por título «Y de repente llegaste tú». Un mes después de nuevo salió publicada una antología contra el maltrato, «Rompe la cadena», en la cual también participé con un relato titulado «Aquella nefastos años». Actualmente escribo una columna mensual en el periódico Ideal metropolitano de Granada. Mi cuarta novela de nuevo bajo el sello Multiverso y su título es «Cuando yo me vaya», de nuevo continuo en la línea de la romántica y espero que al menos me dé tantas alegrías como la última.

Debo decir que me apasiona leer y que intento acudir a todos los eventos literarios que se realizan por toda España.

AGRADECIMIENTOS

Todos, cualquiera que sea nuestro camino y el estado de nuestra evolución, estamos llamados a superar nuestros miedos para aprender a amar. Ese es el fin de nuestra existencia.

Dicen que toda novela escrita contiene un mensaje y este es el mensaje que quiero transmitir a mis lectores. El amor lo puede todo, es nuestra única salvación y no importa si amas durante mucho o poco tiempo, lo importante es haber podido vivir la más maravillosa de las experiencias.

He tardado más de un año en escribir esta novela, sobre todo porque por motivos ajenos a mí tuve que aparcarla en más de una ocasión, pero tuve claro desde el principio todo su argumento. No podría haberlo conseguido sin ellas. Dos de mis grandes amigas, que no solo me han ayudado con el tema documentación, sino que me han dado ánimos y se han quedado toda una noche en vela para dar su visto bueno. No puedo más que agradecer a Ana María Lorca Blanco y a Pepa Álvarez Molina, por vuestro apoyo y vuestra ilusión. Soy afortunada de tener a grandes amigas a mi lado. Pero hay otras dos mujeres a las que tengo que mencionar, mi pequeña princesa Lucia, toda una mujercita de catorce años, ya que me ha escuchado con sumo interés cuando le leía trocitos de algún que otro capítulo y tenía dudas de cómo iban quedando. Ella me daba su opinión y debo decir que me encantaba. Y a mi hermana Paqui Heredia Fernández, solo por el hecho de ver sus ojos abiertos de par en par cada vez que le leía lo nuevo que iba escribiendo. Escucharla decir «me encanta» incrementaba mis ganas de seguir luchando por terminar esta historia.

Quiero hacer una mención especial para alguien que ya no está con nosotros, Zuriñe Sanchiz Madina. Ella fue la primera que supo de esta novela cuando apenas era solo una idea y su reacción me inculcó más ánimo para escribirla. Se involucró emocionada en la medida de lo que pudo y mi pena es que no va a poder estar físicamente en su presentación, pero estoy segura que estará de alguna manera. VA POR TI, siempre estarás en nuestros corazones.

